

El dolor Universal



EL DOLOR UNIVERSAL

SEBASTIAN FAURE

El dolor

Universal

Mariano A. Bedregas

TOMO II

F. SEMPERE. — EDITOR
PINTOR SOBOLLA, 30 Y 32
VALENCIA

EL DOLOR UNIVERSAL

Dr. M. A. Bedregal

ABOGADO

CAPITULO V

CAUSAS DEL DOLOR UNIVERSAL

CAUSAS SEGUNDAS Y DIVERSAS: INSTITUCIONES SOCIALES
(CONTINUACIÓN). LA INIQUIDAD POLÍTICA

I

Consideraciones generales

La iniquidad política se resume en la palabra: «Gobierno» y en la fórmula: «todos obedecen á unos cuantos». Relaciones cronológicas de la propiedad y del poder. Orígenes de éste. Su historia en Francia.

Así como la iniquidad económica se traduce en una expresión sencilla: «*la propiedad individual*», lo mismo puede resumirse la iniquidad política en una sola palabra: «Gobierno». La gran injusticia «propiedad» es la que hasta ahora y en todos los puntos del globo ha provocado más imprecaciones, porque, por una parte, las necesidades del estómago son las que en forma más violenta y más universal reclaman satisfacción; porque, por otra, la tiranía propietaria produce las desigualdades más irritantes, las más crueles y más difíciles de ocultar bajo una máscara cualquiera.

Pero no por haberse denunciado con menos estrépito, por provocar menos iras, deja de ser la política indicada causa de males tan crueles, de tan profundos sufrimientos. Grande es la falta de la multitud que se deja despojar por un puñado de ricos; no menos grande el error de la masa que se deja dominar por una bandada de déspotas.

A esta fórmula económica, cuyas consecuencias terribles acabo de exponer: «todo pertenece á unos cuantos», conviene añadir esta: «todos obedecen á unos cuantos»; resta dar á conocer sus deplorables resultados.

No son los orígenes del poder más respetables que los de la riqueza privada. Mucho se ha discutido y mucho se argumenta todavía sobre el punto de saber bajo qué forma económica ó política hizo la autoridad su primera aparición en las sociedades humanas. La cuestión aún está pendiente. Afirman unos que, de la guerra con los animales feroces y con los otros grupos, surgió en cada tribu ó colonia la autoridad absoluta que los más fuertes ó los más expertos se atribuyeron bajo el nombre de jefes; que la conquista, haciendo caer bajo el poder tiránico de estos primeros amos los pueblos derrotados y los territorios ocupados por ella, dichos guerreros victoriosos se abrogaron el derecho de hacer trabajar á los vencidos y de confiscar, á la par que sus tierras, el producto de su trabajo; que por lo tanto, y porque nadie pensó en disputarles el provecho, aquellos amos, con la complicidad de legisladores y sacerdotes, fortalecieron poco á poco su supremacía y consolidaron las bases de sus usurpaciones con leyes y preceptos religiosos.

Otros enseñan que la propiedad individual se remonta á orígenes más antiguos que el poder; que en primitivos tiempos los hombres fueron primeramente cazadores y pescadores, pastores y agricultores; que las guerras propiamente dichas de tribu á tribu no tuvieron otra causa que el estado de propiedad más ó menos grande de las tribus vecinas, no teniendo en aquellas lejanas edades otro objeto la guerra que desposeer al más débil y reducirlo á esclavitud; que este desarrollo del cultivo no podría compaginarse con la ausencia de la propiedad privada; que ésta ha debido necesariamente preceder al poder, engendrado en seguida, á fin de tener en él un protector, una defensa, un apoyo contra las reivindicaciones suscitadas por la codicia de un vecino. Pero no creo que ni unos ni otros hayan presentado en apoyo de lo que dicen pruebas decisivas, hechos indiscutibles.

¿Fué el derecho de mandar el que precedió y trajo consigo el de poseer, ó bien fué este de poseer el que precedió al de mandar y lo trajo? ¿La autoridad se afirmó antes sobre las cosas y después sobre los individuos, ó sucedió lo contrario? No me decidiré categóricamente respecto á este hecho histórico, en mi opinión condenado á permanecer, por falta de documentos precisos, envuelto en la incertidumbre; pero sólo tiene una importancia secundaria. Lo que importa observar es lo que resulta del examen minucioso de lo que ha sido en otro tiempo y de lo que es en nuestra época; que tras larga serie de siglos el poder y la propiedad marchan de frente, consolidando el uno á la otra; que el origen del primero se parece tanto al de la prime-

ra, que se confunden, y que esas dos formas de la autoridad parece que han marchado siempre juntas; que se juzga imposible hacer daño á la una sin lastimar á la otra; que están hoy tan sólidamente enlazadas, que la suerte de una está indisolublemente unida á la de la otra. Tan estrecho es el lazo, que se le encuentra hasta en las diversas transformaciones y modos de ser del poder y la propiedad. Hablando solamente de Francia, la historia del acaparamiento gubernamental puede del mismo modo que la de la extensión de la riqueza, reducirse á las tres fases siguientes:

Antes de 1789: guerra, violencia, rapiña, superstición religiosa, captación de cerebros.—Es la opinión de Guizot: «Es imposible, dice, dejar de reconocer que la fuerza ha manchado la cuna de todos los poderes del mundo, cualquiera que fuese su naturaleza y su forma.»

Durante el período revolucionario: desposeimiento de la nobleza y el clero, decadencia de la monarquía en beneficio de la clase burguesa. Después de esa época, salvo algunos movimientos que con intermitencia nos volvían al antiguo régimen, un tanto modernizados, la explotación de la ignorancia cuidadosamente sostenida en el espíritu popular por hábiles sofismas. No entra en el plan de este estudio nada que me detenga en las dos primeras fases. Esto no es un ensayo de historia, sino de filosofía. En cambio, para dar á conocer el encañamiento que existe entre la iniquidad política y la desdicha universal, debo dirigir esta investigación sobre las condiciones en que se ejerce el poder en nuestra época.

En mi sentir esta cuestión es casi desconocida, ó mejor dicho, mal comprendida; pues si los economistas de oficio se han ingeniado para complicar los problemas tan sencillos en el fondo y tan claros como los concernientes á la propiedad, los políticos se han dedicado á embrollar y oscurecer los que tocan al poder gubernamental.

Pululan los prejuicios, basándose más ó menos en malas inteligencias, en interpretaciones falsas, en un desconocimiento completo de lo que es esa maquinaria, tan complicada en apariencia: un gobierno; no digo una monarquía absoluta ó constitucional; un imperio ó una república, un *gobierno á secas*, es decir, cualquiera que sea, y sean las que fuesen su forma y etiqueta, *sus principios y su personal*.

II

El mecanismo gubernamental

La idea de gobierno implica idea de Derecho y de Fuerza. Lazo necesario y constante de esas tres ideas. Resumen histórico: Derecho de la fuerza bruta; Derecho divino; Derecho humano.

La idea de gobierno encierra necesariamente las dos ideas siguientes: Derecho, Fuerza.

A la idea de derecho corresponden las consideraciones de toda especie que se concedan al título con que se gobierna, á la base en que reposa la autoridad, al principio en nombre del cual se dicta la ley.

A la idea de fuerza va unido todo lo que asegura el respeto de la ley, su estricta sujeción, su sanción si es violada, su defensa si está amenazada.

Cuanto tiende á una ú otra de estas ideas de fuerza ó derecho, se agrupa alrededor de este centro: el gobierno.

Es imposible, en efecto, concebir un sistema de gobierno sin tener en el instante la idea de una regla de conducta impuesta á todos los seres sobre los que extiende su poder; y no imaginar esa regla de conducta—sea, por lo demás, como fuere, buena ó mala, justa ó inicua, racional ó falsa, indulgente ó severa—sin pensar al propio tiempo en la necesidad de garantizar, por todos los medios posibles, la observancia de la regla por aquellos á quienes se aplica. El hecho es tan evidente, que no insisto más en él.

Así, pues, históricamente, la idea del derecho y de la fuerza característica de todo gobierno, se ha modificado en el mismo sentido é igual medida que la de gobierno; tan cierto es, que hablar de aquéllos es hablar de éste, siendo absolutamente imposible separar un átomo de esa mole.

El gobierno tuvo por base en su origen la fuerza bruta; el derecho es necesariamente el del más fuerte, y confundiéndose así la fuerza y el derecho, ésta es obedecida como aquél. Muy poco ó nada de aparato jurídico. Por la brutalidad expeditiva de los músculos y de las armas es como se cortan las diferencias, se reprimen los delitos y se castigan las rebeliones contra la autoridad soberana. Más tarde, cuando los espíritus se hubieron

impregnado de religiosidad; cuando las cosmogonías espirituales persuadieron al hombre de que estaba en manos del creador como débil caña que su cólera podía romper sin esfuerzo; cuando en la idea de Dios creador vino á ingertarse la de Dios revelado de los destino humanos indicando el camino que se ha de seguir; cuando, por fin, la religión cristiana se achimató en la mayor parte del mundo civilizado, doblando las cabezas bajo el mismo dogma y las conciencias bajo los mismos mandamientos salidos de Dios y manifestados á Moisés en medio de los relámpagos del Sinaí, aquel día el derecho de la fuerza bruta fué reemplazado por el derecho divino. Entonces el gobierno es la delegación en seres pertenecientes á una raza escogida, raza de criaturas marcadas por Dios mismo con el sello del poder de los señores, dados por la Providencia á los pueblos para que les sirvan de pastores y guías. Sus órdenes, sus prescripciones, sus prohibiciones inspiradas por el mismo Monarca Eterno, deben en todas partes y por todos ser respetadas. Quien quiera que desconozca ese derecho de esencia divina, se expone en vida á los castigos más duros, justa pena de la falta cometida; y si la justicia se los ahorra, el juez supremo, ante el que comparecerán un día todos los mortales, lo condenará á suplicios eternos de los que ni el más pequeño puede imaginarse.

A este concepto particular del Derecho, corresponde un estado de alma especial formado de miedo, de sumisión y hasta de amor; en todo caso, de fatalidad resignada. El Derecho es consentido y aceptado. Es la época en que el poder de los Gran-

des reviste aspecto majestuoso y se envuelve en cierto misterio. Los soberanos son seres sobrenaturales con cierta aureola de Divinidad. Los individuos les pertenecen como sus riquezas. Por encima de sus cabezas coronadas y dominándolos desde la distancia que le aproxima al Altísimo, el sucesor de San Pedro distribuye en la ciudad eterna sus bendiciones ó sus anatemas; su voz de trueno hiela de espanto y á sus órdenes se inclinan las más altivas frentes. El legislador y el sabio se confunden entonces con el preceptor y el confesor de los príncipes.

La Iglesia omnipotente habla al oído á los monarcas, y bajo la inspiración de sus ministros, que ocupan á veces en lo profano el rango más elevado, se elabora el Derecho y se formula la ley. La Fuerza misma reviste un carácter religioso; sus músculos llevan sotana; los tribunales se componen de frailes; el crimen más abominable es la heregía ó el cisma; las hogueras se encienden y arden para el temerario que niega ó duda.

Gobierno, Derecho, Fuerza, todo tiene origen y atractivos sobrenaturales, todo desciende del cielo, todo tiene una misión que viene de lo alto. Mas para que tal estado de cosas se sostenga el mayor tiempo posible, preciso es que la base misma no sea discutida; está, por tanto, rigurosamente prohibido reflexionar, pensar criticar. La duda, la misma duda es una falta grave. Toda objeción está mal vista; toda afirmación contraria á las Santas Escrituras es perseguida, toda refutación condenada, y el tormento no parece castigo bastante para el audaz que osa alzarse contra los

textos ó la doctrina. Pero á pesar de todo, el espíritu humano busca su camino; su necesidad invencible de saber le impulsa á profundizar los problemas; sus aspiraciones naturales hacia lo demostrable y lo *cognoscible* le incitan de modo irresistible al estudio del «cómo» y el «por qué»; poco á poco los conocimientos se desarrollan; la materia consiente en dejarse conocer; compréndese una serie de fenómenos aún inexplicables; al recorrer los desiertos del espacio con su aparato de investigación, los sabios no hallan por ninguna parte el alma inmortal, el dato naturalista se determina; el espíritu filosófico interviene; el descubrimiento de la imprenta, la multiplicación de los libros y la extensión de la prensa vulgariza rápidamente la idea nueva; prodúcese, en fin, un movimiento de opinión tan colosal, que se lleva el mundo basado en el Derecho divino.

Entonces aparece la tercera forma del Derecho; le llamaré el Derecho humano en contraposición al que le ha precedido. Este no viene de arriba, sino de abajo; no desciende del cielo, surge de la tierra; no procede de Dios, emana de los hombres. El ser humano no es ya un muñeco cuyos hilos tiene el Todopoderoso; es un ser libre, pensante, de razón, al que pertenecen el derecho y el poder de fijar sus propios destinos y de determinar las condiciones en que le place vivir en sociedad. El gobierno no está ya en manos de los representantes de Dios en la tierra; toca á los representantes del pueblo. Por consiguiente, la soberanía está reconocida y proclamada; no sufre ya leyes dictadas por el capricho de un déspota, ó la voluntad de un

tirano. Confecciona por sí misma las leyes que han de regirla; de acuerdo con sus semejantes, discute la ley y ésta no es ejecutoria, sino habiendo sido elaborada en común y consentida por todos. El Derecho es la expresión sincera, formal é independiente de la voluntad nacional reunida en un serie de códigos y reglamentos hechos por todos, aplicables á todos. Tal es el nuevo concepto del Derecho.

La Fuerza sigue naturalmente una evolución paralela. No reside ya en una turba de mercenarios, satélites del más fuerte, como en los antiguos tiempos; no se muestra bajo la forma de una sanción ultravital, ni tampoco por medio de tribunales de inquisidores secundados por el brazo secular, como en la edad media. Se afirma bajo la especie y apariencias de una magistratura nacional, de una policía y fuerza de orden público nacionales, de un ejército nacional, de prisiones nacionales, de guillotina, horca ó garrote nacional, de modo que empleados de las prisiones, soldados, gendarmes, polizontes, verdugos y magistrados tienen un carácter tan democrático como el Derecho y el Gobierno mismos. La soberanía, como se ve, también ha cambiado de lugar. Teniendo en su origen un carácter puramente personal, se fija en quien por su elevada estatura, fuerza hercúlea y probada crueldad puede imponerse á los otros; bajo la influencia preponderante de la idea religiosa, encárnase en una casta que comprende á los que Dios marca con su sello. En nuestros días ha perdido su carácter de privilegio y abarca la universalidad de los humanos. El guerrero, el noble, el ciudadano,

tal es la trilogía soberana en el orden cronológico.

Y ahora que, apoyándome en la razón y la historia, he demostrado el lazo inrompible que une la idea de Derecho y de Fuerza á la de Gobierno; ya que he establecido, creo que irrefutablemente, que todo Gobierno, sea el que quiera, antiguo, moderno ó democrático, no puede existir sin un Derecho que lo justifique y sin una fuerza que lo defienda, quiero hacer ver lo que hay que pensar del Derecho mismo y de la fuerza que lo acompaña.

III

El derecho contemporáneo

A.—TEORÍA

Las diversas formas de Gobierno se resumen en dos tipos: monarquía y república. Falsedad de la libertad política. Esta libertad, lo mismo que la soberanía popular, es acumulada por el sistema de delegación ó representación. Delegar su poder es perderlo. Respuesta á diversos sofismas, cuyo objeto es hacer creer que la delegación no es incompatible con el ejercicio de la soberanía individual. Identificación irrealizable entre los sentimientos é ideas del mandatario y los mandantes. Tal acuerdo ideal sólo puede existir en el terreno de las ciencias exactas y positivas. No puede realizarse la unanimidad de opiniones sobre las cuestiones que un diputado es el llamado á resolver. El derecho moderno no es, pues, más que un engaño infame. No pudiendo el Derecho actual emanar de todos, se repula que reside en el mayor número. El mayor número no representa ni la ciencia, ni la verdad. El derecho y la justicia están casi siempre del lado de la minoría. Lo que hay que pensar de la igualdad ante la ley. Todas las leyes están hechas en beneficio de una colectividad limitada. Tienen por objeto la salvaguardia del capital y del Gobierno. En todo caso esta sería la igualdad en la servidumbre. Toda ley tiene un carácter necesariamente opresivo. Incompatibilidad de la ley y del Derecho natural. Diferencias esenciales entre las leyes naturales y las leyes codificadas, completamente artificiales. Necesidad de la ignorancia de las masas populares.

Las formas todas de gobierno pueden reducirse á dos tipos fundamentales: el tipo monárquico y el republicano. Lo que caracteriza al primero es el poder personal confiriendo á un individuo la facultad de hacer la ley y de imponerla á todos sus

súbditos. Cuando una nación llega á cierto grado de desarrollo y el pensamiento sacude alguno de sus yugos, el poder absoluto del principio reinante se atempera al del pueblo y se concede á éste una parte de la soberanía, mas no dejan de quedar á favor del monarca prerrogativas que le aseguran la supremacía.

Lo que distingue al segundo, es el reemplazamiento del poder personal por una ó varias asambleas deliberantes, compuestas de delegados de la nación, representando él la síntesis de las aspiraciones de un país. Es la sustitución por la soberanía popular, es decir, por la de todos y cada uno, de la soberanía de uno solo, ó la oligarquía. Los parlamentos y los mandatarios del pueblo entero tienen por misión hacer las leyes, y, por medio del gobierno, asegurar su ejecución.

Teóricamente, este régimen representativo corresponde á la idea de un cuerpo social gobernándose á sí mismo, sin la ingerencia de una voluntad ajena ó la de sus miembros, siendo cada individuo llamado á dar su opinión sobre toda regla de conducta, no teniendo que sufrir la voluntad de nadie, quedando en libertad de guiarse siguiendo las aspiraciones propias de su entendimiento y su conciencia, no sometiéndose, en suma, más que á lo que lo plugo aceptar porque lo reconoció justo y razonable, conservando la posibilidad de reparar sus errores, de buscar lo mejor, de anular una resolución anterior, de derogar una ley defectuosa, de modificar la Constitución.

A primera vista, y, sobre todo, comparándolo con la arbitrariedad de los regímenes monárqui-

cos, seduce este sistema gubernamental. Así se explica sin trabajo la especie de fascinación que produjeron, y producen aún, estas palabras mágicas: soberanía del pueblo, representación nacional, sufragio universal, república. Pero lo que sucede respecto á la libertad económica, de la que más arriba he hablado, se reproduce fielmente á propósito de la libertad política. La constitución republicana dice á todo ciudadano: «En adelante eres libre, enteramente libre; la ley ha proclamado la libertad integral y la igualdad de todos los seres; ya no perteneces al rey, ya no estás obligado á inclinarte ante sus caprichos, sufrir sus mandatos, pagar su lujo; aquella soberanía que hasta hoy ha ejercido sin traba, la poseerás tú en lo sucesivo y la transmitirás á tus descendientes. A contar de este día no dependes más que de tí mismo; no eres servidor de nadie. ¡Anda, eres libre!»

Desgraciadamente esta libertad ha sufrido la misma suerte que todas las que dicta la ley; apenas reconocida y proclamada, ha sido escamoteada por un hábil subterfugio que tuvo por efecto anularla completamente.

Véase, si no, lo que añade la Constitución republicana: «Residiendo el derecho social en el conjunto de seres humanos que forman un grupo nacional, la ley será la emanación sintética de la voluntad popular; mas como para formularla es imposible reunir en un solo punto á todos los ciudadanos de una nación, traerlos á tomar parte en una deliberación pública y universal, consagrar con sus sufragios una decisión general, los individuos deberán entenderse en cada región para ele-

gir los delegados encargados de representarles en el seno de la asamblea soberana, de hacer prevalecer en su *desiderata*, de tomar en su nombre parte en las deliberaciones, de expresar en sus votos la voluntad de sus electores. Así es como la soberanía individual, no pudiendo ejercerse directamente, se practicará por la vía de la delegación.»

De esta vez se había fundado el gobierno representativo. De esta vez también la soberanía popular quedaba por los suelos y violada la libertad del ciudadano. Este punto especial reclama una explicación. Es del todo evidente que la representación es y no puede ser más que la negación completa de la soberanía individual, un escamoteo más ó menos hábil de la voluntad nacional. Quien delega en otro su soberanía, se despoja de ella. No se puede confiar á ninguno la misión de fabricar leyes, como no se puede á la vez dar y conservar un objeto. El que nombra un mandatario con la misión bien marcada de concertarse con otros mandatarios, al efecto de legislar, contrae por su honor y de antemano el compromiso de someterse á la voluntad de esos legisladores y abdica *ipso facto* todo derecho á sublevarse. Luego cesa de ser libre, y de buen ó mal grado vuelve á ser esclavo. Esto es la servidumbre consentida, querida, buscada. Entre la soberanía del pueblo y la representación de esa soberanía hay incompatibilidad absoluta. «¿No hay contradicción, dice Proudhon, entre todos estos términos: gobierno, representación, interés, libertades y relaciones, etc.?» Y añade: «Desde cualquier punto de vista el representante de las libertades y de los intereses está en con-

tradicción con la libertad, en sublevación contra los intereses; la única conformidad que expresa es la de la servidumbre común.»

En dos palabras ha expresado Elíseo Reclus la idea que desarrollo: «Delegar su poder es perderlo.» Sí, es perderlo; es decirle á aquel en quien se delega: «Confío á usted el cuidado de pensar, de discutir, de votar y de obrar por mí. Me entrego á usted en absoluto. Lo que diga usted estará bien dicho, lo que haga estará bien hecho, y lo consideraré como dicho y hecho por mí. Mi pensamiento se expresará por boca de usted y su voto confirmará mi voluntad.» Y el mismo escritor añade: «¡Votar es envilecerse!» Frase tan justa como hermosa. Pero se os dice que ya no sois menores, se reconoce vuestra mayor edad con todos los derechos que trae consigo, el de consideraros al igual de todos y cada uno, el de tomar parte libremente en las discusiones que tienen por objeto buscar el medio mejor de vivir dichosos en sociedad, el de cuidar vosotros mismos vuestros intereses, de resistir contra quien quiera invadir vuestras atribuciones de hombres libres, el de desarrollar vuestras facultades en todos sentidos, el de vivir á vuestro modo y arreglar vuestra existencia según os plazca.

Y he aquí que, por una superchería sutilísima, se viene á proponeros, ni más ni menos, que os privéis voluntariamente de todos esos derechos tanto tiempo disputados y tan costosamente adquiridos; viénese á invitaros á que os despojéis en favor de otro del cuidado de estudiar y decidir lo que está más conforme con vuestros intereses, lo que res-

ponde mejor á vuestras necesidades, lo que con más certeza contribuye á vuestra felicidad, lo que mejor garantiza el uso de vuestras facultades; se viene á exhortaros que pongáis en manos de un tercero el cuidado de evanto os concierne, de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros bienes. Pues bien; si tenéis la debilidad de escuchar tales exhortaciones, de acomodaros con tan falsos consejos, de prestaros á tan páfida mistificación; si tenéis la cobardía de prestaros á desempeñar un papel en tan indigna comedia, os envilecéis; dejáis de ser una persona libre, os sumís voluntariamente en la esclavitud, y tendréis menos valor para romper las cadenas y acabar con el dolor de las heridas que os hagan, porque las habréis forjado y tendido los brazos para que os las hagan.

Acaso esta consideración de orden puramente filosófico no impresione á los espíritus materiales de hoy; pero es un punto importante en demasía para no dejar el trabajo de reflexionar sobre él, y asienta una verdad tan sencilla, que, para necesitar demostración, es preciso que la costumbre de pagarse de palabras y de aceptar sin comprender las expresiones vacías de sentido, haya echado en nuestras generaciones raices poderosas.

Sé que sobre este punto son numerosos los intentos de refutar. Uno de los más en boga es el que consiste en pretender que el mandatario, lejos de ser el amo que uno se da, es sólo una especie de embajador á espensas del pueblo rey; que el elegido, debiendo sacar sus inspiraciones del grupo que lo elige, no es más que uno que lleva la palabra; que la senda que ha de recorrer le está trazada

extrictamente por sus poderdantes y no tiene que hacer más que marchar resueltamente, y como abriendo camino facilitando así el paso de los que le siguen; que no es su voluntad la que va á expresar en el parlamento, ni sus intereses los que va á defender, sino la voluntad y los intereses de sus electores; y los que llegan á lo último, no temen afirmar que el diputado no es, en realidad, más que el criado de los que lo han elegido.

Con un sencillo dilema responderé á tales pretensiones. Una de dos: si el elegido es quien se somete á la voluntad del elector, deja de pensar con su propio cerebro, de ver con sus ojos, de oír con sus oídos, de razonar conforme á su interés, para razonar, ver, oír, pensar con el interés, los ojos, los oídos y el cerebro de sus electores. En tal caso no es libre y se ve obligado á decir lo que no piensa, á sacrificar sus intereses á los de otro, á votar, en caso necesario, contra su conciencia. La soberanía individual resulta violada en él.

Si, por el contrario, sin tener en cuenta á los que lo han nombrado más que para conservar su puesto y asegurar su reelección, el representante no se preocupa más que de sus propios intereses, obra conforme á sus miras particulares, toma su propia razón por guía, se inspira solamente en su conciencia, entonces, los que le han delegado dejan á su vez de ser libres. Tienen el recurso ulterior de abandonar al elegido, pero también el deber inmediato de someterse á las leyes que aquél hace, aunque hieran sus intereses ó su independencia.

No necesito hacer notar que de este segundo

modo es como las cosas pasan siempre. Pero para mi razonamiento son indiferentes el uno y el otro. En ambos casos hay individuos que mandan y otros obligados á obedecer; que sean éstos ó aquellos, la cosa importa poco; no por eso resulta menos cierto que, para el mayor ó menor número, se suprime la soberanía.

* * *

Pero puede, y debe suceder, se dirá, que el delegado esté en constante comunicación de ideas é intereses con sus comitentes; cuando así ocurre, identificándose con la del primero la voluntad de los últimos, ninguno tiene que someterse á una decisión que repugne á sus intereses.

Contesto: Por cuatro motivos lo menos, no puede existir esa absoluta inteligencia.

1.º Porque el número de los que forman un mismo colegio electoral es demasiado grande para que todos los que componen esa multitud heterogénea en el seno de la cual se agitan, á la par que intereses de orden general y comunes, muchos intereses particulares casi siempre opuestos, pueden formar un todo compacto, unido, idéntico á sí mismo en sus distintos puntos. Es materialmente imposible que una masa más ó menos grande de personas, teniendo cada cual su naturaleza, su temperamento, su carácter, sus afinidades, sus gustos, pueda sentir, pensar, querer del mismo modo y con igual intensidad. Aunque la misma intensidad se hallase, por casualidad fabulosa, en todos sus individuos, llegando á compensarse sus

equivalencias, se diferenciarían, sin embargo, en el análisis al por menor, teniendo éste más sentimiento que razón, aquél más razón que sentimiento.

2.º Este acuerdo perfecto podría *tal vez* obtenerse en un punto, uno solo, claramente circunscrito, escrupulosamente determinado. ¿Pero quién se atrevería á pretender, ni aun á pensar, que tal acuerdo pueda darse sobre cuestiones tan minuciosas, y á veces tan extrañas las unas á las otras, que un mandatario tiene que resolver y sobre las que debe decidir?

3.º Aunque fuese completa y absoluta esa inteligencia entre el representante y sus electores sobre todas las cuestiones en el momento de la elección, seguro es que no sería duradera y que no tardarían en estallar divergencias en la manera de ver. Pues si puede admitirse—cosa que ya es incompatible con la variedad y el contraste de los organismos—que el sentir, el querer, el pensar, sean en un momento dado, y sobre multitud de puntos, absolutamente idénticos en todos los miembros de una aglomeración humana, sería absurdo creer que fenómeno tal pueda ser más que un caso eminentemente efímero. Muchas impresiones y circunstancias vienen á modificar á cada instante nuestros deseos; no sólo varían hasta lo infinito, según el individuo, dichas impresiones y circunstancias, sino que además la misma circunstancia y la misma sensación influyen de diverso modo y al mismo tiempo en varias personas, y en una misma, en tiempos distintos, pasan de diversa manera.

4.º ¿Se ha hallado nunca, en fin, diez personas que fisiológicamente presenten una continua identidad de formas, de rasgos, de estatura, de fuerza, para creer que esa identidad persistente se halle con más facilidad en el mundo moral que forma las ideas y los sentimientos?

*
* *

¿Puede al menos esperarse ese acuerdo ideal de las comitentes entre sí por un lado, y entre los electores y su agente de negocios por el otro? Acabo de demostrar que tal esperanza es utópica, que ese sueño es irrealizable. Pero como sobre este dato erróneo se ha construído el sistema representativo apoyándose en la soberanía del pueblo, hallando su expresión en el sufragio universal, quiero insistir para que, sobre el sistema mismo, sobre su valor desde el punto de vista racional, no quede duda alguna.

La inteligencia puede realizarse entre los hombres completa, definitiva y razonada; es cierto; pero sólo en las cuestiones de orden científico; y aun en el vasto campo de la ciencia, los conocimientos exactos son actualmente los únicos que, por su carácter de certeza absolutamente demostrable, pueden agrupar en torno suyo convicciones unánimes. Es sencillamente lo que sucede. «Dos y dos son cuatro; la tierra da vueltas; los cuerpos lanzados al espacio se mueven en él cayendo ó ascendiendo según sean más ó menos densos que el aire; todo animal, el hombre inclusive, necesita alimentos. Todo ser orgánico es perecedero.»

Hay en esto una serie de proposiciones que pueden multiplicarse indefinidamente y que en nadie piensa seriamente en confirmarlas. ¿Se ha necesitado, para que tales verdades cuenten con la adhesión de todos, que una delegación de matemáticos, de físicos, de fisiólogos se reuniera y formulara esas proposiciones? ¿Quién ha pensado jamás en confeccionar un código con los asertos siguientes: «dos veces tres son seis; el sol es cálido y luminoso; el calor dilata los cuerpos, el frío los contrae; el agua es un compuesto de hidrógeno y oxígeno condensados; el hombre ve porque tiene ojos, oye porque tiene oídos; el agua de la mar es salada; un palo tiene dos extremos, etc., etc.»...

¿Hase hallado jamás á uno que proponga el castigo de toda persona que ose decir que un palo no tiene más que un extremo, que el agua del mar es azucarada, que el hombre ve gracias á su estómago y oye gracias á sus cabellos?

Seguramente que no; ¿y por qué? Porque ante todo la realidad de los hechos está demostrada de manera tan decisiva que no puede alzarse discusión ninguna sobre ella; porque además cualquiera que sostuviese que un palo tiene tres extremos ó no tiene más que uno, sería considerado como insensato, y no es este lugar de reprimir la locura.

La unanimidad de convicciones, sólo en esta categoría de cuestiones puede realizarse; no se produce ni puede producirse en las que es llamado á resolver un representante del pueblo.

No ignoro que algunos encontrarán tal vez ociosa esta disertación, y exclamarán al leer estas páginas: «Pero todo eso es sabido, archisabido y

nadie ha pensado en decir lo contrario.» Perfectamente; pues entonces vamos á la conclusión: Si está admitido universalmente que no hay un solo punto sometido á las asambleas legislativas sobre que todos estén de acuerdo, ni uno solo que no dé lugar á mil opiniones diversas y contrarias, ¿cuáles, pues, el verdadero valor de ese *Derecho* que tiene sus raíces en la voluntad del individuo proclamado libre y cuya expresión condensada en la ley no sería, por decirlo así, más que el Verbo universal?

Puede esa legislación ser obra de algunos ó de muchos; puede reflejar las tendencias de una fracción más ó menos numerosa del país; puede asegurar el ejercicio de mayor ó menor cantidad de derechos é intereses; pero puesto que no responde á los derechos, á los intereses y á las tendencias de todos, absolutamente todos, es evidente que lastima algunos intereses, que viola algunos derechos, que desvía algunas tendencias.

¿Dónde está, os pregunto, la soberanía de esos desconocidos, de esos no *escuchados*, de todos esos en contra de los cuales el Código se declara? ¿No están autorizados para decirse oprimidos y forzados? ¿Quién puede sostener que son libres?

Lo repito por última vez: si la ley es la resultante de sentimientos é ideas unánimes, es inútil como inútil es la representación nacional encargada de formularla en textos precisos; si, por el contrario, no está conforme más que con los sentimientos y las ideas de una parte—grande ó pequeña, eso importa poco—de aquellos á quienes rige, los sentimientos y las ideas de los otros se

desconocen; véanse éstos restringidos á sufrir una voluntad que no es la suya; son siervos, esclavos. La soberanía nacional y la libertad individual son violadas en ellos; por consiguiente, el Derecho moderno está atacado en sus principios, minado por su base; no queda de él más que un odioso engaño. Imposible salir de esto.

*
**

Mas el ingenio de los que nos dirigen es fértil en sutilezas.

Sabiendo que la unanimidad de las voluntades es un hermoso sueño destinado á vivir siempre en la región de las utopias seductivas, persuadido que el «*quot capita, tot sensus*» no halla en ninguna parte aplicación tan justa como en las cuestiones políticas, el Derecho contemporáneo, renunciando á ser la emanación de la voluntad *de todos*, se contenta con ser expresión de la del *mayor número*.

No es ya el pueblo gobernándose á sí mismo, concertándose deliberando y poniéndose de acuerdo sobre tal punto controvertido; es *la mayoría dictando la ley á la minoría* en el seno de la nación; son cien individuos imponiendo su voluntad á noventa y nueve conciudadanos. (1) Es la separación fatal de la sociedad en dos clases: la que manda y la que obedece.

Las mismas causas producen siempre los mismos efectos; la autoridad económica (propiedad individual) divide á la humanidad en dos partes: los

(1) Se sabe, por ejemplo, que la Constitución de 1875, que nos rige hace 20 años, obtuvo un solo voto de mayoría.

ricos y los pobres; la autoridad política (gobierno) alcanza el mismo resultado: de un lado los opresores, la mayoría; de otro, los oprimidos, la minoría.

El Derecho de las mayorías, el Derecho del número, tal es el principio. Más adelante haré ver que este principio mismo tampoco es respetado en la práctica y su aplicación da por resultado precisamente la inversión de los dos términos. Probaráse también que nos hallamos presos en una apretada red de contradicciones, de sofismas y de mentiras; mas puesto que tales consideraciones sólo se refieren al modo de poner en práctica el régimen representativo y que al presente estudio el sistema desde el punto de vista teórico é intrínseco, conviene *suponer* que el gobierno representativo es realmente el de la mayoría y examinar lo que vale como tal.

*
* *

¿Qué representa el mayor número?

¿Representa la ciencia y puede esperarse que del lado de los más se encuentran el saber y la verdad? ¿Se necesita contestar detenidamente pregunta semejante? ¿No sabe todo el mundo que el pauperismo económico entraña el pauperismo intelectual? ¿Qué la instrucción—no hablo de la que se reduce á enseñar á los niños á leer, escribir y contar, sino de la que enseña al hombre lo que debe saber en la vida—no se sabe, repito, que esa instrucción que ilustra al hombre acerca de la realidad de las cosas, disipa sus prejuicios, le permite discernir lo justo, apreciar lo bello, contrastar la verdad, no equivocarse respecto á sus derechos,

sus intereses y sus deberes, no se concede sino con avarienta parsimonia? Esa enseñanza, la verdadera, la sola en el fondo, que sería útil respecto á lo que aquí discuto, no está en la Universidad que la extiende por las escuelas primarias, secundarias ó superiores. Parece, por el contrario, que los profesores, encerrados como están en un programa de estudios con tendencias retrógradas y armados de autores clásicos cuya doctrina no se aparta de los conceptos debidamente autorizados por el gobierno, toman á empeño acomodar las inteligencias y corazones cuyo cultivo se les confía, á las ideas y sentimientos que un pasado de superstición é ignorancia legó á nuestras generaciones. Parece haberse dado una consigna para que de lo alto de los púlpitos religiosos y civiles, y de labios del profesor como de los del cura, caigan con la autoridad que la imaginación popular da á todo lo que viene del poder terrestre ó sobrenatural, afirmaciones erróneas, razonamientos *á priori* de falsas doctrinas, de tesis supuestas.

Y si por casualidad se encuentra un espíritu valiente, una conciencia recta, un carácter varonil, una voluntad enérgica para oponer la verdad á la mentira, la realidad á la apariencia, se hace que se denuncie en seguida al animoso clarividente como peligroso perturbador, que se condenen sin examen sus ideas por subversivas, ó se urde contra él la conspiración del silencio. Su voz es el «*vox clamantis in deserto.*» ¿Qué puede el apostolado de ese *reprobo* contra la propaganda de cien mil bocas de doctores oficiales y patrocinados, que llevan sotanas, levitas ó gabanes?

Así es que el mayor número no podría lógicamente, en el estado actual de los espíritus, representar la ciencia y la verdad. Los ignorantes se cuentan por legiones, los instruídos sólo componen una ínfima mayoría. Las mismas nociones elementales se niegan á la inmensa mayoría de los hombres, y el entendimiento de los que las poseen está tan cuidadosamente provisto de razonamientos capciosos, de péfidos prejuicios, que les es muy difícil á los primeros distinguir tras ese velo la verdad, y, desde el punto de vista social, deducir las consecuencias justas de sus conocimientos.

*
**

«¿Cómo se concibe, exclama Lamennais, que por mayoría de votos se determine lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto?»

Extraño punto de partida, en efecto, es la apreciación de una idea como esta, que descansa sobre este hecho: que, sometida á una colectividad, pasa por artículo de fe una proposición, no porque se haya aducido en su favor un cúmulo de argumentos, sino porque han querido adherirse á ella trescientos individuos contra cinco.

Es justa, es verdadera una cosa, no porque la mayoría lo proclame, sino porque lo es en sí; y, si es injusta ó falsa, la adhesión de una mayoría de ignorantes ó interesados no logrará hacerla menos falsa, ó menos injusta. Si, por ejemplo, digo: «Dios no existe» ¿será exacto este aserto porque de mil quinientas personas, mil se hayan declarado en su

favor? No, si no está conforme con la verdad, cualquiera que sea el número de votos en pro ó en contra.

Si digo: «el acto de prostituirse es moral», ¿esta opinión será ó no justa, según que obtenga la mayoría ó la minoría de los sufragios?

La misma unanimidad de sufragios, ¿puede en ciertos casos ser un criterio? ¿El *consensus omnium*, tiene más carácter que el de probabilidad, y no puede, en multitud de cuestiones, extraviarse el asentimiento universal?

No; la unanimidad nada significa en punto á certidumbre. Pues bien; tomad, sea la que fuere, una de las cuestiones planteadas al cuerpo electoral, cualquiera de los proyectos de ley sometidos á las asambleas legislativas. No hay uno que no dé motivo á réplicas, interpretaciones ó votos contradictorios. ¿Y porque la mayoría haya adoptado tal cuestión ó tal proyecto de ley, ha de estar conforme con la verdad y la justicia? ¡Qué locura! ¡Locura desde el punto de vista filosófico! ¡Error desde el punto de vista de la historia!

Tómese el trabajo de hojear esto y se encontrará casi en todas las páginas la prueba de tal error. Se verá que, como todo, la verdad ha avanzado por desarrollos sucesivos; que el progreso ha seguido á través de mil dificultades, mil resistencias y precauciones mil; que la verdad, entrevista á los comienzos por algunos clarividentes, ha sido combatida con rabia feroz por todos aquellos cuyas creencias hería ó cuyos intereses lastimaba. Estos, los ricos y directores, forman siempre salvaje coalición contra ella, y no hay

clase de calumnia y de tortura que no se haya puesto en juego para acobardarla ó vencerla.

No sé quién ha dicho: «Todo progreso es la negación del punto de partida.» Tal afirmación no justifica, pero explica esa guerra encarnizada que el poder espiritual ó temporal hizo siempre al pensamiento en busca del progreso y de nuevos horizontes.

En «*L' Egale de l' homme*», E. de Girardin escribe: «Parece que sólo el error debería tener enemigos y que la verdad no debiera contar sino con amigos. Pues sucede lo contrario. Los que militan en el error son tan numerosos como escasos los que militan en la justicia. Y esto se explica: *La verdad aisla*. Para defenderla uno contra millones de sordos y de ciegos, arrojando su ignorancia, su intolerancia, y á riesgo de pasar por loco, con peligro de su fortuna y de su libertad, con peligro de su vida misma, se necesita valor, es preciso la audacia.

Leo en Helvetius: «¿Qué es una verdad nueva? Un nuevo medio de acrecentar ó asegurar la felicidad de los pueblos. ¿Qué resulta de esta definición? Que la verdad no puede ser dañosa. ¿Un autor descubre algo con esto? ¿Cuáles son los enemigos?»

- 1.º Los que contradice.
- 2.º Los envidiosos de su reputación.
- 3.º Aquellos cuyos intereses son contrarios al interés público.»

Faye declara que «no son los contemporáneos los que aceptan la verdad, sino sus sucesores.»

El autor, no tan conocido como debiera, de la

ciencia social, el fundador del socialismo racional, Colins, tiene la idea de que «cuanto más universal es una opinión más estúpida es.»

Nada más fácil de concebir. Una idea nueva nunca se abre rápidamente camino en la opinión pública. Antes de ganar las inteligencias, fuerza es que pueda ser propagada, discutida. Pero como toda idea provechosa á la masa dirigida, es perjudicial á la minoría directora, se esquiva naturalmente de la malquerencia de ésta, que emplea para combatirla, ahogarla é impedir que se extienda, de cuantos medios dispone: poder, influencia, riqueza, enseñanza, prensa.

La infatigable propaganda del pensador hace por fin que un grupo comparta sus convicciones. Ese grupo crece poco á poco. Ya no es una boca sola la que proclama la idea nueva; hay diez, luego ciento, luego mil. Se fundan círculos, se organizan clubs, la propaganda se multiplica; lenta, pero seguramente, se produce la evolución y por fin triunfa la idea nueva. Entonces se vulgariza con prodigiosa rapidez. Es la lava que durante largos años ha rugido sordamente en el fondo del volcán, que ha causado convulsiones más ó menos frecuentes y vigorosas, y que, saliendo al fin del cráter, vomita su fuego alrededor.

Agassiz dice, que «cuantas veces se produce en las ciencias un hecho nuevo y sorprendente, las gentes dicen por de pronto: «eso no es verdad»; después: «es contrario á la religión, al orden» y por fin: «¡hace mucho tiempo lo sabía todo el mundo!»

¿No es muy cierto?

Hasta puede decirse que cualquier idea pasa por tres fases principales: la fase ridícula; todos exclaman: «eso es insensato, eso no tiene pies ni cabeza»; la del examen y la crítica: «no obstante, puede que haya en eso algo de bueno y de cierto»; en fin, la del triunfo: «hace mucho tiempo que comprendí todo eso y que vengo luchando para que se acepte.»

Lo malo es, por lo menos en lo que á la política respecta, que es de lo que aquí se trata, que cuando una idea ha concluido por conquistar los cerebros y los corazones, ya no está conforme con el progreso, que avanza sin cesar. Una idea empuja á la otra, y es de notar que la que más adhesiones reúne se refiere casi siempre—podría suprimirse el casi—á un estado social antiguo que no se adapta ya á las exigencias del desarrollo nuevo, no responde á las tendencias del momento y no cuadra ya con las necesidades de la época.

La idea que surge del nuevo estado de cosas no agrupa en torno suyo más que un corto número de adictos, y cuando emprende la lucha, ve invariablemente alzarse contra ella los satisfechos, coligados para hacerle la guerra sostenidos por los doctrinarios, los interesados ó los inconscientes.

Así en toda época de la historia humana, de las dos ideas, esta es la que se acerca más á la verdad, esta la que se conforma mejor al desenvolvimiento, al progreso que por la fuerza de las cosas se encuentra en minoría.

Como se ve, el juicio de la historia se halla de acuerdo con la lógica más sencilla para condenar

la ley del número en nombre del progreso, lo mismo que en el de la ciencia, del sentido común, de la justicia, y para proclamar que, por el contrario, del lado de los menos es donde hay que buscar la verdad y el progreso. La ley del número es la ley de la fuerza bruta, estúpida, ciega, incomprensible, incoherente y mudable.

Que trescientos un individuos formen mayoría en una cámara cualquiera y voten una ley. Que algún tiempo después, sin más razón que la muerte, la enfermedad, la ausencia ó la venalidad de uno de esos *honorables*, la minoría se convierta en mayoría, y lo que era justo ayer deja de serlo hoy, mientras lo que era injusto se convierta en equitativo. (1)

¿Y ante un sufragio que llega á tales absurdos, ha de inclinarse mi razón? ¿En Código hecho así, he de buscar un guía? ¿De una ley así fabricada, debo, sin quejarme, aguantar la sanción? ¿No habría motivo para soltar la carcajada, si se tratase de asunto menos grave?

*
**

Para imponer este *Derecho* democrático, esta ley de la mayoría, se ha recurrido al respeto á las conciencias de borregos; á un argumento que gracias á un falso concepto de la igualdad, á un erróneo sentimiento de la libertad, parece perentorio.

(1) Los periódicos nos enseñan que muchas veces los parlamentos han cambiado así de juicio, y que esos cambios en la mayoría se han producido de un mes á otro, de uno á otro día, y á veces en la misma sesión, entre dos escrutinios.

He aquí el argumento: «¿De qué os quejáis, ciudadanos, que vivís en el XIX? Desde hace cien años han desaparecido la Cartas y están abolidos los privilegios. No es, como en otro tiempo, la ley confeccionada por unos cuantos, en beneficio propio y perjuicio del pueblo. Estamos muy lejos del tiempo en que la legislación no tenía más que un objeto: el de asegurar, por el respeto de las multitudes, las prerrogativas de las castas superiores. Está ya lejos la época en que los grandes se reían del Código y se colocaban por encima de la ley, sirviéndose de ella sólo para explotar á los pequeños. Hoy la ley se hace por todos y es á todos aplicable. Concede su protección sin distinción alguna de rango social, pero hiere indistintamente al que se subleva contra ella. Cualquier ser puede colocarse bajo su égida; pero también su espada alcanza á todos los pechos, al de los poderosos como al de los débiles. Pues al propio tiempo que ha reconocido la libertad de todos, el derecho contemporáneo ha proclamado la igualdad de todos ante la ley.»

Esta pretendida igualdad ante la ley, es pura hipocresía. Lo probaré sin trabajo.

Afirmo, con autoridades numerosas, que la Ley entera, hoy como en otro tiempo, está hecha en beneficio exclusivo de algunos privilegiados y en contra de los demás.

Vayan algunas citas:

«Los Estados todos están divididos en dos partes: la del pueblo que no quiere ser gobernado por los grandes y la de éstos que quiere dar la ley al pueblo y retenerlo en la opresión.»

Estas líneas datan de cuatro siglos casi. Há-

llanse en el libro del celeberrimo florentino Maquiavelo, *El Príncipe*. ¿No son tan exactas hoy como en el año 1500?

«En los países cultos, dice el autor de *L'Esprit*, (Discurso 1) el arte de la legislación no ha consistido en muchos casos más que en hacer contribuir una infinidad de hombres á la felicidad de un corto número; en tener, como efecto de esto, á la multitud en la opresión, y en violar respecto á ella los derechos todos de la humanidad.»

Turgot—un ministro nada menos—no teme decir, que «en todas partes los más fuertes han hecho las leyes y han oprimido á los débiles.»

Necker—otro ministro—no afirma menos, y es aun más preciso: «Fijándose en la propiedad y lo relacionado con ella, asalta una idea general que merece profundizarse: la de que todas las instituciones sociales han sido hechas por los propietarios. Espanta, al ver el código de las leyes, no descubrir por todos lados en él más que el testimonio de esta verdad. Diríase que un corto número de hombres, después de haberse repartido la tierra, han hecho leyes de unión y garantía contra la multitud, como hubieran construido albergue en los bosques para defenderse de las fieras.» Un Necker de nuestros días no tendrá que cambiar una línea ni borrar una palabra de tal afirmación.

Juan Jacobo Rousseau se expresa así, con su vigor y claridad habituales: «El espíritu universal de las leyes de todos los países, es favorecer siempre al fuerte contra el débil y al que tiene contra el que no tiene nada. Este inconveniente es ineimitable y sin excepción.»

Bentham, bajo otra forma, reproduce el pensamiento de Necker: «No puedo contar, para el goce de lo que miro como mío, sino con la promesa de la ley que me lo garantiza. La propiedad y la ley han nacido juntas. Antes de las leyes no había propiedad; quitad las leyes y toda propiedad acaba.»

El economista Sismondi reconoce «que la mayor parte del coste del establecimiento social, se destina á defender á los ricos contra los pobres.»

En su *Livre du Peuple*, dice Lamennais: «Lo que plugo ordenar á los amos se llamó *ley*, y las leyes, en su mayoría, no han sido más que medidas de interés privado, medios de aumentar y de perpetuar el dominio, y el abuso del dominio del número menor sobre el más grande.»

«Demasiado se ve, declara Mr. Leon Faucher, que los propietarios han hecho la ley y que la han hecho en su solo interés.»

En la *Historia de la propiedad en Occidente*, de Laboulaye, un jurisconsulto distinguido, encuentro: «Las leyes, no protegiendo más que la propiedad, la hacen nacer. El derecho de propiedad, no es natural, sino social.»

Véase, por fin, la opinión original del célebre criminalista italiano Lombroso: «La obra entera de la ley no es más que un mecanismo en favor de abogados y magistrados.»

* * *

Podría multiplicar tales citas. ¿Pero á qué? Por poco trabajo que quiera tomarse en hojear los

Códigos, cualquiera advertirá en seguida que, de cien leyes, hay sesenta y tres que conciernen á la propiedad, veinticinco que se relacionan con la gestión gubernamental, y sólo una docena que tienden á la seguridad de las personas.

Por tanto, es evidente que las 88 leyes de las 100 que tienen por objeto la salvaguardia de los derechos de la propiedad y del gobierno, no pueden ser y no son beneficiables sino para los propietarios y los gobernantes. ¿Se habrían por fortuna dictado en favor de los que nada tienen las leyes contra el robo, la estafa, el cohecho, la mendicidad y la vagancia? ¿Aprovechan por ventura á los simples ciudadanos esas leyes que reprimen los insultos á los magistrados, los ultrajes á los agentes, las conspiraciones contra la seguridad del Estado, las excitaciones á la rebelión, etc., etc?

Tan sencilla consideración basta para probar, que las nueve décimas partes de nuestras leyes tienen por único destino la defensa del poder gubernamental existente y la de la propiedad individual. Hermosa igualdad, por cierto, la que pone frente á una misma ley dos ciudadanos, de los que uno es protegido por ella, mientras el otro sólo es llamado á conocer de la misma el «*dura lex, sed lex.*»

En vano se me dirá que el que confecciona la ley está, como yo, obligado á someterse á ella y que eso precisamente constituye la igualdad de que se trata. ¿Qué me importa que en vez de decirme: «Haz esto, no hagas eso;» el legislador me diga: «Hagamos esto; no hagamos eso,» puesto que se trata, en suma, de hacer lo que le aprovecha y me

perjudica, lo que le agrada y me disgusta, y de cumplir su voluntad y no la mía?

Si ó no; su sumisión, su servidumbre, si la hay en esto, ¿impide la mía? No; pero en tanto que la suya es voluntaria, la mía es obligatoria; y esa diferencia, y esta diferencia esencial basta para romper la aparente igualdad que se pretende establecer entre él y yo. Además, aunque esa igualdad existiera realmente, en la práctica, por el modo escandaloso con que la ley se aplica por una magistratura forzosamente parcial—pues que es humana resultaría una añagaza.

Podría alegar aquí una requisitoria contundente contra esa repugnante aplicación de la ley. Pero me bastará con recordar las iniquidades, presentes en la memoria de todos; las lentitudes judiciales inconcebibles y las precipitaciones imperdonables; los autos de libertad incomprensibles y las detenciones arbitrarias; los no *ha lugar* pasmosos y los procesamientos injustificados; las absoluciones irrisorias y las condenas irritantes. Inútil es preguntar por qué tanta indulgencia y atención por una parte y tanta rudeza y severidad por otra. La clásica y antigua comparación de la tela de araña que deja pasar al moscardón y detiene á las moscas pequeñas, es y será siempre justa. Los magistrados son á la vez intérpretes y guardadores de la ley. Esta es suave para los amos, los ricos y los que dirigen; dura para los servidores, los pobres y los dirigidos. ¿No es forzoso que los jueces se inspiren en este hecho, que conocen tan bien, y es creíble que esos señores puedan olvidar que *la letra mata y el espíritu vivifica?*

La ley no se *ha hecho para todos*, puesto que en realidad es en favor de unos cuantos, contra los otros; tampoco es aplicable á todos, al menos igualmente, puesto que es, según las personas y por la misma infracción, aplicada á éstos con extremada blandura, y á aquellos con rigidez implacable.

No soy, en verdad, admirador del pasado, y aborrezco profundamente los régimenes caídos; pero no puedo menos de hallar extravío en nuestros feroces demagogos que, después de haber proferido diatribas violentas contra la ley monárquica, declaman períodos pomposos sobre la ley republicana.

Porque si hay un hecho difícil de negar, es el de que estamos regidos por una legislación que desde hace siglos no se ha modificado sensiblemente. La fachada del monumento acaso esté ligeramente adornada; pero á esto se limitan todas las transformaciones.

Son las mismas las leyes sobre la propiedad, la autoridad y la seguridad de las personas; las revoluciones han soplado sobre nuestros antiguos Códigos; el polvo apenas se ha removido; el edificio viejo es hoy lo que era bajo los reyes. Si hoy, pues, el código vale, valía hace cien años; pero si era opresivo hace un siglo, no ha podido dejar de serlo, puesto que no se ha movido.

*
**

Opresiva es la ley, y añadido que no puede dejar de serlo.

Una cosa que jamás deja de sumergirme en confusión extraña, es la seguridad con que hombres graves y que parece que han estudiado, nos dicen que la ley se ha hecho para asegurar nuestras libertades. Aún se comprendería tan extraordinario lenguaje en boca de un niño, de un pobre de espíritu ó de un ignorante limitándose á repetir lo que se le ha enseñado. Pero en boca de personas ilustradas y que tienen la costumbre de pensar, semejante aserto es inexplicable.

Y no obstante esa misión de garantizar las libertades, hasta tal punto es por la generalidad atribuída al gobierno, y no á ley, que cualquier persona que cree deber quejarse de algo ó de alguien, no ve otro remedio en su situación que la intervención del poder: «debería hacerse una ley sobre este punto, dice esa persona; el gobierno no debe tolerarlo; debería exigir esto ó aquello.» La ley ha pasado en el cerebro de mucha gente al estado de providencia terrestre. En la cabeza rellena de prejuicios de ciertas gentes, el gobierno es como un protector natural cuya única misión es velar por que nada les falte, no se les haga daño alguno, y todos sus derechos sean escrupulosamente respetados.

No creo que pueda imaginarse una concepción más opuesta á la realidad de los hechos. El gobierno no debería desempeñar otro papel que el de velar por que no nos falte nada, lo que supondría que tiene medios de darnos algo, y que, por tanto, produce; siendo, por el contrario, nosotros los que tenemos que llenar sus cajas y mantener sus empleados. Nada nos da ni puede darnos, y, en cam-

bio, exige de nosotros lo que necesita. En cuanto á nuestros derechos, á nuestras libertades, la verdad es que no hay una sola ley, ni en las llamadas de libertad, que se haya hecho para atenderlos, ni siquiera para garantizarlos.

Toda ley es, por su naturaleza, restrictiva. Sólo encierra de hecho, aun bajo los aspectos más liberales, prohibiciones, interdictos. Lejos de suprimir las trabas, sólo alcanza á crearlas y sostenerlas.

Un derecho, para afirmarse y ejercerse, no necesita apoyarse en su texto. No es, ni puede ser la ley quien confiera á un individuo el derecho de pensar, de asociarse con otros, de comer, de amar, de satisfacer cualquiera de sus necesidades. Toda necesidad sentida lleva en sí el derecho de ser satisfecha.

El cambio de ideas con sus semejantes, sea por la palabra ó por la escritura, asociarse con otros para un placer ó un trabajo, practicar tal ó cual religión ó no profesar ninguna, unirse á una persona de sexo diferente por una hora ó para siempre, todos estos derechos son imprescriptibles, porque emanan de necesidades inherentes á la naturaleza humana. Fuera del que las siente, nadie tiene la facultad de limitarlas ó reglamentarlas. Cualquier obstáculo á su libre y completa satisfacción no puede ser más que un abuso de la fuerza. El único papel de la ley es, dígame lo que se quiera, el de legitimar y perpetuar tal abuso, pues que sólo sabe restringir, trabar, reglamentar ó prohibir.

No hay que ir muy lejos para encontrar la prueba de lo que expongo. Encuéntrase en la ley

misma. Un axioma de jurisprudencia nos enseña «que todo lo que no está prohibido por la ley, es permitido». El simple sentido común debería sacar por consecuencia, que para gozar de una libertad cualquiera, basta con que la ley sea muda; y que, por el contrario, si ésta se declara, aun cuando al legislador le plazca calificarla de «ley de libertad», se dirige en el sentido de la restricción.

Ejemplos: *la libertad de reunión*. Para que exista, bastará con borrar de un plumazo el código que reglamenta la materia. Nadie entonces sería molestado en el ejercicio de ese derecho de reunión, no pudiendo la autoridad apoyarse, para perseguirla, en ningún texto. *La libertad de asociación*: para que fuese real, bastaría con que todas las leyes que rigen la asociación fuesen pura y simplemente derogadas. Siendo el legislador entonces impotente para buscar en el código una penalidad cualquiera, no habría ya asociaciones ilícitas, y los interesados podrían agruparse libremente sin tener en cuenta más que el objeto que se propusieran.

Mientras, por el contrario, la gente se concrete á demoler aquí para reconstruir allá, á borrar un texto para reemplazarlo por otro, éste contendrá forzosamente prohibiciones, dictará penas, y la libertad así aclamada será un engaño, como lo será la nueva legislación teniendo por objeto ineludible restablecer bajo nueva forma, enmascarar con un nuevo artículo del código, la opresión que se está obligado á hacer que desaparezca.

Para comprender todo esto, digámoslo una vez más, bastaría con el sentido común; pero eso sería

muy sencillo, y los metafísicos de la política se complacen en embrollar las cosas más claras, á fin de obscurecer los cerebros que les interesa tener encadenados, porque es el medio más seguro de agarrotar las voluntades y las conciencias.

* * *

Vése, por lo que precede, que el objeto de la ley no es depurar ni garantizar los derechos naturales del individuo, sino que los viola forzosamente, y que, por tanto, existe antimonía constante y fatal entre el derecho natural y la ley.

En su obrita maestra, *Las ruinas*, Volney ha explicado perfectamente que hasta su tiempo la ley no había sido más que el robo perpetuo del derecho natural; mas se engañó al pensar que era susceptible de convertirse en expresión de ése derecho. Esto al menos es lo que resulta de la opinión que desarrollo; á saber: que las buenas leyes escritas se conocen por la similitud que tienen con las leyes naturales.

No hay empero semejanza alguna entre las primeras y las segundas. Las leyes de la gravedad, de la atracción, de la afinidad química, de la evolución, han existido en todos los tiempos. No han sido hechas por los hombres, sino solamente descubiertas y formuladas. Están por sí mismas, independientemente de la interpretación que se les ha dado, en el tiempo y el espacio; en una palabra, son porque son; y si la aguja imantada, por ejemplo, se dirige normalmente hacia el mismo punto del horizonte, no es porque el oficial de marina

que la consulta se lo ordene, ni tampoco por permitir al navegante que halle rumbo á través de la inmensidad de las líquidas llanuras, sino únicamente porque está en su naturaleza el tomar aquella dirección. Tal género de leyes, que la ciencia ha descubierto por una experimentación constante y que por inducción ha formulado, constituye lo que se llama las leyes naturales. No hay necesidad alguna de codificarlas; son á la par inmutables é inviolables. Su infracción constituiría un milagro, y en nuestros días, sabido es que, si hay aún multitud de misterios que el talento humano no ha penetrado, el milagro ni existe ni puede existir.

Otra cosa son las leyes artificiales, es decir, fabricadas por los hombres y formuladas en textos precisos, resumidas en libros que se llaman códigos. Son éstas tan versátiles como los legisladores y, además, circunstanciales forzosamente, porque se adaptan á una materia perpetuamente ondulante, porque rigen intereses inmediatos que se modifican con los individuos, los grupos y los desarrollos de la humanidad. No hay por tanto una sola ley que no haya sido objeto de larga serie de modificaciones, ni una hay que no sea pura modificación de la de ayer, ni una para mañana que no sea forzosamente la negativa de la de hoy. Esta es la causa de que, filosóficamente, el valor de todas las legislaciones humanas esté amenazado de nulidad completa. Por esta razón, al contrario de la ley natural, la ley artificial codificada es violada constantemente y no podría existir sin la represión correlativa; y por tal motivo, mientras que la primera existe, abstracción hecha de todo legislador,

la segunda lo necesita; por eso, en fin, sea el que sea el legislador y sea ley la que fuere, ésta carece de valor desde el punto de vista racional y no tiene carácter alguno de obligación para el ciudadano.

Redactado por uno solo, por algunos, por la mayoría y hasta por todos, el código no es en realidad más que un documento falso desde el primero al último párrafo y al que no se debe respeto ni obediencia, porque sólo es expresión de la fuerza enmascarada hoy con el sofisma de esa fuerza ridícula, ciega, incoherente y feroz: la fuerza del número.

Por todas partes que se mire, la ley sólo aparece como una consecuencia: resulta forzosamente de la idea de propiedad y gobierno. Suprimida la propiedad individual, las leyes que se relacionan con tal principio no tienen razón de ser. Suprimido el gobierno, cuantos textos se relacionen con este agente artificial, resultan inútiles.

Por consecuencia, para que la legalidad tenga carácter respetable y legítimo, preciso es admitir de antemano que ese mismo carácter corresponde á las instituciones económicas y políticas. Condenar á aquélla, es condenar á éstas.

En fin, á los que, á pesar de las precedentes consideraciones, persistieran en querer justificar el derecho contemporáneo con su indispensable corolario, la legislación, responderé á riesgo de parecer celoso de un primer ministro, (M. Charles Dupuy, que en su discurso de Tolosa encerró el socialismo en un dilema que se recuerda aún). O vuestras leyes son buenas y justas, en cuyo caso no hay que tocar á ellas y vuestras asambleas legislativas

son por completo inútiles; ó vuestras leyes no son justas ni buenas, y en este otro caso, ¿queréis decirme en nombre de quién ó de qué tenéis la pretensión de imponerlas y querer que se las respete? ¿Es claro esto?

*
**

Acabo de explicar lo que es el derecho contemporáneo; he mostrado sus orígenes, su principio; he señalado en él las causas redhibitorias; háse podido ver que toma de los derechos que en la historia le han precedido todos sus inconvenientes, sus peligros, sus vicios; que la legislación que de él emana pone la mano en todas las libertades y es la negación de los derechos individuales; es la organización de la opresión, la aparente justificación de las servidumbres; se ha podido comprender que de un extremo al otro, hecha en favor de los que retienen el poder y la riqueza la ley, para llegar á cubrir las apariencias é imponer el respeto y el temor, vése obligada á guarecerse tras un plan ingeniosísimo de hipocresías sutiles. Esos fetiches que en su estúpida ignorancia adoran los salvajes, fetiches encerrados cuidadosamente en los templos, rodeados de misterios y cuyo acceso está prohibido á los profanos, inspiran á los crédulos un espanto ridículo, una fe grotesca. La multitud les atribuye cuanto puede ocurrir de provechoso y suceder de perjudicial. Sólo los iniciados saben lo que debe pensarse de los fetiches y los fetichistas. Así, pues, nunca serán bastantes precauciones las que se tomen para ocultar tales arcanos á la indiscreción que podría desvanecer el te-

mor, quitar el respeto y acabar con la sumisión.

Bien lo había advertido Voltaire cuando escribía: «Páreceme esencial el que haya mendigos ignorantes... Cuando el populacho se mete á razonar, todo está perdido.»

Lamennais exclama: «Te quejas de no cultivar tu espíritu, desarrollar tu inteligencia, y tus dominadores dicen: «¡Así está bien! Es preciso que esté embrutecido para ser gobernable.»

El economista Miguel Chevalier confiesa que nuestra Francia sería ingobernable, si los campesinos hubiesen disfrutado las mismas enseñanzas que una parte de los obreros.»

La opinión del célebre fundador de la *Escuela Fisiológica*, el doctor Broussais, es la misma: «La ignorancia es necesaria en las masas, y bajo la influencia de la veneración es como han sido explotadas las masas desde la infancia de la humanidad.»

¡Pues bien! Un derecho que descansa sobre absurdos, que se cubre de un velo misterioso, que necesita la ignorancia de los que está llamado á regir, ese derecho no es ni respetable ni respetado.

«La autoridad que se desprecia, pronto es desafiada», según justa expresión del conde de Sagur. No quiso decir otra cosa el general Cavaignac al afirmar que «no podrá vivir cualquier gobierno que permita se discutan sus principios», y José Fabre tiene razón al pensar que la «legalidad no vale sino mientras tiene por base la justicia.»

Pues sabemos al presente que no descansa ni en la justicia, ni en la razón, ni en la verdad, ni en

el derecho natural, el lector puede sacar la consecuencia.

B.—PRÁCTICA

La ley de las mayorías termina en la práctica en la ley de la^a minorías: cifras que prueban esta verdad. El sistema^a parlamentario trae fatalmente la vuelta al Cesarismo y al poder personal. Espectáculo de un país en la epidemia de elecciones: Comités, agentes, muñidores electorales, manifiestos y profesiones de fe, adulaciones al sufragio universal, expediciones, promesas y bajezas del candidato, campaña odiosa de ardidés y calumnias contra los adversarios. Después de las elecciones; el sistema representativo tiene por rasgos distintivo: el absolutismo, la irresponsabilidad, la incompetencia, la esterilidad, la corrupción. Monografía del elector. La escrutiniomanía.

Se ha visto lo que es el derecho contemporáneo; se trata ahora de ver cómo se practica, cómo funciona.

Es del todo lógico que un derecho tan esencialmente vicioso y falso dé origen á una práctica más viciosa todavía. No puede esperarse que en el terreno de los hechos se echen á un lado los inconvenientes del principio; y si descendemos de las alturas de una discusión, tal vez un poco abstracta, no nos costará trabajo darnos cuenta de que esos inconvenientes no hacen más que acenturarse en la práctica y engendrar una situación social lamentable.

Lo que ante todo choca en el examen de la manera de funcionar de la ley de las mayorías, es que llega, por el contrario, hasta la ley de las minorías.

El sufragio universal, que es la base de nuestro sistema democrático, es también uno de tantos engaños como se hallan en el estudio del derecho contemporáneo. Nada, en efecto, menos universal que esa nacional consulta. No son admitidas á tomar parte en la votación: las mujeres, cualesquiera que sea su edad y condición social; los niños y los jóvenes hasta los 21 años; todos los que de 21 á 25 años estén bajo el régimen militar; los que están por sentencia privados de sus derechos políticos ó condenados á una pena que lleva en sí dicha privación; todos esos, más numerosos cada día y que llamaré *los vagabundos del salario*, porque, obligados á trabajar en diferentes sitios, hoy aquí, allí mañana, no pueden alcanzar en ninguna parte el tiempo de residencia prescrito por la ley, y, por tanto, no figuran en ninguna lista electoral.

Teniendo en cuenta estas primeras eliminaciones estipuladas formalmente por la ley, véese que las tres cuartas partes de la población de Francia sufren la nulidad ó caducidad del derecho electoral. En las listas electorales figuran en Agosto de 1893, 10.643.212 individuos. Esto bastaría para afirmar que el sufragio universal es lo más restringido que hay, y que «la soberanía del pueblo» es una expresión vacía de sentido de esas que se echan como pasto á las multitudes.

¿Esto es todo? ¿Puede sostenerse al menos que es realmente ese total de 10 millones de individuos quien gobierna?

Sabemos que el acuerdo unánime no puede realizarse, ni sobre programas que condensen las aspiraciones, ni sobre los candidatos que represen-

tan cada programa. Hay por este hecho una doble eliminación que prever: primero, la de todos los electores que afirman una cosa que no sale triunfante de las urnas; después la de los votantes que, en cada partido, cuando hay con él varios candidatos en competencia, dan sus votos á los que no resultan elegidos. Es evidente que ni los unos ni los otros tienen el mandatario de su elección, y sí derecho á decir que no están representados, puesto que no lo son por quien les place. Otros, en fin, sea porque sepan á qué á atenerse respecto á lo que vale el parlamentarismo, sea por cualquier otro motivo: indolencia, viajes, enfermedades, falta de candidato, etc., que renuncian voluntariamente sus derechos electorales.

En una palabra, si se suma el número de votos obtenidos por el conjunto de candidatos electos, se alcanza una suma que no pasa en total de cuatro millones, lo que permite decir, que esos cuatro millones de personas hacen triunfar su manera de ver, sus planes, sus tendencias, ó mejor dicho, sus intereses, en oposición con los de los otros seis millones de electores; que esos cuatro millones de electores (1 por 10 próximamente) dan la ley á todos los demás habitantes de Francia. He aquí, pues, lo que resulta de la Constitución llamada nacional.

Pero si el pueblo nombra sus representantes—en las condiciones que sabemos—son los últimos los que hacen solos las leyes y han de ocuparse en los intereses de todos. Luego, no hay en el Parlamento más unanimidad que en el país; vuelve á encontrarse allí reunida la misma mescolanza de

sentimientos y de ideas; hay, en pequeño, las mismas competencias, las mismas divergencias, las mismas hostilidades.

Aunque tenga mil veces razón la minoría al chocar con la mayoría, nada puede contra ésta. Al contrario, las medidas y los proyectos de ley apoyados por la segunda, llevan ganada de antemano la partida; en esto, como en todo, el número, aunque no tenga razón, vence á la oposición que se le hace.

Pero hay más; la mayoría, á su vez, marcha bajo la dirección de cierto número de jefes de fila, buenos habladores, diplomáticos de pasillo ó zorros viejos del parlamentarismo; se entrega á la dirección de esos hábiles, antiguos ministros, miembros del Consejo al presente ó futuros propietarios de carteras que, en número de 20, 25 ó 30—siempre los mismos durante muchos años—forman el gobierno.

Tal puñado de *ministrables* sufre á su vez la influencia poderosa de una de esas personalidades absorbentes, ruidosas, populares, audaces ó superiores, que reinan sobre sus colegas, un Gambetta, un Ferry, un Constans, un Dupuy.

Volvamos á la demostración. Es tan curiosa que merece la pena de seguirla.

De cerca de 40 millones de individuos, sólo 10 millones son consultados; de 10 millones de electores, 4 millones, á lo sumo, tienen la representación que les gusta; de estos 4 millones, la tercera parte lo menos tiene por representantes individuos de la minoría cuyas proposiciones, por poco opuestas que sean á las de la mayoría, son implacable-

mente rechazadas; de suerte, que si esa tercera parte de electores está representada en la Cámara, el resultado es igual que si no lo estuviera.

(Aquí inserta el autor de esta obra un estado que, por referirse únicamente á los distritos electorales de Francia, creemos poder suprimir, dando sólo el resumen, que basta á probar el aserto del autor.) He aquí lo que resulta del referido estado:

Los diputados que forman la mayoría, son los que tienen cierta probabilidad de realizar las diversas partes del programa para que han sido mandados. Los votos que se les han dado forman próximamente un total de 2.200.000. Estos dos millones doscientos mil electores, son, en realidad, los únicos que están representados en el Parlamento, pues que, lo repito, los que concedieron su preferencia á los candidatos de oposición, condenados de antemano á la impotencia, de hecho han adelantado lo mismo que si carecieran de toda representación. Luego si establezco la proporción entre esos electores favorecidos, ó sea 2.200.000 con relación á la población de la Francia entera ó sea 38 843.192, resulta el 5,71 por ciento.

Lo que significa claramente que 2.200.000 electores dan la ley á 38.843.192 individuos; que de cien personas, seis solamente están representadas, mientras las otras noventa y cuatro no lo están.

Cuando se prescinde de frases sonoras y se procura darse cuenta exacta de la realidad de las cosas que tales redundancias expresan, he aquí lo que los números demuestran con su elocuencia brutal. De cien personas, noventa y cuatro obede-

cen á seis. ¡Esta es la libertad, esta es la igualdad! De cien personas, noventa y cuatro no están representadas. ¡Esta es la representación *nacional!*

*
**

Pero hay más. En lo que concierne á los 2.200.000 electores representados realmente, sus intereses, confiados á cerca de trescientos mandatarios, están, como éstos, á discreción del Consejo de ministros, que á su vez está á merced de un hombre de Estado de quien hacen amo la influencia ó la popularidad. El presidente del Consejo de ministros se impone á todo el Consejo, el ministerio se impone á la mayoría parlamentaria, la mayoría parlamentaria se impone á la asamblea, la asamblea al cuerpo electoral, y el cuerpo electoral al país. Que se parta de arriba ó de abajo, se vaya del pueblo al gobierno ó del gobierno al pueblo, el resultado no varía.

¿Quién hubiera imaginado nunca que la función de la ley del mayor número alcanzase el triunfo del menor? ¿Quién hubiera podido creer que el gobierno de todos por todos hubiera podido traer la vuelta del Cesarismo? (1) Cosa extraña, en verdad, y sobre la que nunca se meditará lo bastante.

(1) ¡Y luego se asombran que con semejante sistema de Cesarismo latente, y bajo el impulso de determinadas circunstancias, sean todopoderosos los aventureros! Es, por el contrario, lo más lógico. Así, pues, lo que puede señalarse desde luego como resultado práctico del parlamentarismo, es la tiranía de las minorías y la vuelta del odiado Cesarismo: lo contrario exactamente de lo que tiene la pretensión de darnos.

Se ha apelado á la revolución, se han vertido olas de sangre, se han sembrado de cadáveres las ciudades y los campos para romper con el poder personal, para trasladar la soberanía, para arrancársela á unos cuantos y confiársela al pueblo; y tras cien años de nuevo régimen, después de medio siglo de sufragio universal, llegase á patentizar que, aun cuando por diferente camino, se ha logrado el mismo fin, que no se ha modificado nada, que hay que rechazarlo todo, que el poder personal se ha restaurado bajo una forma tanto más peligrosa cuanto que está más hábilmente disimulada.

Y mientras se enseña á cuarenta millones de franceses y francesas que la tiranía cayó con la cabeza del hijo de San Luis; que el despotismo y la arbitrariedad de los tiempos monárquicos han dejado el puesto á la libertad y la justicia convertidas en herencia del pueblo; mientras se les dice que han desaparecido las castas, que han sido abolidas las clases, que con la República, inquebrantable en lo sucesivo, fundada en el amor espontáneo de los unos, la adhesión interesada de los otros y el respeto de todos, no hay más que dejar al país hecho dueño de sus destinos, marchar hacia un ideal siempre más elevado, de libertad más humana, de más ancha justicia, por consecuencia de esa perfidia que es el rasgo distintivo de las clases directoras, y gracias á esa confianza cándida que es característica de las multitudes, la opresión más pesada, más tortuosa, más vil que nunca, continúa socavando con su potente garra el pecho y el corazón de las masas populares.

No conozco demostración más vigorosa, más irrefutable que esta prueba—*por el hecho*—de esa verdad conmovedora que la historia confirma y que quisiera inscribir con caracteres de fuego: «¡Que venga de Dios ó de los hombres, de arriba ó de abajo, de la usurpación ó de la delegación, que se ejerza por uno ó por quinientos, por un monarca ó por una asamblea; que revista la forma oligárquica ó democrática; que lleve la etiqueta monárquica ó republicana; que tenga el torso desnudo de la fuerza brutal y guerrera, ó que las armas la cedan á la toga; (1) el gobierno, cualquiera que sea, ha sido y será siempre: para unos, el derecho de mandar; para todos los demás la obligación de obedecer!»

*
**

¿Habéis asistido á un espectáculo más nauseabundo que el de este país en epidemia de elecciones?

Por todas partes se forman comités electorales. El número de gentes que se ocupan en los intereses públicos, es de pronto en extremo importantísimo. El tendero de la esquina, el salchichero de enfrente y el tabernero de al lado se convierten de pronto en grandes electores. Nadie hubiese creído que esos comerciantes en quiebra de jamones y de sardinas estuvieran tan al tanto de las necesidades nacionales y locales. Hay que verlos, hinchados con su importancia efímera, hacer de personajes con aplomo imperturbable. En caso necesario, se

(1) *Cedant arma togæ.*

hacen diplomáticos para tramar sus intrigas en los comités que vacilan y dar fin á convenciones ventajosas. Tienen en su romana la paz y la guerra; la paz para los que se adhieren á su pequeña liga; la guerra contra los recalcitrantes que les disputan el honor de conducir el pueblo á la victoria.

En verano como en invierno, cuando el termómetro marca 40 grados sobre cero ó 15 bajo cero, las elecciones son la primavera de los periódicos. El país se cubre de hojas cuya caída señala el fin del período electoral.

Es también asimismo la época de las generosidades: al entrar en los cafés, al penetrar en los domicilios, y deslizándose por todas partes, los agentes electorales abren sus manos llenas de promesas, de regalillos—los pequeños regalos sostienen la amistad—y ahuecando la voz cuando están en público, bajándola cuando hablan cara á cara á un diapason misterioso, refieren con emoción lo que su futuro diputado propónese hacer en favor de todos y cada cual.

Mil oficios nacen de esta bendita época: el *alabardero* de anchas manos, que aplaude bien, que acentúa con frenéticas palmadas las frases de su candidato; el que aclama, de voz sonora, personaje ruidoso, alborotador y audaz en favor de aquel cuya suerte sigue; el que silba, pagado para ahogar la voz del adversario; el comparsa que sigue al futuro legislador, se halla siempre á su paso, lanza entusiastas *¡viva Fulano!*, prepara la *expontánea* ovación, desengancha los caballos del coche del candidato y tiene siempre dispuestos los hombros para llevar en triunfo á la *esperanza del*

pais; en fin, todo el que está dispuesto á venderse para un oficio cualquiera, sea ó no sucio, precede, acompaña y sigue al que en tal comedia hace el primer papel.

Ha comenzado el candidato dejándose rogar... por fórmula, es claro, y como esas gentes que creen de buena educación no aceptar de pronto una invitación á comer, por mucha gana que tengan. «Pero después de haber rogado al comité que eligiera á otro más digno y apto, ha debido someterse al mandato. Se ha apelado á su valor, á su energía; no ha creído tener derecho á rehusar el auxilio de su nombre al partido á que se honra pertenecer... y ha concluido por sacrificarse.» Esto es lo que dice el señor y confirma su comité.

Nunca hubiese creído que hubiera en nuestra infortunada República tantos hombres abnegados, competentes, convencidos, enérgicos, sabiéndolo todo y para todo aptos.

Los que lanzan la candidatura de M. Tartempion nos lo aseguran, y me pregunto cómo se podría dejar de creer la palabra de un matador de cerdos, de un vendedor de mostaza, de un comerciante de limonada, cuando se han dignado reunirse para dar á luz un manifiesto y recomendar un individuo al sufragio universal. ¡Oh, cómo se ve éste halagado, ensalzado, mimado, incensado durante unas semanas! ¡Obrero que por 50 sous trabajas de la mañana hasta la noche, tú no creías que el mundo entero, fijos los ojos en tí, esperaba con ansia tu veredicto soberano! Y, no obstante, nada hay más cierto. Tú no sabías que el porvenir de la patria y de la República estuviese en tus

manos callosas, y, sin embargo, nada más exacto. No imaginabas que fuera tan fácil, con sólo ir á las urnas—¡nada de abstención sobre todo!—mejorar tu triste suerte; y, sin embargo, nada más conforme con la realidad. Una vez más el candidato, su comité, sus periódicos, sus muñidores, sus amigos te lo afirman. ¿Podrás vacilar en creerlo? Sí, eres soberano, porque tu veredicto es el que asegura el triunfo de un tal y la derrota de sus adversarios; tú eres el que dispensa el poder, tú quien hace y deshace los seiscientos monarcas llamados á gobernarnos; tú, cuya investidura puede arrancar del taller á un simple trabajador y hacerle igual á los más poderosos. ¿Pero has pensado bien que esa soberanía de que tanto te hablan, dura precisamente lo que duran las rosas, menos aún, un minuto cada cuatro años, el tiempo que tardas en echar tu nombre en la urna? ¿Has pensado, en fin, que todas tus funciones de soberano se limitan á abdicar un poder que jamás has ejercido, en favor de un tercero que tendrás que aguantar durante cuatro años y del que no podrás librarte sino para pasar bajo el yugo de otro?

Mientras las paredes se tapizan con carteles multicolores en que se ponen al lado del nombre flamante del mendigo de votos, halagüeñas promesas, juramentos solemnes, un programa seductor y un llamamiento desesperado; mientras los buzones se llenan con montones de papel, programas, manifiestos, convocatorias, papeletas, etcétera, bastantes á dar trabajo meses y meses á las fábricas de Angulema, el aspirante á diputado pa-

sea su faz risueña y su aire cauteloso y modesto por las ciudades y los campos. Conoce á todo el mundo, estrecha la mano del campesino más insignificante, halaga al obrero más pobre, distribuye galanterías entre las mujeres, sonrisas entre las jóvenes, bombones á los niños, medicamentos á los enfermos y terrones de azúcar á los animales. Prodigas las promesas: condecoración, administración general, ó protección á los electores influyentes; plaza de guarda de campo, estanco ó recomendación á los otros. La más pequeña aldea tendrá su ferrocarril, sus caminos vecinales, su casa-escuela, su administración de correos y telégrafos. «Es una vergüenza que todavía no se haya pensado en ello.» Pero por su cuenta corre y mucho más aún. Ya se verá, ya se verá: el oro correrá á mares por la región, todos harán fortuna y serán felices. El pueblo lo es todo; el amo, el que da el poder; él, el candidato, sólo quiere ser el servidor y el amigo de sus electores. No se verá en él á un ingrato.

Pónense á contribución las cuadradas, las tabernas, las escuelas, los salones de baile, de conciertos, los teatros. El futuro diputado, que se ha aprendido de memoria su discurso, revisado y corregido á veces según el medio, asombra á sus oyentes con sus brillantes improvisaciones. Las secciones se preparan de antemano y se reclutan sus individuos entre los amigos del orador; compadres diseminados por la sala hacen al candidato preguntas ya convenidas, y dan á los periódicos relatos conteniendo las alabanzas del gran hombre, y con cómica seguridad predicen que el

nombre de su favorito saldrá triunfante de las urnas.

* * *

Se han verificado las elecciones; el Parlamento está reunido. Veamos qué se hace en él, qué puede hacerse, cómo se portan los amos que se ha dado el sufragio universal, y á lo que llega en la práctica el régimen representativo.

Llega el absolutismo á la irresponsabilidad, á la incompetencia, á la esterilidad, á la corrupción. «Que el gobierno parlamentario es absoluto, es cosa incontestable. Cuando se ha votado una ley promulgada en forma ¿quién tiene poder para oponerse á que sea registrada, ó para hacerla objeto de advertencias ó motivo de negativa de subsidios? Eso, ni pensarlo.»

Cierto es que no hay poder capaz de elevarse por cima de la voluntad de nuestros parlamentos y menos de destruirla. Lo que la voluntad nacional ha decidido está bien, debida y definitivamente resuelto. Es verdad que algunos oradores de oposición tendrán el recurso de hacer escuchar, en reunión privada, tímidas protestas; mas tendrán buen cuidado, al desprestigiar la ley nueva, de aconsejar á sus oyentes que la acaten.

Es verdad que, en pública reunión, podrá darme el lujo de pronunciar discursos virulentos y de votar una orden del día «por la cual los ciudadanos reunidos en un circo ó un teatro, enviarán al Parlamento la expresión de su más profundo desprecio, fustigarán con la mayor energía la asamblea podrida y vendida que nos gobierna, protes-

tarán con indignación contra los infames actos de un Parlamento de lacayos», (1) pero en ninguno de esos valientes discursos se hallará que tenga el valor de predicar la insurrección contra la ley execrada.

Y si se hallan ciudadanos más enérgicos y consecuentes que quieren oponerse á dicha ley y recurrir á la *última ratio*, tendrán contra sí, no sólo al gobierno con su policía, sus gendarmes, sus fusiles y sus cañones, sino hasta los que la víspera proponían y votaban órdenes del día, de censura, de desprecio, y que, ¡oh vergüenza! se apresuran á proponer y votar nuevas órdenes del día, de censura, de desprecio, pero esta vez contra los valientes armados para la defensa de los ultrajados derechos.

Hoy se ve que, de todos los sistemas gubernamentales, el mejor, no ya para los simples ciudadanos, sino para los mismos gobernantes, es el régimen representativo. Así es que después de haber combatido vigorosamente y por mucho tiempo la instauración del sufragio universal—completamente indispensable, desde el punto de vista teórico, á dicho régimen—los mismos gobernantes se han convertido en sus abogados más ardientes y procuran que se practique lo más completamente posible.

Este es, en efecto, el único sistema que permi-

(1) Esta orden del día es clásica, digámoslo así. Leed el relato de lo que pasa en cualquier mitin de indignación ó censura, y podéis estar seguros de ver que concluye con una orden del día como esta, casi textualmente. Diríase que hay un cliché y que los periódicos pueden reproducirlo sin miedo de cometer un error.

te dominar á las turbas haciéndolas creer que permanecen siendo soberanas; poner los grillos á los forzados persuadiéndoles al propio tiempo de que andan libremente, de que esas trabas no les molestan, y hasta de que son útiles.

Antes, millones de hombres nacían esclavos y no tenían en el corazón más que una pasión única: el odio á la servidumbre, el amor á la libertad; sólo aspiraban á libertarse; y ¡oh qué irrisión!, en este siglo todos los hombres nacen libres y parece que no tienen más que una pasión en el pecho, el amor á la esclavitud; tan grande es el ardor con que se procuran amos. No les basta con ser apaleados; suministran las varas, se despojan del derecho y pierden el valor de sublevarse. (1)

(1) No exagero nada este resultado práctico de la soberanía teórica del pueblo. Ejemplo: de algunos años acá y, sobre todo, en estos últimos tiempos, hanse producido escándalos vergonzosos. Hace veinte años, diez acaso, París y las grandes capitales de provincia se hubieran sublevado. El descontento se hubiera traducido en motines y probablemente en un movimiento insurreccional formidable.

En 1893, la prensa ha podido remover el lodo durante meses, en el que se revolcaban ministros, senadores y diputados; se han vertido torrentes de tinta, pero ni una gota de sangre; los habladores de la política han discurrido á su manera; el pueblo no ha hecho hablar á la pólvora. Todo se ha reducido á una batalla electoral, cuyo resultado ha sido la rehabilitación de los personajes comprometidos y el despojo de los denunciadores de más viso.

Otro ejemplo: *La Petite République Française*, órgano oficial del socialismo sin adjetivo, afirma que el número de socialistas en Francia, á la fecha del 20 de Agosto de 1893, se elevaba á cerca de 700.000. Esta suma me parece exagerada, pero la acepto como exacta. Pero, como á los socialistas se les reconoce por estas dos características: 1.ª El odio á lo que llaman el régimen burgués; 2.ª la sencillez de su programa económico, que descansa todo entero, por una parte en la expropiación política y económica de la clase poseedora, y

La insurrección proclamada en otros tiempos como el más imprescindible de los derechos y el más santo de los deberes, es considerada como un crimen, menos acaso por las personas cuyo poder rompería, que por los esclavos que conseguiría emancipar.

Las asambleas hacen política, y la política es la ingerencia del Estado en las manifestaciones todas de la vida social, en todas las relaciones de los individuos y de las colectividades que forman la nación.

«Hoy, escribe E. de Laveleye, el individuo está perdido en el seno de la nación, idea abstracta que entre la mayor parte de nosotros no se realiza más que bajo la del recaudador que reclama el impuesto y la recluta que impone el servicio militar.» Léese en *Les Paroles de un Revolté*, de Pedro Kropotkine: «El gobierno representativo, recibido con grandes esperanzas, se ha convertido en todas partes en un simple instrumento de in-

por otra en la socialización de los instrumentos de producción. Pero como son setecientos mil, según ellos, vuelvo á repetir que no sé si se exagera,—si tomo esa suma que ellos nos dan con orgullo, y si me pregunto por qué siendo tan numerosos y—una de sus bravatas sin duda—estando tan poderosamente oaganizados,—no se levantan contra una organización social incompatible con sus ideales; si me pregunto por qué esos cientos de miles de siervos y de explotados no son capaces de las cóleras magníficas de sus ascendientes de 1831, 1848 y 1871, no encuentro á tal pregunta más que esta respuesta: el ardor de esos asalariados en elegir representantes, les hace perder de vista la necesidad de desembarazarse de sus amos; y los que dirigen con la complicidad de los jefes socialistas, han encontrado en el sufragio universal el medio de ahogar el espíritu revolucionario y asegurar su absolutismo.

trigas, de enriquecimiento personal ó de traba á la iniciativa popular y al desarrollo ulterior.

«Ya no son los curas y los nobles, sino unos cuantos abogados politicastros los que predominan, en cuyo favor trabajan, con ó sin compensación, las gentes honradas y las malas gentes.» Esto dice Lombroso. Y Spencer se expresa en estos términos: «La gran superstición de la política de otros tiempos era el derecho divino de los reyes. La gran superstición de la política de hoy es el derecho divino de los parlamentos.»

Creo además que la autoridad de las asambleas es tanto más absoluta cuanto que, si en nuestros días se encuentran muy pocas personas que quieran ser gobernadas, expresando claramente su opinión sobre este punto, no deja de ocurrir que todo el mundo se deja dominar, porque cada cual se persuade de que con su papeleta electoral se gobierna á sí mismo y por ende no obedece á nadie, pues que se obedece á sí mismo.

*
**

Tal poder absoluto no ofrece peligro alguno para los que ejercen. En tanto que en las Camaras las asambleas sólo tienen existencia efímera, la de una legislatura, y los ministerios una vida más corta aún, si se compara la rapidez con que se suceden ministerios y parlamentos con la lentitud que lleva consigo el reglamento, con las dificultades con que tropieza el menor proyecto de ley antes de llegar á puerto, con las peregrinaciones que tiene que realizar toda proposición de una co-

misión á otra, desde la primera á la segunda lectura, del palacio Borbón al Luxemburgo, no sorprende ver que los ministros habían puesto un día á la nación bajo el yugo de una ley cualquiera, desaparecen en el momento en que aquella ley—que sigue—comienza á provocar el descontento.

Y después, ¿sobre quién ha de recaer la responsabilidad efectiva? ¿Sobre los ministros? Responderán que no son más que los servidores del Parlamento. ¿Sobre una de las dos asambleas? Esta echará la culpa á la otra. ¿Sobre la minoría? Objetará que es impotente. ¿Sobre la mayoría? Dirá que obedece al país. Más fácil creo que sería encontrar un alfiler en un campo, que en el Parlamento una responsabilidad personal. Además, todo lo que tenía de llano y atento cuando era sencillamente candidato, tiene el elegido de insolente, y con sorprendente desahogo se desentiende de toda responsabilidad y hasta de toda explicación de su conducta.

Espero que ninguno de mis lectores me acusará de afecto á los regímenes pasados; pero á falta de una responsabilidad que se pierde en el océano parlamentario hasta el punto de que no podría hallarse una sola gota de ella, es lícito preguntar si, desde el punto de vista puramente particular, no es preferible una monarquía ó un imperio autocrático. Entonces hay al menos un responsable, el rey ó el emperador. Este es un hombre: tiene un cerebro, un corazón, un pecho; puede esclarecerse su cerebro, puede hallarse el camino de su corazón, y si los argumentos no le convencen, si las lágrimas

y las súplicas no le conmueven, si la razón y el sentimiento nada logran en él, pueden intervenir el temor y la amenaza. La raza de los Ravaiillac, de los Orsini, de los Nobiling no está muerta. Un puñal atraviesa el pocho de un príncipe, una bala de revólver agujerea el corazón de un rey, una bomba hace volar con estrépito el craneo de un emperador.

¡Id a buscar en una multitud de irresponsables, un pecho, un cerebro, un corazón! ¡Id á despertar 500 conciencias dormidas, á conmoover 500 corazones de mármol!

Así es que las asambleas se han distinguido siempre por la ferocidad de las represiones á que han presidido. El verdugo Cavaignac y el asesino Gallifet fueron altamente ensalzados por las asambleas republicanas, y nunca hubo represión más sangrienta que la que en 1871 convirtió á París en matadero gigantesco.

*
**

¡Y si ese poder absoluto é irresponsable fuese al menos competente! Pero la incompetencia no deja de ser, lo mismo que en el absolutismo la irresponsabilidad, uno de los caracteres esenciales del régimen parlamentario.

Sabido es que la mayor parte de nuestros honorables no hacen gran competencia á las águilas, y entre ellos se encuentran algunos cuyo plumaje produce efecto á cierta distancia, pero que casi siempre son grajos con plumas de pavo real.

No puede asegurarse que en la asamblea de

legisladores no haya algún hombre de saber y valer: negarlo sería exagerar; pero hay que convenir en que son muy pocos; y respecto á ellos no estoy muy distante en pensar, como Montesquieu, que «las cabezas de los hombres más grandes se achican cuando se reúnen, y allí donde hay más cuerdos, es también donde hay menos cordura.»

¿El mismo cuerpo electoral, qué competencia tiene? ¿Puede guiarse y pensar lo que debe hacer en medio de los programas que le solicitan? ¿Puede ponerse al corriente de las mil cuestiones, unas sencillas, la mayor parte muy complejas, que le someten? ¿Qué medios tiene de hacer una elección juiciosa? (1)

¿Creéis, por lo demás, que un hombre de verdadera valía consienta en descender al papel de candidato, de mendigo de votos? Los hay, y no deja de ser asombroso que consientan en remar en semejante galera. Puede apostarse noventa y nueve contra ciento, que á estos últimos les dejarán entregados á sus estudios, y que el sufragio universal preferirá á ellos un médico sin clientela, un abogado sin pleitos, un periodista sin talento, un «niño de su papá» sin sesos, más claro, una de esas medianías que van á engrosar la turba del Parlamento.

En un libro recientemente publicado (2) Juan

(1) He aquí la opinión de Mr. Manjan en *Germinal*: «Está visto y juzgado lo que da de sí ese famoso escrutinio de las circunscripciones. Es el triunfo de Tartempion; Tartempion, hombre de Estado, sobrino degenerado de José Prudhomme, coleccionador de papelitos grasientos; Tartempion, que remueve el lodo en vez de remover ideas.

(2) *La Société mourante et l'Anarchie*, p. 82 y 83.

Grove explica muy bien el por qué del triunfo de la mesocracia: «Todo ingenio original que sólo se ocupa de la realización de su ideal, no tiene más remedio que ofender á todos los que—y son muy numerosos—siguen las leyes de la santa rutina; todos gritarán ¡fuera el imbécil! Quien busca la verdad y quiere hacerla prevalecer, no tiene tiempo de descender á mezquinas intrigas de bastidores. Será derrotado seguramente en la lid electoral por el que, no teniendo ninguna idea original, aceptando las admitidas por la mayoría, le costará menos trabajo ocultar las uñas que no tiene, de modo que no arañe á nadie. Para contentar á todo el mundo hay que desembarazar la línea media de las ideas adoptadas de todas las nuevas y originales, y aquella por lo tanto se encontrará vacía y mediocre. Esto es todo el sufragio: una sonora piel de asno, que no lanza sonidos más que bajo los golpes de los que quieren hacerle hablar.»

«La Cámara, dice Spencer, es siempre inferior al término medio del país, no sólo como conciencia sino como inteligencia también. Un país inteligente se empequeñece en su representación. Si hubiera hecho voto de estar representado por bobos, no oligiría con más acierto.

G. de Greef se expresa no menos categóricamente: (1) «La política es con mucha frecuencia, el refugio de todas las nulidades.» Y además: (2) «Casi todos los hombres políticos son empíricos; no conocen de las cosas más que las apariencias superficiales, no tienen otra ciencia que la de sos-

(1) *Introduction á la Sociologie*, t. I, p. 39.

(2) *Ibid.*, p. 217.

tenerse en equilibrio sobre la superficie resbaladiza y móvil de los fenómenos sociales superiores, porque imaginan dirigir los destinos de sus semejantes, que, á su vez, se figuran de buena fe que reciben su impulso.»

Lo que en parte puede consolarnos de la medianía intelectual de nuestras asambleas, es el pensar que, aunque estuviesen íntegramente compuestas de lo que el saber, la experiencia, el talento, el genio mismo pueden producir de mejor, no sería menor la incompetencia parlamentaria.

Y he aquí por qué: el legislador es omnipotente; preciso es, pues, que sea omnisciente: no debe desconocer ninguna cuestión. Debiendo pronunciarse, una á una, sobre todas las que son base de las discusiones parlamentarias, forzoso es, si no quiere votar á ciegas, si tiene empeño en obrar con pleno conocimiento del asunto, que sea marino, guerrero, hacendista, diplomático, economista, ingeniero, matemático, higienista, jurisconsulto, etcétera, etc. Pero como ningún cerebro humano es enciclopédico, sucederá que de diez veces, las nueve el legislador se decidirá sin saber por qué y se engañará por lo tanto.

En un folletito muy bien hecho, dice Kropotkin: «¿No es absurdo tomar del seno de la población un número determinado de hombres y confiarles el cuidado de todos los negocios públicos, diciéndoles: Ocupáos en esto; descargamos sobre vosotros la faena; á vosotros toca hacer la ley sobre todos los asuntos?»

Hasta suponiendo que el Parlamento lo compusieran las eminencias intelectuales y las cuestiones se clasificaran de modo que cada uno pudiera llegar á estudiarlas y á resolverlas competentemente, no le iría mejor al gobierno representativo, porque el cuarto carácter distintivo de los Parlamentos, es la impotencia.

Confieso que esto no me disgusta, pues sabiendo que las asambleas tienen el único papel de legislar, y convencido de que ley alguna puede ser justa y favorable para la felicidad universal, debo sacar en consecuencia que de los Parlamentos no puede venir nada de bueno y que, por consiguiente, es preferible que no puedan hacer nada. Por esta razón, confieso que me gustan más los diputados de veraneo que en la Cámara. Sé, por lo menos, que en el primer caso no añadirán nada á la obra nefasta de la legislación.

Pero no se trata de mis conveniencias particulares; poco importa que yo me regocije ó me entristezca. Lo que hay que estudiar es esto. Oid esta historia digna de un fabulista:

Jugueteando un día en un bosque cercano á su aldea, dos niños, vieron uno de esos animalitos de pelo rojo perteneciente á la familia de los roedores que se llama una ardilla. Recorría un árbol colosal con una agilidad, una gracia y una seguridad maravillosas. Admirados, al principio, nuestros jóvenes espectadores, pensaron en la alegría que les causaría la captura de un acróbata tan seductor, y buscaron el medio de atraparlo. Consiguiéronlo, al fin, no sin muchas dificultades y no sin que los dientes del pequeño cuadrúpedo deja-

ran de introducirse muchas veces en sus rosadas carnes. Mas es el caso que, prisionero ya, dejó el animal de entregarse á los brincos que tanto habían asombrado á sus carceleros; no más volteretas, no más saltos peligrosos. Sin embargo, estaba sano y salvo; ningún miembro tenía lesionado; hasta estaba poseído todavía de esa necesidad de moverse que caracteriza á sus iguales; pero ¡ay! le faltaban su bosque y su árbol, y con todo su ardor sólo lograba patear en un sitio, imprimiendo á su jaula circular un movimiento de rotación.

Furiosos y descorazonados, los niños creyeron que el cuadrúpedo se burlaba de ellos; regresaron al bosque, devolvieron la libertad al prisionero, que la aprovechó, sin más tardar, para ejecutar una serie de esfuerzos de agilidad asombrosos.

¿No había duda, verdad? El animal se había burlado de ellos. Con otro serían más dichosos. La misma historia se repitió diez, veinte veces, hasta que los niños comprendieron que la ardilla cautiva no podía satisfacer las esperanzas que habían inspirado; que su ligereza y agilidad no podían ejercitarse más que en el medio conveniente: el bosque.

Pues bien; he aquí en tres palabras la moral de la fábula: los niños son los electores; la ardilla es el candidato; el bosque es el medio popular; la jaula es el palacio del Parlamento. Volteando por el bosque de los abusos, el candidato, bajo la mirada atónita de los crédulos y los ignorantes, salta de una á otra reforma, pasa de un mal á un bien con una gracia, una ligereza y agilidad increíbles.

¡Oh si pudiéramos, dice el pueblo, hacer de él nuestro diputado!

Y lo logra; más he aquí que el diputado no se encuentra á sus anchas en la morada nueva; tropieza con dificultades imprevistas, con *impedimentos* de toda especie. Pierden poco á poco sus miembros su antigua elasticidad, sus músculos el vigor. Allí está él también condenado al abatimiento, pateando sobre su puesto.

El niño pueblo se enfada: «¡Se burla de nosotros!» Cansado de aquel candidato ardilla vuelve á la selva—va siempre cada cuatro años—y hace nueva elección.

Desde hará pronto medio siglo, se renueva sin cesar esta comedia lamentable; el dos, el diez, el veintiún diputado, han defraudado las esperanzas del pueblo lo mismo que el primero. Y no puede ser de otro modo.

Ese niño grande, el sufragio universal, comienza á pensar si es víctima de una gran mistificación. ¿Cuándo llegará á comprender que la falta está en el medio parlamentario, verdadera jaula que rompe brazos y piernas á los que vuelan mejor, á las más varoniles energías? ¿Cuándo comprenderá claramente que Asamblea legislativa es sinónimo de impotencia, de esterilidad?

Para adquirir de una vez para siempre esa convicción, basta seguir, como espectador desinteresado, eso que enfáticamente se llama los «trabajos parlamentarios»; convencerse de la insignificancia de las discusiones desde la tribuna, enfrente á las opiniones expuestas de antemano en el seno de los grupos, tomando partido por ó en contra el ministerio; basta estar un poco al tanto de lo que la misma gente del oficio llama bizantinismo de las

asambleas ó chinerías legislativas; es suficiente, en fin, saber que los políticos hallan siempre razones excelentes para no hacer nada; los de la minoría lamentándose de la obstrucción sistemática de la mayoría, y los de la mayoría echando sobre la minoría todas las faltas.

Sin ironía afirmo que esas razones son *excelentes* porque son profundamente justas, lo que vuelve á decir que el sistema mismo no vale nada; pues que, como en todo parlamento hay *forzosamente* una minoría y dos partidos en lucha, el del gobierno y el de la oposición, la impotencia que resulta es inherente al funcionamiento del régimen parlamentario.

*
**

En fin, á todos esos vicios inseparables de la representación nacional, viene á juntarse la corrupción, especie de coronamiento del edificio.

Sobre este punto la opinión está hecha en el mundo entero. En accesos de franqueza, los mismos legisladores han dicho que la corrupción reina como soberana en las asambleas electivas. Los ministerios, los salones de sesiones y los pasillos tienen oídos; por desgracia, según se dice, les falta la lengua, y es lástima, porque podrían contarnos muchísimo, de chanchullos, combinaciones y cabildeos en que zozobra la conciencia de los elegidos.

He dicho, á propósito de la incompetencia de los parlamentos, que es muy difícil encontrar en las asambleas por elección hombres de verdadera valía; afirmo que se las puede recorrer en todos

sentidos sin hallar en ellas una probidad real. Un hombre resuelto á conservarse verdaderamente digno y puro, no tendría más que un medio de resistir al contagio: la fuga.

Ahí están quinientos ó seiscientos hombres á quienes se trasfieren todos los asuntos del Estado. Disponen de un presupuesto de cerca de cuatro mil millones; las causas más pequeñas comparecen á su presencia. Su papel es el de inmiscuirse en todas las cuestiones que interesan á cuarenta millones de individuos. Tienen en su mano un poder absoluto; son los dispensadores de todas las prebendas, de los favores todos; peticiones, reclamaciones, demandas no tienen probabilidad de ser tomadas en consideración si no llevan su firma; viven en una atmósfera de favoritismo y vanidad; están expuestos á todas las seducciones del poder. Bajo sus ojos las alianzas se pactan, se hacen los tratos, circulan las ofertas y los requerimientos, fórmanse grupos, surgen rivalidades, estallan competencias, se urden complots; ¿y se comprende que un hombre puede impunemente exponerse á semejante contacto?

Igual sería admitir que se puede vivir en medio de los apestados sin adquirir el mal, que se puede estar impregnado de fenol y oler á patchouli, sumergirse en el agua sin mojarse, y sin quemarse arrojarse al fuego.

*
**

M. Laisant, muy familiarizado con los manejos parlamentarios, ha hecho en su libro *L' anar-*

chie bourgeoise un cuadro sorprendente de esa corrupción de las asambleas.

El periódico *Les Débats*, nada sospechoso de ideas subversivas, publicaba hace poco las siguientes líneas: «Muchos diputados no viven de su indemnización parlamentaria ni de sus rentas, ni del producto de ninguna profesión clasificada, pero explotan su influencia como se explota un negocio de comercio.»

En *Le Matin*, M. Julio Simón, que ha pasado entre los elegidos gran parte de su vida, escribe textualmente respecto á los diputados: «Todos esos abonados de la taberna arrastran coche, mandan construir hoteles y son ministros. Los empleos que les producen, son los que no toman para sí. Este no hace gestiones, sino por dinero contante; aquél, cuando ha colocado á su favorito, tiene una parte del sueldo del destino.»

En fin, más recientemente aún, en Julio de 1893, *Le Journal* publicó con la firma del poeta académico Francisco Coppée un valiente artículo del que extraigo esta perla: «No digo que no haya en la cámara algunos hombres francos y desinteresados. Para contarlos por los dedos no tendréis siquiera necesidad de abrir las dos manos. (1)

(1) Al día siguiente de su derrota electoral, M. Paul de Cassagnac, escribía en *l' Autorité* hablando del fracaso: «Esto me ha producido el efecto de sacarme un diente que me doliera. A la extracción, dolorosa al principio, ha seguido un bienestar inmenso. Se siente uno mejor al no estar en *esa caverna* con una izquierda de bandidos y una derecha en que los valientes son muy raros.

No veo con claridad qué política útil habría podido hacer, colocado, como durante la última legislatura, entre una derecha que no quiere marchar y una izquierda que marcha

Coppée tiene razón; no hay en la Cámara diez hombres con franqueza y desinterés: unos quieren dinero, otros el poder,—casi todos lo uno y lo otro —y todos entran en combinaciones más ó menos obscuras y siguen un camino más ó menos tortuoso para alcanzar lo que desean. Algunos saben darse un aire que engaña y logran mucho tiempo pasar por modelos de rectitud y lealtad, hasta que el mejor día se sabe que los más puros, ó que pasan por tales, no están limpios de mancha.

Se necesita el cañonazo de un Panamá, para provocar de cuando en cuando un escándalo gordo y levantar la opinión pública; más la opinión pública se indignaría si se la pusiera al corriente de las infamias de menos importancia que salpican á toda hora á personajes de segunda fila.

No se da un destino, no se adjudica nada, no se hace una contrata, no se forma un grupo, no se constituye un ministerio, no se funda un periódico político, no se decide una campaña, no se verifica una votación sin que por bajo intervenga al-

sobre vosotros. Y además ser colega de todos esos novatos más ó menos grotescos, más ó menos extravagantes, entre los que se alza la cabeza rutinante del bandido Wilson, no tiene nada de halagüeño. Hay más honra en contarse entre los que están fuera, que entre los que están dentro.»

Sin duda, á pesar del cuidado que se toma en parecer consolado de su derrota, M. de Cassagnac exhala su mal humor y ya veréis cómo aprovecha la primera ocasión de volver á ser colega de todos esos *bandidos*; mas no por esto deja de ser interesante el recoger estas cuantas líneas muy significativas, y con poco trabajo podríase adquirir así una colección tan completa como variada de testimonios importantes, la que se podría llamar: *Nuestros hombres de Estado pintados por sí mismos.*

gún comercio infame, sin que alguna conciencia parlamentaria capitule.

«Esa podredumbre de asamblea»—la palabra es casi clásica—no es peculiar de un país; el mal roe á todas las naciones; no es especial de una forma de gobierno; á ninguna perdona. Así puede notarse el gran papel que, por lo menos, en programas y profesiones de fe, ha hecho la honradez en las últimas elecciones legislativas.

Antiguamente no se hablaba de ella; después no preocupaba á nadie; hoy parece que sea la primera, la única cualidad que hay que exigir al candidato.

El hecho es característico y merece una mención particular.

Estos cinco factores: absolutismo, irresponsabilidad, incompetencia, esterilidad, corrupción, constituyendo el medio parlamentario, ninguno de los que viven en él se sustrae á su influencia. En lo que toca á cada elegido, tan pronto es uno como otro de esos cinco factores el que lo arrastra. Este es más autoritario, aquél más incompetente y más corrompido el otro; pero la suma da el mismo resultado: un ser ambicioso, dominante, presumido, mediocre, venal.



Así me explico que uno se pregunte, con el brillante publicista Octavio Mirbeau, cómo hay todavía gente que vote y tome en serio la soberanía del pueblo.

«Una cosa me asombra prodigiosamente, escri-

bo Mirbeau en *Le Figaro* de 28 de Noviembre de 1888, que en el momento científico en que escribo, después de las experiencias innumerables, después de los escándalos diarios, pueda existir en nuestra querida Francia (como ellos dicen en la comisión de presupuestos) un solo elector, ese animal irracional, inorgánico, alucinado, que consienta en abandonar sus quehaceres, sus sueños ó goces, para votar á cualquiera ó cualquier cosa. Cuando se reflexiona un solo instante sobre este fenómeno sorprendente ¿no hay para transtornar á los filósofos más sutiles y confundir la razón? ¿Dónde están el Balzac que nos dé la fisiología del elector moderno, y el Charcot que nos explique la anatomía y las condiciones mentales de ese demente incurable? Los aguardamos.

»Comprendo que un petardista encuentre siempre accionistas, la censura defensores, la ópera cómica *dilletantis*, *El Constitucional* suscriptores, M. Carnot pintores que celebren su entrada triunfal en una ciudad del Languedoc; comprendo á M. Chantavoine obstinándose en buscar consonantes; lo comprendo todo. Pero que un diputado, un senador, un presidente de la República, ó quien quiera que sea entre los farsantes que reclaman una función electiva cualquiera, encuentre un elector, el ser no soñado, el mártir inconcebible que os alimente con su pan, os enriquezca con su dinero, sin más perspectiva que la de recibir, á cambio de sus prodigalidades, pescozones en la nuca ó puntapiés en el trasero, cuando no un tiro en el pecho, en verdad que eso sobrepuja las nociones ya bastante pesimistas que me había formado hasta ahora

de la necesidad humana en general, y de la francesa en particular; nuestra querida é inmortal necesidad, ¡oh *chauvin!*

»Entiéndase bien que aquí hablo del elector prevenido, teórico, del que se imagina, ¡pobre diablo!, realizar un acto de ciudadano libre, establecer su soberanía, expresar sus opiniones, imponer—¡oh locura admirable y turbadora!—los programas políticos, las reivindicaciones sociales; y en modo alguno del elector «que la conoce» y que se burla de ella, del que no ve en los resultados de «su omnipotencia» más que una francachela con salchicha monárquica ó con vino republicano. La soberanía de éste consiste en emborracharse á costa del sufragio universal, y está en lo cierto, porque es lo único que le importa y no se cuida de más. Sabe lo que hace; ¿pero y los otros?

»¡Ah! Si, los otros, los austeros, el *pueblo soberano*, los que sienten que la embriaguez les asalta cuando se contemplan y se dicen: «¡Soy elector! Nada se hace sin mí. Soy la base de la sociedad moderna. Por mi voluntad hace Floquet las leyes á que están sujetos treinta y seis millones de hombres, y Baudry d'Asson lo mismo, y Pierre Alype igualmente.» ¿Cómo hay todavía gente así? ¿Cómo por tercios, por vanidosos, por parodógicos que sean, no están hace tiempo desengañados y avergonzados de su obra? ¿Cómo puede suceder que se encuentre en ninguna parte, ni aun en el fondo de la Gran Bretaña, ni en las cavernas inaccesibles de los Cévennes y de los Pirineos un pobre hombre tan estúpido, bastante insensato, bastante ciego ante lo que salta á la vista, bastan-

te sordo á lo que se dice, para votar esto, aquello, lo otro, sin que nadie le obligue á ello, sin que se le pague ó se le satisfaga?

¿A qué sentimiento extraño, á qué misteriosa sugestión puede obedecer ese bípedo pensante, dotado de voluntad según pretende y que va orgulloso con su derecho seguro de que cumple un deber, á depositar en una urna electoral cualquiera una papeleta, sea cualquiera también el nombre en ella escrito? ¿Qué puede decirse asimismo que justifique ó explique siquiera ese acto extravagante? ¿Qué es lo que espera? Porque, en fin, para consentir en imponerse amos ominosos que lo abrumen y se lo coman, preciso es que se diga que espera algo extraordinario que no sospechamos nosotros. Es necesario que, por extravíos cerebrales poderosos, las ideas del diputado concuerden en él con las ideas de ciencia, de justicia, de abnegación, de trabajo y de probidad; es preciso que en los solos nombres de Barbe y de Baihaut, no menos que en los de Rouvier y de Wilson, descubra una magia especial, y que vea á través de una nube florecer y abrirse en Vergoin y en Hubbard las promesas de felicidad futura é inmediato alivio. Y esto es lo que verdaderamente espanta. Nada le sirve de lección, ni las comedias más burlescas, ni las horribles tragedias.

Vése, sin embargo, en los largos siglos que el mundo dura y que las sociedades se desenvuelven y suceden semejantes las unas á las otras, un hecho único que domina todas las historias: la protección á los grandes, el abatimiento á los pequeños. No puede llegar á comprender el elector que

hay más que una razón de ser histórica: la de pagar un montón de cosas que no disfrutará jamás y la de morir por combinaciones políticas que no le importan.

»¿Qué más le da que sea Pedro ó Juan el que le pida el dinero y tome su vida, pues que está obligado á despojarse del uno y á dar la otra? ¡Pues no! Entre sus ladrones y sus verdugos, tiene preferencias y vota por los más rapaces y los más feroces. Votó ayer, votará mañana y votará siempre. Los carneros van al matadero y nada dicen, y nada esperan, pero, al menos, no votan por el carnicero que los ha de matar ni por el burgués que ha de comérselos. Más bestia que las bestias, más borrego que los borregos, el elector nombra su carnicero y elige su burgués. Ha hecho revoluciones para conquistar este derecho.»

*
**

Así hay mucha gente que hace millares de cosas—y á veces de la mayor importancia—únicamente porque están consagradas por el uso, porque se hacen en torno suyo, porque le impulsan á ello, por el contagio del ejemplo, sin razonamiento, sin reflexión.

Tengo un amigo que se ha casado por la ley cuatro veces. Sus cuatro esposas lo han hecho desgraciado y ellas no han sido más felices. La muerte lo ha librado de dos y de las otras dos el divorcio. Durante veinte años, y gracias á la vida conyugal, su existencia sólo ha sido una serie de decepciones, disputas, contrariedades y desesperaciones. Tiene cuarenta y cinco años, buena posición y salud vi-

gorosa. ¿Se creería que los cuatro ensayos le han enseñado á desconfiar del matrimonio y convencido de que no sirve para vivir en familia? Pues nada de eso. No sólo deja de reconocer que la vida en común reclama, por lo menos, concesiones recíprocas y que en ella hay por lo común más sacrificios que satisfacciones, sino que está persuadido de que la felicidad no se halla más que en el matrimonio, y que sin esposa no podría ser dichoso. Ahora busca la quinta. Está atacado de *matrimoniaria*. Seguro estoy de que las lecciones nuevas no harán que se enmiende y de que morirá impenitente.

Tal es, sin duda, el «estado de alma» de los infelices atacados de lo que M. Agathon de Potter, un socialista nacional de gran valía, llama el *morbis democráticus*, y á lo que yo llamaré, para que se me comprenda mejor, la *escrutiniomanía*. Diez veces han tenido mala mano, diez veces han sido descaradamente engañados, y corren la once en busca de ese ser fantástico é imposible: un buen representante, mientras el cuerpo electoral se lanza á la conquista de esa tierra que no se puede descubrir: un buen gobierno.

Sin embargo, la *escrutiniomanía* comienza á disminuir. Como todas las religiones, esa se va. El fervor deja poco á poco el puesto á la indiferencia; pronto á ésta sucederá la hostilidad.

Se ha querido, bajo la forma de una ley Letellier (1) restablecer la inquisición en favor del

(1) M. Letellier, exdiputado de la Argelia, depositó recientemente un proyecto de la ley que tendía á hacer obligatorio el voto y á castigar al que no vota.

ídolo. No se conseguirá atraer á los templos la multitud indiferente y excéptica. (1) Tal proyecto y el favor con que ha sido acogido por cierta sociedad, prueban claramente que se deserta de las urnas.

Sólo una cosa podría atraer nuevamente á ella las masas desengañadas; la de establecer, con hechos, su inutilidad. Pero la cuadratura no se ha demostrado, y queda por descubrir el movimiento continuo. Pues la solución de ambos problemas es tan fácil como probar la excelencia del sistema representativo.

(1) La proporción de las abstenciones aumenta sin cesar. En 1885, era de 22,49 por ciento; en 1889, de 10.643.212 electores inscritos, 7.383.286 electores votaron. El número de los que se abstuvieron se eleva, pues, á 3,259.926, lo que da una proporción de 31 por 100. En 1889 no hubo más que 2.438.477 de abstenciones. El aumento fué de 821.449 en cuatro años, ó sea más de doscientos mil por año.

Pormenor digno de observarse: este promedio de 31 por 100 de abstenciones ha sido sobrepujado en cuantos departamentos contienen grandes aglomeraciones y pasan por más avanzados: en el Ródano, llegó á 42 por 100; en el Loira, á 45 por 100, y en las Rocas de Ródano, a 46 por 100.

IV

La fuerza

Necesidad de la fuerza para reprimir la insurrección. Dos clases de insurrección: la individual y la colectiva. Contra la primera: magistratura, policía, gendarmería, sistema penitenciario. Fisiología del magistrado. El derecho de juzgar y de condenar. Contra la segunda: los ejércitos permanentes para velar por la integridad de las fronteras, Superioridad en este punto de la nación armada. Cómo se educan las generaciones jóvenes en la religión de la patria y el odio al extranjero. Disciplina embrutecedora. Verdadero papel del soldado. Impotencia de los ejércitos permanentes para la salvaguardia de la integridad de las fronteras. Superioridad en este punto de la nación armada. Cómo se educa á las nuevas generaciones en la religión de la patria y el odio al extranjero. Los horrores de la guerra. El coste de la gloria. La política no es más que una serie de mentiras é hipocresías.

Quien dice ley, dice delincuente. Quien dice delincuente, dice polizonte ó gendarme, magistrado que condena, carcelero que encierra ó verdugo que ejecuta. *El conjunto entero no forma más que uno.*

Admitir la ley sin admitir gendarmería, policía y administración de justicia, sería sencillamente una locura. El legislador llama imperativamente la represión, pues la ley tiene un carácter de obligación social que no podría existir sin una sanción correspondiente; y, como dice Voltaire, «un

poder que no está fundado sobre la fuerza, no es nada por sí mismo». Por eso nunca se representa á la ley sin la espada simbólica pronta á herir á cualquiera que contra ella se levante.

La insurrección contra la ley puede revestir dos formas: la forma individual y la forma colectiva. La primera es constante, la segunda accidental.

Impulsado por la codicia, la envidia ó la venganza, un hombre mata á otro. Bajo el acceso de cólera violenta causada por un abuso de poder, una negativa de justicia ó el hambre, parte de la población se subleva: el hecho es colectivo.

La policía y la gendarmería bastan generalmente para buscar y detener al individuo; pero cuando la insurrección reviste cierto carácter, ahí está el ejército para sostener á gendarmes ó polizontes, que solos serían arrollados.

*
* *

Este ensayo de filosofía libertaria no consiente un examen detenido del organismo judicial. Sabido es con qué brutalidad obra la policía cuando agarra por el cuello á un miserable ó á un trabajador; nadie ignora las atenciones, las deferencias que tiene con el comerciante sospechoso, el petardista de alta sociedad ó el político venal. La magistratura sigue el ejemplo, y se muestra tan indulgente y cortés con los personajes importantes ó ricos que á veces le encomiendan, como grosera é implacable con los pobres diablos, que llevan en bandadas á la barra. Hombres son, no obstante, los magistrados,

los polizontes y los gendarmes; pero el oficio hace al individuo, y es natural que se inspiren en las tendencias de la ley los que están encargados de hacerla respetar.

El magistrado puede ser un excelente padre de familia, un amigo seguro y delicado y hasta en la vida privada un hombre dulce y benévolo; en el momento que se sienta en el sillón y entra en funciones, está desconocido por completo. En su despacho el juez de instrucción tiende lazos al infortunado á quien interroga y al que, por cansancio, temor ó promesa, arranca la confesión de una falta que el infeliz no ha cometido, ó se niega á dar fe á sus negativas indignadas, y el instructor está á punto de lanzar un grito de triunfo cuando cree haber alcanzado presunciones de culpabilidad. Hombre, se regocijaría haciendo constar la inocencia; magistrado, se siente feliz por lo contrario, y le desolaría el que un presunto delincuente llegara á justificarse. En el sitio, el único deseo del presidente es el de brillar á costa del acusado, de hacerle caer en las emboscadas de un interrogatorio hábilmente dirigido, de proseguir la obra tan bien comenzada por su colega el juez instructor, y de entregarle abatido, mudo, sin energía para defenderse, al ministerio público, que dará la última mano. Este con solemnidad grotesca y voz que quiere parecer conmovida, con ayuda de los moldes viejos que desde... siempre se lucen en los pretorios, se encarniza en la víctima abatida por las ansias de la prevención, turbada por el aparato judicial, y aniquilada por el interrogatorio y las declaraciones. Cada palabra pronunciada por el acusador es

un iusulto, un ultraje, una exageración, una mentira.

¡Qué suplicio tan horrible! El acusado se siente perdido, los oídos le zumban, apenas late su corazón, sus ojos se enturbian y sus oídos no oyen.

Y el ministerio público desnaturaliza sus menores palabras, falsea sus actos más pequeños. El patíbulo le espera y el verdugo lo ejecuta, pero ese hombre que habla en nombre de la ley violada, de la humanidad escarnecida, es quien le habrá arrojado en manos del verdugo, precipitado bajo la cuchilla de la guillotina.

¡La Humanidad, la Sociedad, la Ley! Los hombres graves hablan de ellas mucho, pero sólo una cosa les preocupa: su carrera: una sola les apasiona: el ascenso. Como el guerrero que camina sobre la sangre y á quien embriaga la victoria— porque le asegura el primer puesto — hasta el punto de hacerle olvidar á los heridos que rugen de dolor, á los que gimen agonizantes y á los montones de cadáveres que cubren el campo de batalla, el magistrado considera una absolución como una derrota, una condena como un triunfo, y del número de meses de prisión ó de años de presidio que ha obtenido, de la cantidad de cabezas que ha hecho rodar al cesto sangriento, es de lo que depende su porvenir.

¡Oh qué profesión tan cruel la de proveedor de las cárceles! Esos seres que ven culpables en todas partes buscando criminales obstinadamente, que pasan la vida viendo en toda cabeza de acusado la de un amante que ofrecer á los labios sanguinolentos de la siniestra *viuda*, ¿esos seres tam-

bién son hombres? ¿Se preguntan, se han preguntado jamás de dónde les viene esa audacia de erigirse en jueces de los demás? Explícase que en otros tiempos, cuando la justicia terrenal no era más que una copia de la justicia celeste, cuando los palacios de la justicia eran sólo las antecámaras de la corte en que reinaba el juez supremo, pudiesen algunos hombres creerse seres aparte dotados de gracias espirituales, colmados de favores divinos y pensando llevar en sí una parte de la infalibilidad eterna. Pero en nuestra época de libre examen y de crítica científica, cuando está bien y claramente establecido que todos los hombres estamos formados del mismo barro y sujetos á las mismas miserias, á las mismas faltas, ¿puede imaginarse que los mortales tengan la jactancia de asumir con la calma de la reflexión y la sangre fría del razonamiento, la misión terrible de distribuir la justicia, la abrumadora responsabilidad de privar á un ser de su libertad ó de su vida?

¡Cómo! Cuando se trata de nosotros mismos y las más de las veces no podemos discernir bajo qué impulso obramos; y se nos escapa el concurso de circunstancias que nos ha decidido; y el lazo, difícil de coger, que ha unido al punto inicial el sentimiento decisivo ó la impresión final permanece desconocido para nosotros; y una palabra, una mirada, un suspiro, una nonada, hubiera bastado para que hiciésemos lo contrario de lo que hemos hecho, ¿hay hombres que friamente se atribuyen el papel de ver claro en nuestros organismos, cuando en ellos reina la obscuridad? ¡Cómo! Cada ser tiene un sistema nervioso, una imaginación un

pensamiento, un temperamento, sangre, músculos suyos, sólo suyos, ¿y otro se introducirá, como malhechor en ese yo especialísimo, por medio de la llave falsa que lleva el nombre de justicia, y tres años, tres meses ó tres días después se comprometerá á reconstituir esa personalidad que cambia eternamente, á hacer revivir el instante pasado, á crear de nuevo las circunstancias del todo idénticas y á aplicar en seguida á ese ser autónomo una regla general, fija, absoluta?

¡Justicieros, justicieros! Os atribuíis un poder que nada justifica, una infalibilidad que nos ha otorgado la naturaleza, una clarividencia que os niega vuestra condición de hombres, y que los privilegios de estado no podrán concederos. ¿Sabéis de qué incitaciones ha sido objeto ese hombre, de qué influencias juguete, qué impresiones ha recibido, qué ejemplos ha tenido á la vista, de qué múltiples circunstancias es fruto su indescifrable personalidad? ¿Lo sabéis, podéis saberlo? No.

La única cosa que os llama la atención es el acto que ha cometido, el perjuicio material que ha causado al poseedor del objeto robado. Lo único que podéis hacer es tener un Código, un libro redactado por los que poseen y hecho para defender sus usurpaciones contra reivindicaciones de los eternos despojados, y aplicarle su contenido. No nos habléis ya de probidad, de deber, de virtud, de justicia; no sois más que los intérpretes de una legislación hipócrita, inmoral, y vuestras funciones merecen la misma consideración y respeto que merecen el poder y la riqueza de que sois servidores retribuidos.

Vuestra justicia no es más que una tragedia espantosa. Hacéis vuestros papeles con más ó menos arte. Tragedia forzada, lo reconozco, papeles obligatorios, lo confieso, y he aquí por qué, cualquiera que sea el artista, el desenlace es el mismo. Dejo á otros el cuidado de silbar á los actores y de pedir que se cambien; yo silbo la obra y digo á quien quiera oírlo: La ley implica un aparato represivo; todo gobierno necesita la ley; la represión divide á la sociedad en dos categorías de personas, las que prenden y las que son presas, las que juzgan y las que son juzgadas, las que encarcelan y las que son encarceladas; cualesquiera que sean las que prenden, juzgan y encierran, así se eligieran entre las más dulces, las más indulgentes y más justas, continuarán sembrando á su alrededor las lágrimas y la vergüenza, pues que su única razón de ser es la de arrestar á la gente, condenarla y vigilar á los presos. La depuración de la magistratura, la elección de los jueces por el pueblo mismo, la reorganización de la policía, las recomendaciones hechas á los gendarmes ó á los empleados de penales, todo será completamente inútil. Tribunales, prisiones y cuantos de eso viven se han hecho para pegar y hacer sufrir. Por suavemente que se apoye el dedo en el gatillo del fusil, cuando el tiro sale y va bien dirigido, la bala mata.

La represión es el fusil, la ley es la bala, el condenado es la víctima. Poco importa, por tanto, quién sea el que oprime el gatillo.

Pero en algunas épocas ocurre que la sublevación se hace colectiva. Cuando echa á la vía pública millares de ciudadanos, cuando la cólera ruge en los pechos, cuando el obrero deserta del taller para invadir la calle, cuando el trabajador deja la herramienta para empuñar las armas, los *profesionales* de la represión son insuficientes. A esas olas airadas que se alzan con estrépito y baten las rocas sobre las que se asientan los ministerios, prefecturas, alcaldías y palacios de los poderosos, hay que oponer un dique más resistente.

Ese dique hállalo el Gobierno en los quinientos mil soldados que recluta en nombre de la defensa nacional.

Todos los años se arranca de sus campos, de sus amores, de sus faenas, de sus hogares, á doscientos mil jóvenes; enciérraseles durante tres años en traje de soldado; se les somete á una disciplina de hierro; condénaseles á una vida que envilece; se rompe en ellos los resortes todos de la iniciativa; se les enseña á obedecer ciegamente á los que llevan galones, sin discutir sus órdenes nunca. El deber del soldado consiste en marchar cuando se le dice *marcha*, en pegar cuando se le dice *pega*, en matar cuando se le dice *mata*, sin inquietarse nunca por saber dónde va, á quién pega, á quién mata.

El regimiento es el noviciado por excelencia de la obediencia pasiva, la escuela de la servidumbre ciega.

El hombre tiene que ahogar allí las exhuberancias de la juventud compasiva, las emociones todas de la vida sentimental; debe convertirse en

una máquina de ametrallar ó dejarse ametrallar. ¿Sería necesario obtener de esos quinientos mil hombres tal grado de servidumbre, si sólo tuvieran que marchar sobre el enemigo extranjero y defender la integridad de las fronteras?

Sabido es, por el contrario, que los mejores soldados son aquellos que anima el aliento de la libertad ó la pasión patriótica.

Mas se necesita que sean reducidos á tal estado de inconsciencia para meter los cartuchos en sus fusiles, las bombas en sus cañones, los días de motín, en que se les da la orden de disparar sobre la turba de sus conciudadanos; fuerza es que, mediante el ejercicio de una pasividad gradual, se hagan incapaces de la menor tentativa de protesta, cuando los días de huelga se les ordene aplastar con las herraduras de sus caballos el estómago hambriento de sus compañeros de taller ó de abrir con su sable el pecho de sus madres, de sus padres, de sus hermanos ó de sus hermanas, culpables de advertir que se mueren de hambre ó que revientan de trabajo.

Fuerza es que ya no se acuerden de que ayer estaban en la fábrica ó en el campo, y que allí volverán mañana; preciso es que en su manía de obediencia ciega, no reconozcan más el seno que los amamantó, el padre que los mantuvo. Federico el Grande tenía costumbre de decir: «Si mis soldados comienzan á pensar, ninguno permanecerá en las filas.»

El presupuesto crece de año en año. A los que se quejan de la marcha ascendente del impuesto, se les contesta: «La herida sangrienta de la patria no está cicatrizada todavía, los hijos de la generación nueva han sido concebidos en el dolor de la invasión, en el deshonor de la derrota. Cargas pesadas datan de aquel año terrible y también rudos deberes. Es una de las esperanzas que debe concebir toda alma noble, la del desquite que no nos está prohibido preparar. Para levantar nuestras fortalezas desmanteladas, para proseguir la obra de reedificación nacional y reconquistar el puesto que la Francia debe ocupar en el mundo; para perfeccionar nuestro material de guerra y ponernos al frente de un armamento invencible, es para lo que desde hace veinte años se impone nuestro país sacrificios excesivos. ¿Debemos permanecer desarmados enfrente de Europa formidable y de Alemania que nos acecha? Por el honor de la patria es por lo que los presupuestos de guerra alcanzan tan elevadas sumas.»

Y he aquí que, turbando el recogimiento de una nación que se consagra á reponer sus fuerzas para reconquistar las provincias que le fueron arrebatadas, resuena el estampido de la fusilería. El formidable ruido resuena por los llanos y los montes; los ojos se dirigen á las gargantas de los Vosges. ¿Es que va á comenzar la lucha horrible, implacable? ¿Es esa la señal? ¿Ese extertor se exhala de pechos extranjeros? ¿Esa sangre se escapa de la carne rasgada del alemán?

... ¡Esa sangre roja y generosa es la de los propietarios franceses, muertos por otros proletarios

franceses convertidos en soldados; ese extertor sale del pecho de una muchacha de 17 años, María Blondeau, francesa también, que llevaba en su débil mano un arma terrible, una rama de muérdago, y que, ignorante del peligro que corría, ha servido de blanco á la primera bala del fusil Lebel!

¿Será para eso, para responder con la metralla á reivindicaciones populares; será para oponer los hijos á los padres, los hermanos á los hermanos; será, pues, para armar una parte de la nación contra la que sufre y procura sacudir el yugo de los directores que lo explotan y esclavizan; será para reprimir las manifestaciones, las huelgas, las asonadas, los motines, las insurrecciones en que los hombres libres y animosos exponen su libertad y su vida, será por eso, para lo que se ha hecho el ejército? ¿Será para eso, para lo que se alza el cuartel enfrente de la fábrica y toda aglomeración obrera de alguna importancia está provista de guarnición?

Sí, para eso es, no lo dudéis; tanto, por lo menos, como para la defensa del territorio. En una proclama al ejército de los Alpes, proclama que se ha hecho célebre, el general Changarnier dijo estas palabras: «Los ejércitos modernos tienen por misión, más que la defensa de las fronteras, la defensa del orden contra los revoltosos del interior.»

¡Mentira! El patriotismo, como los demás sentimientos fingidos que caracterizan á nuestra época, es un pretexto para todas las instituciones que declinan.

¿Han protegido el territorio en 1814, en 1815, en 1870, los ejércitos permanentes? ¿Los que re-

chazaron al invasor ó llevaron á lejanas tierras la bandera de Francia, no fueron ejércitos improvisados y hechos con levass en masa?

¿Suiza y Bélgica, tendrían necesidad de ejércitos permanentes, si sólo se tratara de asegurar la integridad de sus fronteras no amenazadas, ó de proteger su territorio, cuya neutralidad es, desde hace tiempo, formalmente reconocida y respetada escrupulosamente?

¿No salta á la vista que bajo el aspecto puramente nacional estaría la patria mucho mejor guardada, si todo ciudadano armado é incorporado en las milicias nacionales, se ejercitase periódicamente y estuviese el territorio cubierto de innumerables y resueltos defensores?

Nada comparable al candor de esas escuelas políticas que, imaginando ó fingiendo creer que los ejércitos están destinados únicamente á combatir al enemigo exterior, reclaman cándidamente hace años, la abolición de los ejércitos permanentes y el armamento general del pueblo. Pueden esos cándidos reclamar en todos los tonos la supresión de los ejércitos permanentes y la creación de milicias nacionales; no conseguirán ni lo uno ni lo otro; porque hay que persuadirse de que el ejército es indispensable, no sólo á la patria para defenderse, sino también, y sobre todo, al gobierno para su sostén. Si en vez de estar en el aprisco como los rebaños y en los estrechos límites trazados por el sable del conquistador, los pueblos, no divididos ya por vanas querellas, por rivalidades creadas á capricho, por odios cuidadosamente sostenidos y desarrollados por las *clases directoras*, daríanse

pronto la mano por encima de los ríos y los montes y se librarían de los dueños que los hacen desgraciados: caerían los cetros de las débiles manos que los empuñan; rodarían por tierra las coronas; los tronos se derrumbarían pulverizados; se hundirían las dinastías; las repúblicas oligárquicas volverían á la nada, y las barreras de pueblo á pueblo suprimidas, libre de sus amos la humanidad y reconciliada definitivamente, marcharía confiada y unida hacia la tierra prometida de la felicidad, no teniendo más que una patria: la tierra; un culto; la libertad; un objetivo: la felicidad universal.

A fines del siglo XVIII, un pensador ilustre, Don Deschamps, (1) decía ya: «Se habla hace tiempo de paz universal, y eso sería inevitable si fuese posible que los príncipes no tuvieran que temer más que á los vecinos; pero tienen que temer á sus propios súbditos; luego siendo así, *les hacen falta tropas que mantengan á sus súbditos en la obediencia, pero sin que parezcan sostenidas para este objeto*».

Todo el mundo comprende, en efecto, que si el gobierno tuviese la franqueza de usar este lenguaje: «Mozos de 21 años; vais por tres años á dejar todo lo que amáis, á renunciar á lo que os hace vivir, á ser soldados, á recibir un pré de mendigos, á hacer ejercicios de idiotas, á tener mala alimentación, y todo esto por disparar sin piedad contra los que habéis dejado en los campos ó en el taller, si se les ocurre reclamar con alguna viveza el derecho de vivir mejor y estar menos extenua-

(1) *Le Systeme.*

dos por el trabajo», raros serían los que se dejaran engañar por semejante cinismo y sería muy difícil encontrar un medio de persuadirlos ú obligarles.

Por tanto, había que recurrir á un procedimiento digno de Maquiavelo. Ese procedimiento es sabido:

Se siembra en los corazones una admiración estúpida por todo lo que es nacional, un amor excesivo á la patria, y, sobre todo, un odio profundo al extranjero. Se enseña al niño que del lado de acá de la frontera todo es hermoso, justo, honrado, inteligente, generoso, bueno, mientras que del lado de allá todo es malo, estúpido, egoísta, deshonroso, injusto y feo.

Se les dice que el extranjero alberga contra ellos sentimientos de repulsión tan sólo y no piensa más que en hacerles todo el daño posible. Si es verdad que el amor llama al amor, más verdad es aún tal vez que el odio provoca al odio; poco á poco, sin saber por qué, el adolescente comienza á detestar seres que no conoce, que nunca ha visto, que ningún mal le han hecho.

El amor á la gloria, una vanidad necia, un infatuamiento nacional ridículo, las fiestas patrióticas, las lecturas, los espectáculos, las canciones, las músicas militares, las revistas, las paradas, los desfiles, los tambores y los clarines, las sociedades de gimnasia y de tiro y los batallones escolares, hacen el resto.

Y á los veintiún años, el mozo se convierte en un jacobino que ruge *¡á Berlín!*, execra á los *sucios* prusianos y aplaude al barítono que canta

la romanza *C'est un oiseau qui vient de France*, se llena de cintas el día del sorteo y se entusiasma ante una declaración de guerra que arrojará á unos contra otros en espantoso choque, choque monstruoso de millones de hombres que no tienen para asesinarse mutuamente más que las diferencias que resultan de su conformación, de su lenguaje, del color de sus cabellos, y que, para unirse y amarse, sólo necesitarían tener en cuenta la explotación común de que son víctimas, examinar sus idénticos sufrimientos.

* *

Si me niego á creer en el patriotismo ruidoso de los que, como algunos personajes muy conocidos, hacen de él un reclamo, una industria; en el de los gobernantes que lanzan á la frontera los delirios del jacobinismo mientras que su grandeza los retiene en la orilla; de los patronos que explotan á extranjeros con preferencia á los nacionales porque aquéllos cuestan un poco menos; de los comerciantes que venden como productos franceses mercancías importadas; de los banqueros que no ven en la guerra más que las múltiples operaciones á que da lugar; de los oficiales cuya carrera favorecen las campañas, reconozco que hay fanáticos á quienes electriza el odio al extranjero y que son víctimas de esa mistificación espantosa.

Estos últimos son ¡ay! numerosos todavía. Se baten como héroes, soportan sin quejarse fatigas y privaciones, se exponen estoicamente á los peligros de la lucha. De ellos es de quien Alfonso

Karr dijo en *Bajo los tilos*: «Llegado á la edad del servicio militar, hay que someterse á las órdenes inmotivadas de un grosero ó un ignorante; hay que admitir que lo que hay de más grande y noble es renunciar á la voluntad para hacerse instrumento pasivo de la voluntad de otro, dar sablazos y hacer que se los den, sufrir el hambre, la sed, la lluvia, el frío, dejarse mutilar sin saber nunca por qué, sin más compensación que una copa de aguardiente el día de la batalla, la promesa de una cosa impalpable y ficticia, que da ó niega un gacetillero en su cuarto bien caliente: la gloria, la inmortalidad después de la muerte. Un tiro le alcanza, el hombre herido cae, sus camaradas lo rematan pasando por encima de él, se le entierra medio vivo, y entonces el libro de la inmortalidad, sus camaradas, sus padres lo olvidan, y aquel por quien ha dado su dicha, sus sufrimientos, su vida, no lo ha conocido nunca. En fin, algunos años después se va á buscar sus huesos blanqueados, se hace de ellos negro de marfil y betún inglés para dar lustre á las botas del general.»

Camilo Flammarion estima en 1.200 millones el número de las víctimas de la guerra desde el comienzo del período histórico Asiático Europeo, ó sea cerca de cuarenta millones de hombres por siglo, mil ciento por día, casi un par por minuto. «Y si por casualidad, dice, el cuchillo se detiene un día, dos mil doscientos condenados esperan su turno al día siguiente.» Los que quieran saber lo que cuesta la gloria de un Napoleón, que tuvo Waterloo y la invasión, no tiene más que leer una memoria reciente de M. Federico Passy. Allí verán

que los diez años del primer Imperio quitaron á Francia 1.750.000 hombres y á Europa cuatro veces más. El mismo autor les enseñará que las locuras patrióticas desde comienzos del siglo se valúan en trescientos mil millones de francos tragados por un río de sangre que arrastró veinte millones de hombres asesinados. En pie de paz, los ejércitos europeos se elevan á 3.600.000 hombres; en pie de guerra, sólo en las cinco grandes potencias, á 21.000.000.

Cuatro mil cuatrocientos noventa y seis millones, trescientos mil francos fijanse todos los años en los presupuestos de guerra y marina de las cinco grandes potencias continentales de Europa (1). En favor de estas cifras aterradoras, los más ardientes partidarios del ejército y el patriotismo sólo saben aducir malas razones envueltas en un pedazo de tela tricolor y rodeada de frases

(1) *L' Economiste Européen* (Septiembre 1893) publica con la firma de su director M. Edmundo Théry las cantidades siguientes:

Gastos totales (Guerra y Marina) en millones de francos. Año 1892-1893.

Francia.....	890.0
Rusia.....	1107.1
Alemania.....	822
Austria-Hungría.....	421.4
Italia.....	855.1
Inglaterra.....	832.0
Bélgica.....	47.0
España.....	180.3
Holanda.....	75.3
Suiza.....	36.7

Total..... 5257.6

ó sea cinco mil doscientos cincuenta y siete millones seiscientos mil francos para esas diez potencias.

rimbombantes y hueras sobre el peligro nacional, el honor de la patria, el desquite, la gloria y otras lilailas.

¿La gloria, pues, consiste en vencer á un enemigo más débil ó peor armado? ¿El honor consistirá en sembrar la muerte, derramar sangre, hacer viudas y huérfanos, devastar, saquear, robar un país vencido?

¡Triste honor! ¡Triste gloria! Madres que os inclináis ansiosas sobre la cuna de vuestros hijos; vosotras que con ternura tanta guiáis sus primeros pasos; vosotras que con todo el amor de vuestro corazón seguís el curso de su desarrollo; vosotras que, felices y orgullosas, os paseáis del brazo de aquel muchachote, para vosotras el más guapo, el más inteligente y el mejor de todos... Si en nombre de la afrenta hecha á un embajador por un territorio disputado, un incidente diplomá-

Para llegar á la evaluación aproximada de lo que cuesta la paz armada en Europa, habría que tener también en cuenta la inacción desde el punto de vista agrícola á que están condenados cerca de cuatro millones de soldados y por este hecho triplicar la suma y elevarla á quince mil millones. Habría además que calcular el valor de la primera materia y de todo el trabajo que se evapora en los arsenales, el material de guerra, los fuertes y murallas, etc., etc.; material y trabajo que podrían consagrarse á fomentar la vida y el bienestar y que tienen por objeto la destrucción y la muerte.

Creo que se puede, sin exageración, calcular que, por este lado, Europa se priva de un valor igual á la suma de 15.000 millones.

Treinta mil millones, pues, es en realidad lo que cuesta anualmente á Europa la locura patriótica. Treinta mil millones que repartidos entre 336.380.000 habitantes, dan á cada uno cerca de mil francos al año.

¡Cuántas lágrimas enjugadas, cuántas miserias evitadas, cuántas vidas, qué ahorro de vidas!

tico, ó en virtud de una combinación gubernamental que no se os alcanza, la patria arranca de vuestros brazos ese hijo adorado y la guerra os priva de él para siempre, la alegría del triunfo y la gloria que reflejará sobre los «héroes muertos por la patria» ¿calmará vuestro dolor, cerrará la abierta llaga que en vuestro pecho hizo la bala que hirió á vuestro hijo?

Y vosotros, ancianos, que le habéis educado y nutrido, que os habéis impuesto mil sacrificios para ahorrarle las luchas penosas de un comienzo pobre de la vida, vosotros que os sentís revivir y rejuvenecer en él, decid, padres, ¿qué pensáis de ese honor nacional que os roba el consuelo y la alegría de la vejez? Ya no estará aquí para cerrar vuestros ojos; hace ya mucho que allá, muy lejos, confundidos con las de millares de jóvenes como él, sus huesos blanquearán el llano...

Viejos que lloran á sus hijos, esposas sumergidas en la aflicción de la viudez, novias que no se unirán jamás al elegido de su corazón, niños sin padre, generaciones diezmadas, amontonadas ruinas, millones derrochados, torrentes de sangre y lágrimas, esto es lo que consigue el furor patriótico, nacido de la necesidad en que se encuentran los gobiernos de coger lo más vigoroso y sano de la nación para defender las instituciones contra las multitudes á quienes asesinan.

(El lector comprenderá que no estaría aquí en su lugar un estudio completo sobre *El patriotismo*. He tenido que limitarme á sacar de esta cuestión importante nada más que lo que directamente se relaciona con mi objeto. He demostrado: 1.º C6-

mo el militarismo, nacido en apariencia del patriotismo, es una institución que necesita la máquina gubernamental, al tener que defenderse contra las sublevaciones populares. 2.º De que múltiples y horribles sufrimientos es causa el patriotismo.

Para un crítica completa del patriotismo recomiendo al lector la defensa que presenté el 23 de Noviembre de 1892, ante el tribunal de las Bocas del Ródano, que me absolvió. Dicha defensa puede titularse: *El patriotismo en los tribunales.*)

*
**

La iniquidad política es un tejido de mentiras: mentira el derecho de gobernar á los hombres; mentira el origen del derecho contemporáneo; mentiras el fin y objeto de la ley; mentira la igualdad ante la ley; mentira la libertad política del ciudadano; mentira el régimen representativo; mentira la soberanía del pueblo; mentira la ley de las mayorías; mentira las promesas de los candidatos; mentira la competencia, el liberalismo y la honradez de los elegidos; mentira la imparcialidad de la magistratura; mentira la misión de los ejércitos; mentira el patriotismo.

CAPITULO VI

CAUSA DEL DOLOR UNIVERSAL

CAUSAS SECUNDARIAS Y DIVERSAS: LAS INSTITUCIONES
SOCIALES (continuación): LA INIQUIDAD SOCIAL

I

Introducción á la moral social contemporánea

Escuela religiosa; escuela metafísica; escuela altruista. Sus caracteres comunes y respectivos

Es imposible que la iniquidad moral no ocupe lugar al lado de las precedentes iniquidades, económica y política. Entre las instituciones todas de una sociedad existe paridad tan estrecha que, partiendo del conjunto, se puede estar seguro de encontrar en él detallados los menores defectos y cualidades, y partiendo del detalle, encontrar los defectos y cualidades del conjunto.

Hemos visto que bajo el nombre de propiedad individual, la organización económica lleva en sí una reglamentación asesina y da por resultado un pauperismo espantoso. Sabemos igualmente que,

bajo el nombre de gobierno, la organización política descansa sobre una interpretación hipócrita del derecho humano, necesita una gerarquía abrumadora y lleva á la sociedad á un abismo de sufrimiento y servidumbre.

Réstanos estudiar lo que pasa en lo moral, y espero que me costará gran trabajo demostrar que esta última iniquidad reduce á los hombres, bajo el nombre del *Deber*, á situación no menos lamentable que la que le crean las instituciones políticas y económicas.

*
* *

Sin pretender dar aquí un curso de ética—ya he dicho que me propongo dar fin á ese trabajo algún día,—creo indispensable decir algunas palabras de las diversas escuelas que se disputan el honor de dirigir nuestras conciencias.

Son aquéllas numerosas, pero inspirándose en un punto de partida, pueden resumirse todas en las cuatro siguientes:

La primera tiene por base, el amor de Dios: es la escuela religiosa; la segunda, el amor del bien en sí: es la escuela metafísica; la tercera, el amor del prójimo: es la escuela altruista; la cuarta el amor de sí mismo: es la escuela utilitaria. Para los creyentes de la moral religiosa, el bien consiste en conformarse con la voluntad de Dios; para los que se atienen á la moral metafísica, la virtud consiste en amar el bien por él mismo; para los adeptos á la moral de abnegación ó altruista, el deber consiste en consagrarse á hacer la felicidad de sus semejantes; en fin, para los partidarios de

la moral utilitaria ó *egoísta*, el bien consiste en buscar su propia felicidad.

Todo lo que es conforme á la ley de Dios, es el bien; todo lo que le es contrario, el mal: esto para los creyentes. Todo acto determinado por el amor del bien, de la justicia, sin esperanza de recompensa, sin temor de castigo, sino únicamente porque la conciencia lo reconoce bueno y justo, todo acto de este género es virtuoso; toda acción contraria es criminal; esto para los metafísicos. Todo lo que tiene por objeto ó por resultado la felicidad de otro, hasta y sobre todo, en detrimento del que obra, es virtud; todo lo que perjudica á otro, es vicio; esto para los partidarios de la moral altruista. En fin, es bueno todo lo que contribuye al bienestar, al placer, al goce, á la felicidad del individuo que obra; es malo lo que encierra para él una fatiga ó un sufrimiento; esto para los utilitarios. Conviene hacer en seguida una triple observación: la primera es que la moral religiosa y la metafísica se basan forzosamente en abstracciones, mientras que las otras dos tienen la ventaja de referirse á realidades tangibles, palpables, vivas; de ahí un carácter común á las dos primeras éticas; la inmaterialidad de su criterio; y así también un carácter común á las dos últimas: la materialidad de su base.

La segunda observación que hacer, es la de que, hablando en nombre de Dios, de la virtud y del prójimo, las escuelas religiosa, metafísica y altruista no hablan más que de deberes y se confunden inevitablemente en una especie de código moral, en tanto que, inspirándose en la sola satisfac-

ción del *yo*, la escuela utilitaria no proclama, digámoslo así, más que la existencia de derechos, no teniendo el individuo que inspirarse para su regla de conducta más que en sus apetitos, sus necesidades, sus pasiones y en la satisfacción de unos y otras.

En fin, para las tres primeras escuelas, la regla de las acciones emana de un objeto tomado de fuera del sujeto; para la última, objeto y sujeto se confunden de suerte, que el sujeto no depende más que de sí mismo, no tiene que consultar más que á su propia personalidad. Así, pues, sólo la moral utilitaria no tiene carácter alguno de obligación.

No descubriré las sutilezas con cuyo auxilio los moralistas de la religión han procurado conciliar las ideas incompatibles de Dios y de libertad humana. No mencionaré los esfuerzos seculares intentados por los metafísicos con objeto de armonizar el amor de no se sabe qué bien por ese bien mismo, con el de sí propio y el del prójimo. No indicaré tampoco los innumerables sofismas usados por los partidarios de la moral altruista, para probar que el amor al prójimo es á la vez el sentimiento más grato á Dios, la tendencia más conforme con la idea de la virtud imanente y absoluta y la vía que más seguramente conduce á la felicidad, es decir, al amor de sí mismo.

En fin, no me ocuparé, al menos por ahora, en mostrar de qué modo la moral egoísta, muy lejos de excluir el amor al prójimo, se liga con la moral altruista. Repito que tal estudio, que exigiría un volumen entero, no estaría aquí en su lugar.

No tengo por qué inquietarme actualmente del valor intrínseco de las diferentes éticas, ni que dedicar cien páginas á un estudio comparativo; lo que sí haré es indicar en qué manantial se alimenta la moral social contemporánea, y, hecho esto, mostrar los resultados que produce, con relación á mi asunto: el dolor universal.

II

La moral social contemporánea

A. — SUS RELACIONES CON LAS MORALES PRECITADAS

No emana directamente de ninguna de las escuelas precedentes: tiene puntos de contacto con todas. — Sus relaciones con la moral religiosa. — Sus afinidades con la escuela metafísica. — Consecuencias de la moral altruista en nuestra época; su falsedad; su impotencia frente al antagonismo de los intereses individuales. — Lo que hay que pensar de la caridad. Exposición, justificación é historia de la moral utilitaria. — Su punto de unión con la moral altruista. — Su filosofía. — Su ideal.

Difícil sería ligar la moral social contemporánea con cualquiera de las cuatro que acabo de enumerar: pues si en ninguna exclusivamente se inspira, toma algo de cada una de ellas.

Sin duda que no estamos ya en los tiempos en que el amor de Dios, la obediencia á su voluntad soberana, eran reputados como la única regla de conducta indiscutible.

En nuestros días, la indiferencia religiosa ha

penetrado en todos los corazones; de tal modo el excepticismo ha saturado los cerebros que, oficialmente al menos, la moral no puede apoyarse en tan frágiles creencias.

Obsérvase no obstante que si Cristo ha desaparecido de la mayor parte de las escuelas, permanece en los juzgados, como si fuera el símbolo de la justicia y como si ésta debiera continuar haciéndose á la sombra de la cruz. Se notará también que los testigos juran «ante Dios», y que el juramento constituye asimismo un verdadero acto de fe. Se advierte además que la nación se ha llamado *hija mayor de la Iglesia*, ha estado tanto tiempo y tan profundamente *cristianizada*, que para muchas personas todavía, el Decálogo contiene el resumen de todos los deberes y sintetiza admirablemente la moral.

Añado que en la moral contemporánea vuelve á encontrarse uno de los rasgos distintivos de la moral religiosa: las religiones todas, teniendo en cuenta, consciente ó inconscientemente, esa tendencia irresistible de la humanidad hacia la dicha y su invencible aversión al sufrimiento, han atribuido al respeto ó la infracción de la ley religiosa un paraíso de recompensas ó un infierno de castigos; la felicidad eterna é inefable para los que vivan con arreglo á los preceptos de la religión; el tormento sin fin é indescriptible para los que falten á ellos.

La moral de hoy encierra en los límites de la existencia humana sus promesas y sus amenazas; pero—y me apresuro á añadir que no podría ser de otro modo con una ética que se impone por au-

toridad al individuo, sin lo cual no habría motivo para conformarse con ella—no por eso deja de ser, como su antecesora, una moral de comerciante. La virtud practicada así, no teniendo otro móvil que el temor al castigo ó la esperanza de la recompensa, se limita á un simple cálculo aritmético. El virtuoso es un ser que sabe colocar bien el capital de sus buenas acciones; es un buen especulador, un matemático hábil, y nada más.

No digo que no sea humano el obrar movido por la remuneración, porque *homo sum*, y sé por experiencia que el atractivo de un placer ó el temor de una pena puede únicamente impulsarnos á hacer esto ó apartarnos de aquello. Quiero decir simplemente que no sé qué pito toca en esto la virtud.

Desde este punto de vista el individuo, sea el que sea, torpe ó listo, inteligente ó tonto, moralmente es neutro.

*
**

Completamente distinta, mucho más elevada, cien veces más noble es la moral metafísica, por costumbre llamada estoica y de la que Zénon fué fundador ilustre. A través de las variantes que la han hecho caer alternativamente en la moral religiosa y altruista, según los tiempos, el lugar y la filosofía—y de los discípulos de Zénon á los de Manuel Kant—ha conservado muy clara su afirmación distintiva é intacta su tendencia hacia el amor del bien absoluto.

«El ser moral debe amar la virtud, no por la

felicidad que en esta vida ó en otra pueda traer consigo, sino por sí misma; únicamente porque lo justo es sólo el bien, lo injusto sólo el mal. El placer y el dolor no son nada, y todo lo que no es bien ni mal, debe ser absolutamente indiferente al hombre virtuoso.

Esta es la doctrina. Nuestro siglo de crítica científica y observación experimental, nuestro siglo de realismo positivo, ha roto el ídolo á quien, por lo demás, los metafísicos no habrían logrado nunca dar seria consistencia. Esas nebulosidades encerradas en el cerebro de pensadores especulando sobre el absoluto, se han disipado al paso de las investigaciones en épocas recientes, que han demostrado que nada hay absoluto; que el absoluto, creación platónica del idealismo cerebral, no existe, no puede existir.

No deja de haber una escuela, sin contar algunas personas influyentes, que continúen apoyándose en ese postulado del bien absoluto para predicarnos la práctica de la virtud sin recompensa ni más satisfacción que la de justo y moral. Y encuéntranse también muchas personas que, presa de las alucinaciones causadas por aparentes sublimidades de ese ideal, se privan del placer y se imponen penas sin más motivo conocido y declarado que el respeto de principios injustificables, de deberes ilusorios, de dignidad ficticia, de honor imaginario.

*
* *

La moral altruista me parece una exageración del principio esencialmente humano: «No hagas á

otro lo que no quieras que hagan contigo. Haz á tu prójimo lo que quisieras que hicieran contigo.»

La principal, la única preocupación del altruista debe ser el bien ajeno, así para trabajar por éste tenga que comprometer el suyo propio. El precepto es doble. El primero, una prohibición: «no hacer mal á otro»; el segundo un mandato: «hacerle todo el bien que para sí mismo se desee.»

Confieso que mi corazón se siente atraído hacia ese concepto tan alto de la moral; pero mi razón lo rechaza enérgicamente porque su origen es falso y ¿quién lo creería? infaustas son sus consecuencias *actuales*.

He dicho que el punto de esta ética es el amor al prójimo con preferencia á todo otro, lo que supone como corolario, que el bien ajeno debe ser por todos considerado más precioso que el propio y serle preferido.

Luego, admitir que el bien de mis semejantes es preferible al mío, es también reconocer que el sujeto es superior y tacharme de inferioridad. Cierto es que á esta inferioridad enfrente á mí mismo, corresponde una equivalente superioridad enfrente á los otros, y que así puede restablecerse la igualdad de todos y de cada uno.

Gracias á un razonamiento de este género me invita la escuela altruista á sacrificarme, si hay necesidad, por la felicidad de otro, asegurándome que, debiendo éste á su vez inmolarse por mi propia dicha, no sólo nada pierdo en este cambio de procedimiento, sino que puedo ganarlo todo. ¿Mas qué pensar entonces de ese amor al prójimo que en el fondo sólo estaría inspirado por el amor á sí

mismo? Y siendo así, ¿no está mal que se adorne esa moral con el calificativo de altruista? ¿y no le cuadraría mejor el epíteto contrario? Y si no es así, es decir, si no debo tener en cuenta más que la felicidad de mis semejantes, consagrarme á ella todo entero y hacer en su bien el sacrificio del mío, sin que en tal conducta entre la certeza, ó, por lo menos, la esperanza de que puedo contar con la reciprocidad por parte del prójimo, hay que confesar que se me propone un trato leonino y noventa probabilidades entre ciento de que yo no consienta en poner mi firma en tan extraño contrato. Esto es lo que sucede.

El grito de amor y paz ha podido repetir durante siglos: *¡Diligite vos invicem!* (Amáos los unos á los otros); los hombres han permanecido sordos al consejo; continúan riñendo, calumniándose, perjudicándose y luchando unos contra otros.

Hay que tener el valor de reconocer que el mal sería para aquellos que en nuestra sociedad batalladora y exótica se les ocurriera adaptar su actitud á las reglas de la escuela altruista. Su vida sería una renuncia completa, una abnegación constante, un verdadero martirio. Los solos consagrados á sacrificarse en el seno de una sociedad indiferente, desdeñosa de sus tormentos voluntarios, no tardarían en reconocer la patente esterilidad de sus esfuerzos y renunciar á ellos cuerdamente.

Una de las formas más vulgares del altruismo en nuestra época es la caridad, y á menudo ésta no es más que un cálculo cínico ó una hipocresía abominable. Cálculo en los que, millonarios, dan cien céntimos para guardarse mil francos y calmar

Las justas iras que puede excitar en los pobres la insolente ostentación de su lujo; cálculo en los que, con algunas limosnas hechas ostensiblemente, adquieren á poco precio una reputación inmerecida de caritativos y se rodean de la aureola de la bondad; cálculo en los que, durante los rigores del invierno salen de sus calientes moradas cubiertos de pieles y en cómodos carruajes llegan á un sitio de recreo donde se divierten, gozan, bailan hasta la mañana, dando á su afición, al juego, á la coquetería, á la polka, una apariencia de piedad por los desgraciados que no tienen donde reclinar la cabeza y á los que se guardan bien de ofrecer un asilo; cálculo también en los que, cristianos ó masones, practican la caridad, uno de los más firmes sostenes de su influencia; cálculo, en fin, en los que, con la tapadera de un montón de obras de beneficencia y de socorro, recogen seres sin albergue, sin trabajo, sin alimento, les dan pan y guarida á cambio de un trabajo á veces excesivo, y bajo la máscara de honrosa filantropía, realizan también ganancias sobre las espaldas encorvadas ya por los martirios de la existencia.

Hipocresía aborrecible, esa caridad oficial y pública que, por medio de asilos para la noche, de casas de beneficencia, de socorros extraordinarios, de obras de toda clase, patrocinadas, subvencionadas y vigiladas por el Estado, arranca de la vía pública á la turba desarrapada y hambrienta, la deja abandonada y la empuja suavemente á una resignación que deprime, mientras que la miseria la hubiera probablemente impulsado á la sublevación y el pillaje.

Otra forma del altruismo es el amor á muchas colectividades más ó menos extensas: familia, municipio, patria, en cuyo nombre se exige del individuo ahogado, perdido en esas masas, obligaciones, esfuerzos, sacrificios que por la patria, pongo por caso, llegan hasta el sacrificio del más precioso bien, de aquel cuya pérdida es irreparable: la vida.

*
* *

Poco diré de la moral utilitaria: es el producto directo de la filosofía de Epicuro. Esta filosofía tan calumniada, no deja por eso de ser la única verdaderamente racional, francamente humana y realmente fecunda. Es racional, no sólo porque no cae en los errores de los éticos anteriores, lo mismo desde el punto de vista como del objeto, sino también porque toma por *substratum* la única realidad de que no nos es permitido dudar; dicho *substratum*, que para cada ser es el *ego*, el yo, es el *si mismo*. Y es francamente humana, porque se inspira en un conocimiento perfecto de la humanidad, porque parte de una prueba que jamás engaña, y que á pesar de las manifestaciones diversas, y á veces hasta opuestas, á que da origen, á pesar del tiempo y del espacio, puede advertirse por doquiera idéntica constantemente á sí misma, y que es, por tanto, inherente al ser humano, comprobación que cada cual puede hacer en sí mismo. En la naturaleza humana está el buscar la dicha y huir de la adversidad.

Es realmente fecunda, porque el adoptarla con-

duce necesariamente al respeto y al amor al prójimo, por razón de este razonamiento sencillo: Para todo individuo, el bien consiste en buscar cuanto le lleva á la dicha, en alejarse de todo lo que le hace desgraciado, como es sabido; pero es *viviendo el individuo en sociedad*, viendo su ventura en la desdicha de los otros, y obligado para ser feliz á atender al derecho igual de sus semejantes.

Esto, por tanto, sucederá todo el tiempo en que los intereses individuales sean opuestos á los del otro, todo el tiempo que el placer del uno se realice á costa del disgusto del otro. Nacida de la fecunda unión de la naturaleza y la razón, la moral utilitaria invita actualmente á todos los hombres á buscar una organización social en cuyo seno los intereses de cada uno se concilien con los de todos, por supresión de las causas artificiales de discordia social; y no sólo no pueda hallar su felicidad en la desgracia ajena, sino que además el placer de cada cual esté indisolublemente ligado al de todos, y el sufrimiento impuesto sólo á uno sea sentido por todos, gracias al libre funcionar de la solidaridad del dolor y del contento. En una palabra, conseguir primero que el placer de cualquiera no tenga nunca por resultado el dolor de otro, ó muchos otros, he aquí el primer punto; después llegar á tan estrecha unión de intereses solidarios, que penas y dichas sean comunes á todos, y cada cual se vea así naturalmente inclinado á hallar su felicidad en la de los otros; tal es el segundo punto.

La realización de estas dos condiciones, la una negativa, positiva la otra, teniendo por objeto la

primera evitar todas las lágrimas, logrando la segunda multiplicar como el eco, la risa de uno solo, he aquí el ideal de la ética utilitaria. Ved aquí puesta en práctica esta hermosa definición de Leibnitz: «La virtud es el arte de hacerse feliz con la felicidad de los otros.»

Esto es, como se ve, la fusión de las dos morales: egoísta y altruísta; pero sin que se exija de parte del individuo la renuncia más pequeña, sin que el utilitario tenga que hacer, sobre el sacrificio del otro, el holocausto de su propia felicidad. Tal reconciliación definitiva de los intereses de todos y cada uno, es el punto de unión natural de la felicidad individual y la colectiva.

Es, si se quiere, la solución del problema tan profundamente sondado por los altruístas: la felicidad del individuo hallada buscando la felicidad ajena; pero, diferencia fundamental, con este punto de partida egoísta: «el bien consiste en hacerse feliz uno mismo» en lugar de este otro: «el bien consiste en hacer dichosos á sus semejantes.»

No creo que se podría concebir una filosofía más dulce, más verdadera, más profundamente humana, más generosa, más alta; no podría imaginarse una moral más pura. Y, sin embargo, no ha habido en el pasado ni hay en el presente otra que haya tenido tantos asaltos que sostener, calumnias que refutar, excomuniones que sufrir, ataques que rechazar.

Y es ya muy antigua esta moral del interés profesada por Epicuro, desarrollada, sistematizada y vulgarizada por los discípulos y continuadores de aquel hombre ilustre entre todos los de la anti-

güedad. Esa filosofía que tiene la franqueza y la audacia de proclamar á la faz de retóricos y pedagogos de la moral religiosa y de la filosofía histórica, que el único bien es el placer, la voluptuosidad, el goce, la dicha, ha sido durante muchos siglos objeto de los sarcasmos é injurias de teólogos y metafísicos coligados.

Hasta parecía que se había eclipsado, por decirlo así, arrastrando lo poco que restaba de la personalidad humana, absorbida por las aguas torrenciales del cristianismo mortificante. Mas una idea tan profundamente justa puede ser momentáneamente eclipsada, mas no desaparece jamás por completo, y reaparece en el curso de los siglos con nuevo vigor y brillando con esplendor más vivo.

Con el Renacimiento, con el espíritu de examen y libertad, recobran su fuerza las ideas de Epicuro. El epicurismo se ve en los *Essais* de Montaigne, estalla con la risa de Rabelais, halla su mártir en Vanini.

Hobbes y Gassendi volvieron á poner en alto definitivamente la moral del placer. «El bien, dice Hobbes, es lo que deseamos; el mal, es aquello de que huimos. Todo lo bueno, lo es sólo en relación á alguien ó á alguna cosa; nada hay absolutamente bueno», es la respuesta dada por el epicurismo del siglo XVII al estoicismo de la época. Y añade: «¿Es natural preferir lo que es bueno con referencia á los otros, á lo que es bueno con referencia á sí mismo? La filosofía utilitaria contesta negativamente, y afirma que lo bueno es lo que cada cual encuentra bueno con relación á sí mismo.»

Las *Máximas* de la Rochefoucauld no son más

que una paráfrasis muy habilidosa y muy juiciosa con frecuencia, de la moral del interés. Spinoza fué el metafísico del utilitarismo (1). Intentó sintetizar el epicurismo, el estoicismo, el misticismo y el naturalismo en la idea de la razón, comprendiendo la necesidad eterna que son la naturaleza, ó Dios, y hallando en su conocimiento la suprema felicidad. En sus dos obras principales *De l'Éprit* y *De l'Homme*, de las que la primera tuvo un éxito enorme, Helvetius nos lleva á los preceptos de la moral utilitaria. Prueba con lujo de pormenores verdaderamente extraordinarios, con vigor y claridad poco comunes, que es el interés el móvil único de todas las acciones humanas.

Con la Mettrie, d'Alembert, d'Holbach, Saint Lambert y Volney, vése marchando bajo la bandera de la moral utilitaria á los pensadores más grandes del siglo XVII. Pero puede decirse con M. Guyau (2) que «todo el siglo dieciocho, exceptuados Rousseau y Montesquieu, veíase arrastrado por preferencias inevitables hacia ese principio moral. Y es curioso ver el acuerdo casi universal sobre este punto.»

En nuestra época, la filosofía utilitaria ha encontrado en la escuela inglesa sus discípulos más numerosos y sus apóstoles más ilustrados. Bentham, el verdadero fundador de esa escuela que ejerció en el mundo entero preponderante influen-

(1) Léase respecto á este punto la obra rica en documentos y premiada por la Academia de ciencias morales y políticas, de Marc Guyau: *La morale d'Épicure et ses rapports avec les doctrines contemporaines*.

(2) *La morale d'Épicure*, p. 276.

cia, dió á la moral del interés su más firme asiento. Restauró los sistemas de Epicuro, de Hobbes, de Helvetius, los sistematizó con arte prestigioso y creó un importante movimiento intelectual.

Owen, Mackintosh y James Mill sólo tuvieron secundaria notoriedad; pero con Stuart Mill adquirió un vuelo asombroso. En sus numerosas obras se consagró: 1.º á limpiar el principio de algunas obscuridades primitivas; 2.º á clasificar en cierto modo los placeres, dividiéndolos en superiores é inferiores; 3.º á probar que el medio más seguro de llegar á la felicidad propia, no es el hacerla el objeto directo de la existencia, sino buscarla fuera; por ejemplo: en la felicidad ajena ó en el mejoramiento de la condición humana (1); 4.º en establecer que la moral del interés llega á conciliarse con el amor al prójimo; 5.º en aplicar á las ciencias morales el método positivista.

Grote, Bain, Lewes Sidgwick nos llevan hasta al inmortal naturalista Carlos Darwin, que hizo en cierto modo la génesis de los sentimientos morales y determinó por qué evoluciones el instinto social de los animales tiende á transformarse en sentimiento moral, y al filósofo economista Herbert Spencer. Este último, de acuerdo con Darwin, aplica á la moral utilitaria la teoría de la evolución del transformismo.

Con esos dos maestros, los esfuerzos, hasta entonces insuficientes, intentados en pro de la fusión de las dos morales, la de la abnegación y la del interés, hallaron sólido punto de apoyo en la doc-

(1) *Stuart Mill. Memoires*, Chap. V.

trina de la transformación de los sentimientos egoístas en sentimientos altruistas. (1)

Cuando se acabe el cambio que á nuestra vista se opera, y todo hombre una en su corazón á un amor activo por la libertad sentimientos activos de simpatía para sus semejantes, entonces los límites á la individualidad, que todavía subsistan, trabas legales ó violencias privadas, desaparecerán; á nadie le será impedido el desarrollarse, porque al par que sostenga sus propios derechos, cada cual respetará los derechos de los otros. No impondrá ya la ley restricciones ni cargas; serían ya á la vez inútiles é imposibles. Entonces, por primera vez en la historia del mundo, habrá sér cuya personalidad podrá desplegarse en todas las direcciones. La moralidad, la *individualidad perfecta* y la vida perfecta se verán á la par realizadas en el hombre definitivo.

B. — ESTADO CAÓTICO DE LA MORAL CONTEMPORÁNEA

Estado de alma de la muchedumbre. Desorientación de las ciencias. Debilidad, desaliento, casancio general.

Me detengo en esta visión mágica del hombre completamente feliz en medio de sus semejantes también felices, y pido perdón al lector de haberle entretenido tanto tiempo con la moral utilitaria, á pesar de mi anterior propósito de no hacerlo.

Por otra parte, es esta ética tan mal comprendida, y por lo común apreciada de tan diverso modo, que esta exposición, aunque imperfecta, era

(1) H. Spencer. Social Statics. p. 479.

indispensable para la inteligencia de lo que viene después.

He dicho más arriba que la moral social contemporánea, sin haber conservado la tradición pura de ninguna de las cuatro escuelas cuyas doctrinas acabo de bosquejar, es una especie de amalgama en que entran los elementos confundidos de todas ellas.

En esto no hay nada de extraordinario; nuestra época atraviesa, bajo todos los aspectos, y bajo este tal vez de manera más marcada, una fase de transacción que parece ser decisiva.

Mientras el hombre se ensaya en libertarse de los prejuicios del pasado; mientras que adquiere conciencia cada vez más clara de la vida individual y social; mientras que lenta, pero seguramente, se endereza su espinazo doblado mucho tiempo bajo una carga de deberes acumulados á capricho sobre su pobre esqueleto; mientras que, en fin, fatigado de verse ensordecido por los clamores interesados de los que hablan sin cesar de obligaciones y trabas, afirma su voluntad de hacer valer sus derechos, la jauría continúa ladrando en torno suyo. Cacofonía que aturde, concierto de zumbidos en medio del cual es imposible darse cuenta de nada. Oid:

«Cree en Dios; ámale y respeta su ley soberana.—Dios no existe, es una ficción hija de la ignorancia y el temor, sostenida y desarrollada por los intrigantes y los explotadores, para oprimirte y esclavizarte mejor.»—«Escucha los consejos de la Virtud, de la Justicia. Sólo la Virtud es amable, sólo ante la Justicia debe inclinarse el hombre—

Virtud y Justicia no son más que *verba et voces*; son productos de los extractores de la quinta esencia, de cerebros enfermos y de imaginaciones en delirio. Aleja de tí á esos austeros de fraseología hueca, fría y enfática.»

«No pienses más que en el prójimo; que todos tus esfuerzos tiendan á hacerle bien; la abnegación es necesaria, es la más bella de las virtudes, es la virtud madre; la felicidad está en el sacrificio.— Mira, mira á tu alrededor. Esos seres semejantes en todo á tí, que gozan viendo tus desgracias, se regocijan con tu llanto y revientan de envidia ante el espectáculo de tu felicidad; esos seres que después de haberte arrojado al suelo, pasan sobre tu vientre para llegar más pronto á la riqueza y los honores; ¿no sería una locura que te sacrificases por su felicidad?»

—«La conciencia es todo. ¡Bah!, qué importa el desdén de los pedantes, el chismorreó de los imbeciles, las calumnias de los envidiosos, los vejámenes de los santurrones, la persecución de los que mandan, las excomuniones de los fanáticos, las sentencias de los sectarios? La satisfacción del deber cumplido, el testimonio íntimo de la conciencia; esa es la felicidad. La única que no engaña.»—«¿El Deber? ¿La Conciencia? ¿De dónde salen esos aparecidos? ¿Dónde yace el deber? ¿En dónde se halla la conciencia? ¿De dónde proviene el primero? ¿Cómo esta formada la segunda? ¡Desgraciados! Siglos hace que os inclináis ante esas mágicas palabras; deber, conciencia, y nunca os han respondido claramente.»

—«Nada de religiones, de dogmas, de diserta-

ciones sobre la virtud pura de toda mezcla. ¡La ley, sólo la ley debe servirte de regla de conducta! De ella aprenderás lo que debes evitar, ella te marcará la conducta que has de seguir.—Vuelve la espalda al legislador. La ley es injusta y se ha hecho solamente para consagrar, legitimar y amparar las usurpaciones de los ricos, las iniquidades de los grandes.»

—«Hombre. Hace veinte lustros se reconoció ese deber sin recordarte la existencia de los derechos que la Naturaleza te ha conferido. Se te ha dicho que importa ante todo trabajar por tu propia felicidad, que el *fin* del ser es la dicha y que el bien consiste en el logro de ese fin; se te ha dicho que la esclavitud es un mal y la servidumbre una vergüenza. Estás hecho para la libertad, y el placer; aprende á emanciparte de toda tutela enojosa, de toda deshonrosa autoridad. Busca tu goce, tu satisfacción. Gozar, ser feliz, es vivir y vivir plenamente; este es tu derecho y sería tu deber si se pudiera admitir que existe para tí. Hombre, no des oído á esos detestables consejos del egoísmo. Vivir para gozar, es rebajarse al rango de la bestia, es *volver á la animalidad primitiva*, es perder toda dignidad, es convertirse en esclavo de los instintos más viles, de las más vergonzosas pasiones.»

Tales son, y con éstos muchos otros, los contrarios llamamientos que se cruzan en el aire solicitando á los humanos y tirando de ellos en todos sentidos, aquí bajo la forma de consejo, allí bajo la de mandato, ora con voz dulce é insinuante como una suplicación, ora con tono agrio y rudo como una orden categórica.

Si por casualidad habéis estado en las ferias de Tróne ó de Neuilly, desgarrados los oídos por los tambores, organillos, silbatos y golpes de bombo metiendo ruido para atraer á los bobalicones, fijes los ojos en las exhibiciones, en los animales expuestos, en los juegos de manos de los saltimbanquis, en la sonrisa llamativa de bailarinas con malla ligera y las pinturas chillonas representando una mujer gigante; un monstruo, un fenómeno increíble ó una lucha sin piedad; la boca abierta ante las tonterías de los payasos; las promesas halagüeñas de los charlatanes, ¿no habéis visto sobre el gentío divertido, atraído, seducido, incrédulo ó desengañado, flotar una curiosa indecisión que lo lleva sucesivamente á la tela de las tablas de cada barraca? ¿No habéis visto ante las mallas, la musculatura, las orquestas, las farsas que les prometen un placer inaudito, un espectáculo incomparable, preguntarse esos millares de personas por dónde comenzarán á circular, sin poder decidirse en medio del torbellino de polvo que levantan, magullados por los codazos y heridos los pies por las pisadas de los torpes?

Pues es exactamente lo que pasa en nuestra época, por causa mucho más importante. Porque si es tan distinto el lenguaje de los moralistas, si contrastan escuela con escuela, hay un punto al menos en que todos se entienden á maravilla: en que el fin de la moral es la felicidad. Los adeptos de la moral religiosa la colocan más allá de la tumba y nos invitan á amar el sufrimiento en esta vida percedera, convocándonos para una beatitud sin fin, justa compensación de los dolores tan va-

lientemente aceptados aquí abajo. Las afirmaciones de otras morales varían en la manera de concebir la felicidad, en la forma que reviste, el sitio en que se encuentra y el camino que á ella conduce; pero todas, absolutamente todas, proclaman que es el fin del individuo.

¿Está esa felicidad á la derecha ó á la izquierda, en el cielo ó en la tierra, en esta vida ó en la otra, en el amor de Dios ó en el del prójimo, en el desinterés ó en el interés, en la expansión sin freno ó la represión de los apetitos y pasiones? Estas cuestiones de extremada importancia están lejos de haber sido dilucidadas. El espíritu humano anda á tientas perdido aun en las obscuridades de la ignorancia anterior; si comienza á desconfiar de las ilusiones engañosas del misticismo, si no se siente ya sostenido por el espiritualismo de antaño, tiembla de confiarse al realismo materialista. Perdida en tan sombrío dédalo, mira con ansia á las profundidades del laberinto sin poder descubrir la salida, sin conseguir hallar la ruta que guíe sus pasos vacilantes hacia los *esplendores* de la luz. Pasa sucesivamente de la más viva esperanza á la mayor desesperación, del valor invencible al mortal abatimiento, del ciego fanatismo de la fe al escepticismo completo, del vigor indomable á la debilidad de la agonía.

Las conciencias humanas de nuestros días son semejantes á esas hojas secas y amarillas que el otoño arrancó á los gigantes de la selva y de que está alfombrado el suelo. Se vela el sol, las nubes se amontonan en el horizonte, el viento sopla en violentas ráfagas, cae en abundancia la lluvia, la

naturaleza parece furiosa, los elementos ebrios de rabia se entregan á terrorífico combate; el fuego, el aire y el agua ruedan mezclados con estruendo enorme. ¡Pobres hojas estrechándose temerosas unas á otras, viendo un obstáculo donde creen encontrar un asilo! El huracán las desaloja en breve, y helas ahí flotando dispersas, lanzadas de todos lados, separadas, arrugadas, rotas, manchadas, informes...

¿No está aquí la conmovedora imagen de nuestra época revuelta? El viento de las revoluciones sacude fuertemente los árboles seculares, religión, familia, patria, propiedad, á los que se han adherido, como hojas, las conciencias humanas. Las luchas de los partidos, las rivalidades de clase, los odios de las naciones, los antagonismos de los grupos, las divisiones en las familias, los conflictos individuales anuncian la tormenta próxima. Las conciencias timoratas se agarran desesperadamente á las ramas que tiemblan de vejez; por millones véanse arrebatadas violentamente en torbellino, al son de la discordante orquesta de los vientos desencadenados. Ruge ya la tormenta, sembrando el terror y amontonando ruinas á su paso. ¿Dónde está ese espacio azul hacia el que, atravesando el velo que cubre el porvenir á nuestra vista turbada, se dirigirán las almas? ¿Dónde el rayo de sol que ha de fundir las nieves del odio y poner en los corazones el calor vivificante de la paz y el amor?

¿No es esta desorientación de la conciencia y esta angustiosa hostilidad de los corazones lo que caracteriza á nuestra generación? Esa perturbación de los cerebros, esas locuras del pensar, ese

abatimiento de las voluntades, prodúcense siempre en los períodos de transición, cuando la humanidad se halla en los confines de un mundo que se va y de otro que aparece: es como la hora matinal en que el alba empieza á dibujar vagamente sobre un fondo obscuro todavía los objetos aun mal iluminados.

C.—INTRUSION DE LA LEY

La ley, base de apreciación de la moralidad de las acciones.
—Prolongamiento de la legislación en el dominio físico.
—La delación erigida en virtud política.—Servidumbre moral.—Tipo que engendra este sistema.

Pues la moral contemporánea es confusa, inextricable y contradictoria, hecha para extraviar la razón y obscurecer la conciencia, esta moral social, salida de una excepción bastarda, quisiera—cosa imposible—doblegar al individuo con el deber y la violencia haciendo que respete su libertad, es impotente para guiar las inteligencias, fortificar los corazones, purificar los sentimientos, impulsar á la humanidad hacia el bien, hacia la felicidad.

Para estar tranquilo, el espíritu necesita saber á dónde va; para ser sinceros, profundos y ardientes, los sentimientos tienen que conocer los objetos á que se adhieren; en fin, para ser viriles y tenaces, es preciso que los actos de la voluntad surjan de ideas bien determinadas, de bien claras concepciones. La antorcha del pensamiento no proyecta sus rayos bienhechores si no es la razón

quien la lleva. La llama generosa y fecunda sólo brilla en los corazones cuando la pasión ha sabido encenderla.

Pero todo conspira para ahogar la pasión, apagar la llama, pervertir la razón y romper la antorcha, y así la humanidad es presa de un desaliento sin límites, de una postración indescriptible. No sólo nadie viene á comunicarle el impulso salvador, sino que parece incapaz de obedecer á él, si éste se produjera.

No cree ya en Dios, ni él creerá jamás; no cuenta con las felicidades eternas ni teme las infernales torturas. En el seno del dolor, que ha venido á convertirse como en la razón de ser de la vida misma, se pregunta si la felicidad existe, si se ha hecho para ella, si no le está prohibido el esperarla, viviendo vagabunda, sin orientación, en regiones que no dan asilo á la razón y destrozados los pies por los montones de prejuicios, de errores, de absurdos, de contradicciones obstruyen su camino.

¿Cuántos y dónde están hoy los que se inquietan y se interrogan por saber si obran bien ó mal, si tienen ó no razón para hacer ó no hacer tal ó cual acto? Casi la totalidad vive sin objeto, sin ideal, sin más deseo que engullir, amontonar dinero y elevarse sobre la multitud para domesticarla. Y las pocas individualidades conscientes y reflexivas que se recogen en sí mismas para discernir el motivo y objeto de sus actos, sólo encuentran á veces el vacío.

Nuestros moralistas han procurado llenar este vacío y no han hallado nada mejor que... la ley,

como criterio de la moralidad; la ley, cuyos orígenes, razón, deseo y tendencias he mostrado más arriba.

El legislador es el que, cubierto con la piel del moralista, se abroga el derecho de dirigir nuestras conciencias. Dícese él: «Pues que legislo sobre esto y lo otro, ¿por qué no legislar sobre la moral? Codifico cuanto concierne á las necesidades físicas é intelectuales de los ciudadanos, ¿por qué razón no he de codificar todo lo que se refiere á las necesidades morales? Tengo autoridad plena sobre el sér material por la propiedad, plena autoridad sobre el sér cerebral por el gobierno, ¿por qué no he de tener autoridad también sobre el sér físico? Reglamento los apetitos y las aspiraciones, ¿por qué no los asentimientos y las pasiones afectivas? He reducido á servidumbres vientres y cerebros, ¿no debo esclavizar los corazones?»

Esta consecuencia natural de las codificaciones primeras era indispensable y tiene para las clases directoras una doble ventaja: se apoderan del individuo entero de los pies á la cabeza, de suerte que nada queda libre de su acción dominadora, y modelando por el Código las conciencias, los verdugos hallan en sus propias víctimas cómplices de sus usurpaciones. El prolongar la legislación hasta el orden moral, es asegurar el respeto á la ley de manera menos costosa, menos brutal para todos y acaso más segura para el mayor número. Es así como un *gendarme espiritual* puesto al lado de cada individuo para impedirle que infrinja la ley, á la vez que la Pandora temporal se encarga de detener al que roba; es la salvaguardia antes y

después de la ley, es decir, de la fortuna de los ricos, de la autoridad de los gobiernos.

Robar no es ya sólo un atentado contra las leyes del país, es un acto penable por el Código; es además una acción vil, vergonzosa, inmoral, deshonrosa, culpable. Conspirar contra el poder establecido no es sólo un hecho reprimido por los tribunales, es además una mala acción afeada por la conciencia pública, repudiada por la sana moral, y que pone á su autor fuera del número de las buenas gentes, de las personas honradas.

Y no es esto todo: la ley nos prescribe de qué modo es bueno el amar y de qué modo es malo; estipula la forma bajo la cual la calumnia llamada difamación es penable y culpable por ende, é indica á las lenguas venenosas y á las plumas agresivas la manera de atacar sin riesgo la reputación de un enemigo. Invita á los ciudadanos, en nombre del interés general, á denunciar á los que cometen actos penados por el Código. Por la voz de sus magistrados, cubre de elogios públicos á los delatores que van á testificar ante el tribunal, convirtiendo así en una nación de espías una raza de origen caballeresco, y por medio tal, á los dos gendarmes de que he hablado, en millones de capataces de presidio.

El individuo no necesita corazón, ni juicio, ni sentido común; para apreciar un acto no consulta ni á la razón ni á la justicia; pregunta al Código. Un voluminoso infolio es su conciencia. Halla moral que un agiotista gane cincuenta millones en una jugada de Bolsa que arruina mil familias, pero se indigna contra el descamisado que roba 250 gra-

mos de pan á un panadero; se pasma ante un industrial que acumula rápidamente una riqueza haciendo trabajar á mil obreros doce horas al día por dos francos sesenta céntimos, pero truena solemnemente contra aquéllos si amenazan declararse en huelga para obtener un pequeño aumento de jornal; aplaude á rabiarse al ministro que restablece «el orden» mandando ametrallar mil personas, pero pierde el color durante cuarenta y ocho horas si un periódico le dice que han intentado vengarse de un bandido coronado ó de un explotador; sonrío complaciente ante las calaveradas del joven burgués que ha seducido á una linda obrera, pero se llena de virtuoso desprecio para aquella *muchacha perdida*.

Este tipo, que abunda, no siente nada, no quiere nada, no piensa nada, no comprende nada, no desea nada, no aspira á nada; no conoce más que una cosa: la Ley. Lo que ella prohíbe es el mal, lo que no prohíbe es bueno, lo que ordena es sublime. Y yo os digo que este sér ya no es un hombre, es un Código ambulante, durmiente, parlante, que come, que bebe, que orina.

D.—MÉTODO DE MORALIZACIÓN SOCIAL

Pregúntase uno cómo puede el individuo llegar á grado tal de abdicación; por medio de qué gimnasia particular llega á desarticularse tan por completo que no conserva ya ninguna forma humana; por qué serie de atracciones sucesivas le es posible, no razonar ya con juicio, no sentir con sus

nervios, no amar con su corazón. Esto es lo que voy á intentar analizar.

Explícate sin grandes esfuerzos que, al par que proclaman la legitimidad del amor á sí mismo y buscan el placer en conformidad con la Naturaleza, los que persisten en su manía de reglamentación á todo trance, por una de esas perfidias cuyo secreto poseen y que recuerda sus procedimientos políticos y económicos, se hayan dedicado á desviar, contrariar y restringir el amor á sí mismo y al bienestar que hubiera tenido por efecto empujar á los desheredados al asalto del capital y á los ciudadanos á la abolición ó la conquista del poder; pero también se comprende la impotencia de la ley sola ante tan formidable faena.

Sabida es la inutilidad de la represión, y el legislador moralista no tiene más que una confianza muy relativa en la eficacia de los medios de que dispone. Conoce el vigor formidable de las pasiones y deseos, pero no ignora que por un método practicado sabiamente, ese poder puede disminuirse gradualmente, ó ser aniquilado por completo, y posee el secreto de los resortes que hay que tocar para atenuar progresivamente la frecuencia y la energía de las sublevaciones de la carne y del espíritu. Ha encontrado y desarrollado hábilmente en el medio social agentes que le facilitan á maravilla la misión que se ha dado: vencer las supremas resistencias de la Naturaleza, debilitar sus apetitos, prevenir sus rebeliones, enfrenar sus pasiones, para, por fin, hacer del individuo un sér despojado de toda independendencia, de toda voluntad personal.

Dichos agentes son numerosos; sólo citaré cuatro, que considero los más importantes: la religión, la familia, la educación, la opinión pública.

1.º LA RELIGIÓN

Predisposición de la infancia á la tendencia religiosa.—Primeras impresiones; su tenacidad.—Compresión de la carne y del espíritu.—Resignación y docilidad á los insondables designios de la Providencia.

Estas cuantas consideraciones relativas á la influencia religiosa en la familia educativa, no constituyen un estudio acerca de la familia, la religión, la educación y la opinión pública desde el punto de vista general. Tienen por único objeto mostrar cómo se conciertan estas fuerzas distintas para obrar é influir sobre el sér moral, comprimirlo, reducirlo, ponerlo y retenerlo en servidumbre, cosas todas que, teniendo por resultado tiranizarlo sin tregua, le privan de la verdadera felicidad, que consiste, como se ha visto en el capítulo primero, en la facultad, en todo individuo, de satisfacer libremente todas las necesidades: físicas, intelectuales, *morales*.

Por un desconocimiento de los más sencillos fenómenos, por su turbulenta curiosidad, por su amor á lo maravilloso, el niño recuerda las primeras razas; el mismo asombro tímido y temerario á la vez ante el espectáculo de las transformaciones incesantes de la Naturaleza; la misma necesidad de saber, de comprender, de penetrar el secreto del *cuándo*, del *por qué*, del *cómo*; la misma tendencia, ante lo inexplicado, de hacer intervenir un actor sobrenatural.

Así esa flor en capullo está admirablemente dispuesta á recoger el rocío de los dogmas religiosos. No se ha dejado de advertir que es tan fácil atraer las inteligencias infantiles á las ilusiones de la fe, como costoso conquistar inteligencias cultivadas ó imaginaciones positivas, y con arte infinito es como el cristianismo en nuestro país ha sabido aprovechar esta observación juiciosa.

Con la figura interesante del niño Jesús, la sumisión llena de confianza del Dios aprendiz, la activa y escasa asiduidad al trabajo del hombre-Dios, el infatigable apostolado del Cristo y de sus apóstoles elegidos entre los plebeyos más oscuros; con la sorprendente epopeya de los milagros sembrados en su camino, enfermos curados, impedidos recobrando su vigor, muertos vueltos á la vida, la pesca milagrosa, la multiplicación de los peces, el andar sobre el Océano tempestuoso; con la sencillez de sus parábolas y la impresión atractiva de su lenguaje simbólico; con las peripecias conmovedoras de ese drama interesantísimo que termina en el Gólgota tras un juicio inicuo, torturas sin nombre y humillaciones infames; con la grandiosa imagen del Hijo de Dios, Dios él mismo, saliendo de la tumba y subiendo al cielo para sentarse á la diestra del Padre; con la cruz imponente ligando la tierra con el cielo y extendiendo los brazos como para reunir los habitantes de toda la tierra á los pies del divino crucificado; con sus llamamientos conmovedores á los humildes y los pequeños, sus fulgurantes amenazas contra los fariseos, los poderosos y los ricos, en fin, con su espantosa pesadilla del infierno eterno reservado á los malos

y su radiante visión de una eterna y paradisiaca beatitud reservada á los justos, la leyenda del Nazareno y la doctrina bíblica están bien hechas para captarse los cerebros débiles, las imaginaciones poéticas, las voluntades flojas.

Mas es preciso expiar los primeros balbuceos del niño, tomar su manita, guiar sus primeros pasos y recoger los primeros destellos de su razón vacilante. «Cierra los ojos, niño querido, tu angel guardián velará por tí. Mañana cuando te despiertes te sonreirá el niño Jesús.» Así habla la joven madre, que se acuerda, confusamente á veces, de las recomendaciones que oía en su camita, y se cree obligada á transmitir las al querubín que dió á luz.

Crece el niño y la alegría ó el llanto de Jesús y del angel de la guarda forman parte del bagaje que las madres arrastran consigo al mismo tiempo que los bombones y las azotainas que prometen ó distribuyen para castigar ó premiar.

Vienen luego los rezos, el catecismo, las ceremonias en el templo; después la primera comunión—el día más hermoso de la vida, según los padres cristianos—y en todos los acontecimientos que marcan la existencia, nacimiento, matrimonio, ó muerte, la Iglesia interviene para bautizar, unir ó enterrar. Así, lo primero que el niño aprende á recitar es una oración; demasiado jóvenes para comprender, el muchachuelo y la chiquilla se habitúan á la función casi mecánica de creer; el pequeño sér se satura progresivamente de religiosidad; todo desarrollo intelectual ó físico corresponde con una penetración más profunda de la fe; en

todo momento decisivo entra en la Iglesia, y los cantos sagrados, la música imponente del órgano, el perfume del incienso, el aspecto majestuoso de las bóvedas ojivales, el deslumbrante altar donde brillan con profusión los cirios, la sombra discreta que combate débilmente la luz del día filtrándose á través de los artísticos vidrios, esas ceremonias que en cada época marcada de la vida y de la existencia de los que le rodean, impresionan su corazón emocionado, su turbado espíritu, y lo llevan á los pies del Creador de los mundos, acabando por envolver sus ideas y sus sentimientos en un velo místico, que por más esfuerzos que haga le será imposible desgarrar en adelante. Lleva y guarda en su pensamiento el recuerdo de las músicas suaves, de los celestiales perfumes, de las cabezas inclinadas bajo la mano que bendice del ministro de Dios, de las turbas arrodilladas y abismadas en el Altísimo, de las emociones vagas, indefinibles, y, no obstante, profundamente conmovedoras, de visiones radiantes imposibles de olvidar. Las más de las veces esas primeras impresiones dejan profundas huellas que no se borran completamente jamás; y si la bulliciosa impetuosidad de la juventud, y el poder fugaz de las pasiones de la virilidad parece que borran, en ocasiones, sus vestigios, reaparecen casi siempre en la edad madura; son tales impresiones como esos surcos trazados en un campo que desaparecen bajo las aguas de una lluvia torrencial, y que pasado el chubasco parecen aún más hondos.

Siéntese el creyente muy pequeño bajo la mirada del Todopoderoso que guía los astros en su

curso, gobierna los elementos y dispone á su antojo de la salud y de la muerte. ¡Qué poca cosa le parece la vida! Un paso rápido, menos de un segundo, y de ese segundo dependen una eternidad de penas ó de dichas inefables. ¿De qué serviría reflexionar, inquirir, saber, luchar, combatir, rebelarse? ¿Es eso indispensable para la salvación de su alma? ¿De qué le serviría ganar el universo, si perdía aquélla? El amor, la amistad, el placer, la dicha, el mundo, no son nada; sólo una cosa imparta: ganar el cielo agradando á Dios, ajustando su vida á la moral evangélica.

Pero ésta, ¿qué enseña al hombre? ¿Le invita á utilizar, para esclarecer los problemas de la vida, las facultades maravillosas que el Creador le concedió? ¿Le exhorta á dar libre curso á nobles y generosas aspiraciones que Dios puso en él? ¿Le incita á dejar que se abra libremente esa magnífica flor de la pasión que el sér Supremo sembró en abundancia en el jardín de su corazón? Lejos de eso, no deja de repetirle estas palabras desconsoladoras: «Haz guerra implacable á tus pasiones, impide á tu pensamiento profundizar los problemas del principio y fin de las cosas. Dios sólo puede y debe ser el *alfa* y la *omega*. Aplasta las aspiraciones todas que no se dirijan á Dios y puedan alejarte de él. Este despojo perecedero que cubre tu alma inmortal es tu enemigo perpetuo: somete tu cuerpo al ayuno y la mortificación; no tengas piedad para tu carne.» Compresión, abstinencia, maceración: aquí está toda la moral evangélica. La vida para el cristiano debe ser una renuncia constante, un sacrificio de todos los minutos. Los

sentimientos más naturales sonle imputados como faltas, las aspiraciones más legítimas deben ser sofocadas, las más irresistibles necesidades comprimidas, y el mérito consiste en matar las pasiones más sanas y fecundas.

En nombre de un Dios bueno y misericordioso, que por serlo debía regocijarse con la felicidad de sus criaturas y afligirse con sus infortunios, se condena á millones de personas á un martirio que sólo tiene fin con la vida.

Cuando todo murmura á su oído palabras de amor, la joven doncella se acusa de los sueños que se deslizan en su pecho henchido de ternura; se ruboriza como de una falta grave de la emoción que ha hecho nacer y que ella siente; (1) el adolescente mira como contrarias á la pureza las sublevaciones involuntarias, la virilidad que se despierta. Millares de mozos ardientes cuya sangre arrastra el deseo, adquieren votos que les ligan hasta la tumba, mientras las vírgenes, convertidas en esposas castas del Señor, juran solemnemente dejar dormir por siempre en su cuerpo la fecundidad de que la naturaleza ha dotado á la mujer para las cosechas maternas.

Y unos y otras, vistiendo un traje que testifica los compromisos contraídos, arrancan de su corazón los sentimientos que los ligaban á la tierra, cubren sus cuerpos de cilicios, martirizan sus car-

(1) «El cristianismo ha confundido demasiado la castidad con la pureza. La pureza verdadera es la del amor... Un eunuco ó un seminarista puede no tener nada de casto; la sonrisa de una novia puede ser infinitamente más virginal que una monja.» Marc Gullau. *L'Irréligion de l'avenir*, página 256.

nes con las correas de las disciplinas é imponen á sus estómagos frecuentes y prolongados ayunos. (1)

Pero no basta con que al corazón del cristiano se vede todo afecto puramente terrestre; no es suficiente que la carne sea domada; es necesario también, y sobre todo, que su inteligencia se guarde muy bien de contrastar, de discutir, de examinar, de comparar. Es preciso que se rodee su pensamiento de altos muros que no traspase; es fuerza que sus ojos se velen ante todo lo que no sea el cielo, que sus oídos se cierren á todas las voces que no emanen de Dios; es preciso que prosperidades é infortunios se acepten como venidos de la Providencia con sentimiento de gratitud igual, siendo bendiciones y pruebas el testimonio de paternal solicitud de la divinidad; fuerza es, en fin, que la injusticia humana lo encuentre siempre resignado y sumiso, pues que todas las cosas vienen de lo alto y nadie puede conocer los misteriosos designios de Dios respecto á sus humildes criaturas.

2.º LA FAMILIA

Lo que es la familia jurídica.—Venalidad matrimonial.—Los matrimonios de conveniencia y de inclinación.—La vida común mata la pasión.—Esclavitud, celos é hipocresía en el matrimonio.—Sufrimiento de los hijos; su dependencia absoluta.—Deberes, responsabilidades, cargas y sujeciones en la familia.

Tiene el individuo sed de afecto; el aislamiento

(1) En Francia, ciento treinta mil personas de los dos sexos están obligadas al celibato por la vida religiosa. Doctor Lagneau, *Remarques demographiques sur le célibat en France.*

le contraría. El sér más frío en apariencia, que parece indiferente á todo lo que no es él mismo, experimenta la necesidad de adherirse, de amar. En medio de las aglomeraciones humanas más compactas, cada cual, á causa del antagonismo de los intereses en juego, se siente como sumido en soledad penosa é irresistiblemente inclinado á agruparse. A este impulso, nacido sin duda de una tendencia natural á la sociabilidad y constantemente desarrollada á través de las generaciones, viene á juntarse esa necesidad instintiva de aproximación sexual que asegura la reproducción de la especie. No creo equivocarme al atribuir á estas dos circunstancias los primeros grupos de familias.

Estas, organizaciones minúsculas en el seno de la organización general, han pasado por todas las fases, atravesó la última, y la familia de hoy reproduce en pequeño, infinitamente pequeño, la sociedad entera. La filosofía encuentra en ésta los rasgos distintivos de aquélla y ve como la fotografía en miniatura del medio social y de las instituciones que de él se derivan. Es el mismo *falso* individualismo extendiéndose en la pequeña asociación de intereses que constituyen el padre, la madre y los hijos; es la misma avidez de lucro, el mismo cuidado de encerrar en los límites del *yo familiar*, convertido en una especie de patria chica, las afecciones, los arranques de generosidad y los esfuerzos de todos los miembros del grupo; es la idea del gobierno-provisional encarnándose en la persona del jefe de familia y confiriéndole derechos ilimitados casi; es el contrato de matrimonio reflejando el contrato social completo y estipulan-

do los deberes, los derechos de las cónyuges y sus herederos; es ese *espíritu de familia* estrecho y mezquino, especie de solidaridad exigua que recuerda el espíritu de cuerpo ó el patriotismo de campanario; es, en el seno mismo de la familia, las envidias, las rivalidades, los odios, los dramas que deshonran y ensangrientan la historia humana; tan cierto es que las mismas causas producen siempre los mismos efectos y que la misma organización da los mismos resultados.

Para los más, la familia es como una especie de arca de Noé en que la blanca paloma de nuestras ternuras y nuestras felicidades encuentra donde dar reposo á sus alas inmaculadas; y cuando anuncio que nuestra institución de la familia, lejos de ser arca protectora destinada á recibir todo lo que escupe el diluvio universal, contribuye, por el contrario, á precipitar el naufragio definitivo de todas nuestras alegrías. no ignoro que se me va á acusar de detractor sistemático.

Sin embargo, no hay nada de eso. La familia, por común acuerdo colocada por encima de las controversias de los partidos políticos y de las sectas religiosas, se aparece á la multitud como una cosa santa que el respeto debe sustraer á todo examen y á toda crítica; así no es discutida nunca; mas por poco que el lector quiera sustraerse un momento á esa especie de fascinación inconsciente, por poco que consienta en cerrar momentáneamente su corazón á la sugestión de un sentimentalismo irreflexivo; por poco que abdique de sus prejuicios en la materia—y espero que será capaz de tal esfuerzo—quiero creer que verá en ese rodaje

fatal que no nos suelta un minuto desde la cuna al sepulcro, la causa de muchos males, de muchos sufrimientos.

Porque la familia no es la reunión voluntaria y siempre transitoria de seres que agrupa la simpatía y cuyos corazones se han elegido espontáneamente; es una asociación obligatoria y perpetua hija de azares ciegos del nacimiento y de las combinaciones del interés.

En nuestras civilizaciones *monogámicas*, la familia está constituida por un hombre, una mujer y los hijos nacidos de su unión; y en nuestra época tiene por prefacio (1) indispensable el matrimonio.

¿Es éste la consecuencia de atracciones recíprocas que han echado á dos seres uno en brazos del otro? ¿Es la de un movimiento espontáneo nacido de la misteriosa ley de atracción de los sexos entre sí, atracción y movimiento que, sacando de la posesión elementos nuevos de pasión y deseo, trajeron primero una serie de relaciones, después una unión estable, permanente y libremente consentida?

(1) No me refiero aquí más que á las familias constituidas en conformidad con la ley, no sólo porque son más numerosas que los irregulares, si que también porque en un estudio sociológico no puedo considerar una institución sino bajo la forma que reviste social y legalmente. No obstante, me importa hacer notar que, en mi sentir, resultan los mismos inconvenientes en las uniones ilegales. Estas no son en definitiva más que matrimonios verdaderos á los que falta la sanción civil y religiosa; porque la cohabitación, la comunidad de intereses, los hábitos arraigados y sobre todo el nacimiento de los hijos, por los deberes y las responsabilidades que impone al padre y la madre, crean á la larga, entre éstos, lazos morales tan fuertes como las cadenas forjadas por la ley ó la Iglesia.

Todo el mundo sabe que el matrimonio no es, en la mayor parte de los casos, más que una asociación de intereses en que el amor no tiene la menor parte. Con frecuencia el matrimonio se proyecta y á veces se decide en principio antes de que los futuros esposos se hayan encontrado una sola vez. No se ha consultado á los interesados, pero estando de acuerdo en situación de fortuna, conveniencias sociales y prejuicios mundanos, siempre se estará á tiempo de obtener ó de arrancar, en caso necesario, el consentimiento de los futuros cónyuges.

El libertino que ha dejado en las zarzas del camino el vellón de sus ternuras; el mujeriego gastado, viejo antes de tiempo, se casa para lograr un fin, para acomodarse; ¿quién sabe para qué?, acaso también con la excitante esperanza de hallar de nuevo alguna emoción dormida, algún estímulo voluptuoso en el cándido abandono, la turbada curiosidad y el pasmo encantador de una virgen de diecisiete años que él iniciará en la vibración delirante de los sentidos. Otros, muchos, toman mujer joven ó vieja, fea ó bonita, inteligente ó tonta, pura ó viciada para con su dote comprar un bufete, un destino, una botica, hacerse industriales ó comerciantes, ejercer la medicina ó la elocuencia.

La joven soltera, cuidadosamente alejada de todo lo que pudiera instruir la de las exigencias que trae en sí la intimidad conyugal, no ve, por lo común, en el matrimonio más que un medio de mojar los labios golosos en la copa del amor, y en el marido sólo un adorador perpetuo, lleno de atenciones, un súbdito de quien será la soberana

y cuya única ocupación consistirá en sufrir sus caprichos y se adelantará á sus deseos. Si es pobre, pero inteligente, bonita y distinguida, se le dará á entender que sus prendas bien valen un dote y que no teniéndolo debe guardarse de conceder tantos encantos... y lo demás, á esos jóvenes hermosos, inteligentes, pero pobres como ella, hacia los que le llevan sus aspiraciones; que siendo el matrimonio el acto más importante de la vida, no lleva en sí pasión y mimos; y poco á poco se le hará ver como un contrato apergaminado en que las cláusulas son todo y la forma muy poco ó nada.

En los casamientos de obreros hace el notario menor papel, porque los dos esposos no suelen aportar nada; pero el móvil de la unión es idéntico en el fondo; el obrero que tiene un buen oficio y la obrera que gana buen jornal son casi los únicos á quienes les es dado elegir; los otros se aparean como pueden. Podría reforzarse esta verdad diciendo que, hasta tratándose de un matrimonio por cariño, no hay una muchacha que consintiera en casarse si no tuviese de antemano la seguridad de que su marido satisfará sus necesidades.

Así, de diez veces nueve, el matrimonio no es, propiamente hablando, más que una forma especial y respetada de la prostitución (1), pues que en lugar de darse sin consideraciones, sin cálculos, sin doble idea, siguiendo el impulso natural de

(1) Toda alianza de hombre y mujer por una situación material ú otras ventajas, es prostitución; poco importa que esta alianza se haga con el concurso de un empleado del Estado civil, de un sacerdote ó sólo de una acomodadora de teatro. Max Nordau, *Mentiras convencionales*.

afinidades instintivas, cada uno de los cónyuges compara lo que vende con lo que compra, y no consiente en dar sino á condición de recibir.

*
* *

Verdad es que, aunque fuera la simple legislación de un idilio comenzado y seguido en virtud del amor únicamente, no tendría el matrimonio menos infaustas consecuencias.

Que sea por conveniencia ó por inclinación, más tarde ó más temprano, síguenle desilusiones llenas de amargura, pesares acerbos. Los matrimonios de *conveniencia* constituyen una verdadera locura unida á una inmoralidad patente, y los mismos matrimonios por amor no son menos locos y culpables, pues éstos como aquéllos consagran compromisos insensatos, en contradicción absoluta con nuestra naturaleza mudable, inconstante, caprichosa.

No se puede responder del corazón como no se puede responder de la salud. Nuestro *yo* se transforma sin cesar; nunca somos idénticos á nosotros mismos; cada año, cada día, cada minuto lleva á nuestra individualidad imperceptibles pero reales modificaciones, ¿y no estaría fuera de razón garantizar seriamente la fijeza de nuestros sentimientos, que, después de todo, no son más que manifestaciones especiales de esta individualidad mudable?
(1) No puede haber por el contrario, un sentimien-

(1) Véase cómo define Lamartine el corazón humano: «un instrumento que no tiene el mismo número ni la misma clase de cuerdas en todos los pechos y en el que pueden hallarse eternamente notas nuevas que añadir á la gama infinita de sentimientos y cánticos de la creación.»

to más versátil que el amor; y si es verdad que nos domina durante largos años, no es menos cierto que su objeto varía con frecuencia.

La naturaleza no sabría plegarse á las rígidas exigencias de un contrato de larga duración. La novedad, atractiva siempre, nos seduce con lo desconocido, lleno de seductoras promesas. Se ama toda la vida, el tiempo blanquea la cabeza, se aclaran los cabellos, se arruga la cara y el corazón permanece joven; no lo niego; pero no se ama á los treinta con la poesía y los lirismos entusiastas de los veinte años; no se ama á los cincuenta con el ímpetu apasionado de los treinta y cinco. La flor divina del amor perfuma toda nuestra existencia, no cabe duda; pero no son los rayos de las mismas pupilas las que la abren y es muy raro que sean los dedos queridos de la misma encantadora los que la cojan cada vez que brota. Nada mata el amor más seguramente que el matrimonio. La certeza de la posesión por una parte, y por otra la obligación de la vida común, lo envenenan muy pronto.

El deseo no se alimenta más que de la variedad y la pasión sólo vive del deseo. Pero el matrimonio es para el deseo algo como una condena á muerte; lo *despoetiza* y *monotoniza* todo. Las palpitaciones del corazón en las primeras citas son reemplazadas para la mujer casada por el temor de dejar quemar el asado y para el marido por el temor de llegar tarde y el fastidio de dejar á los amigos del café ó de otro sitio.

Entre esposos las conversaciones recaen faltas de encanto sobre los criados, los negocios, el

cuarto, los niños, las compras, las cuentas que hay que pagar, lo que hay que hacer. La mujer, como si ya no necesitase agradar, se descuida y pierde en su casa esa sal y pimienta de la coquetería natural que tan bien sienta á los encantos femeninos; el marido, no teniendo ya que ocultar sus cuidados, no disimula su mal humor, y de novio galante y atento se convierte en marido brusco y huraño; y si por la tarde el señor se acuerda aún alguna vez de los juramentos de amor que en otro tiempo salían á borbotones de sus labios tiernos, ardientes, sedientos de besos, recita sin fervor su plegaria, á la que se une la señora como mujer que tiene el deber de prestarse á lo que de ella puede exigirse. La indiferencia primero, la saciedad después, el disgusto, en fin, se desliza en sus frases, besos, caricias y abrazos, á las mismas horas y en el mismo escenario.

Los actores del matrimonio lo advierten, y sintiendo cada cual que ya no ama, comienza á pensar que podría también ser ya menos amado. Nacen las desconfianzas, toman parte los celos, recriminando los menores retrasos, las salidas más cortas, los actos más insignificantes, las palabras más anodinas, las bromas más inocentes, las relaciones más naturales; porque el marido no sólo ha jurado amar á la misma mujer, sino que ha renunciado al derecho de desear las otras que su matrimonio ha sumido en una especie de viudez, puesto que ha muerto para ellas; la mujer, no sólo ha prometido darse siempre al mismo hombre, ha adquirido también el compromiso de negarse á los demás para los que no deben existir sus encantos.

La vida común se convierte en una perpetua mentira, en una hipocresía sin fin; es preciso rivalizar en astucia y arteria para engañarse mutuamente, reír cuando el corazón está angustiado, parecer triste cuando la esperanza de una cita próxima hace resonar en el oído músicas alegres, y aparentar ante la gente frialdad para el ser amado y avivar la ternura hacia el indiferente.

Sienten entonces los desgraciados todo el peso de las cadenas que se han echado encima. (1) Comprenden que la vida dichosa ha concluído para ellos, que la salvación sería separarse; pero mil lazos los atan uno á otro: el interés, los parientes, las consideraciones, los hijos. ¡Los hijos sobre todo!

*
**

Y, sin embargo, también éstos sufren por la familia. En la edad de la turbulencia, de los locos aturdimientos, de los caprichos y las niñadas, véanse obligados á someterse á una especie de disciplina que varía según las tradiciones de familia, el carácter de los padres, el estado de fortuna y otras mil circunstancias, que no dejan de ocasionar en esa pequeña sociedad grandes decepciones y grandes pesares.

A los doce años métese al niño en el colegio ó de aprendiz, según haya nacido rico ó pobre. Colocado en una ú otra parte, sin que se tengan en

(1) «Si la monogamia hace á una persona esclava de otra es la más monstruosa de las iniquidades.» Julio Thomas *Principes de philosophie morale.*

cuenta sus gastos, sus aptitudes, ni aun sus fuerzas, ha de someterse á un reglamento de escuela ó de taller; es preciso que adquiera hábitos de sumisión y regularidad que hieran sus instintos invencibles de libertad; es necesario que durante largas horas permanezca inmóvil ante un mostrador ó una máquina, él, cuyos miembros tienen sed de locomoción.

No teniendo, no pudiendo tener nada suyo, no disponiendo de sus propias facultades sino como les place á aquellos de quienes depende, lanzado á la sociedad sin otros recursos que los que saca de su familia, el adolescente está á merced de sus padres, á quienes debe, al par del más profundo respeto, la más ciega obediencia.

Sistema tal de autoridad que le coloca en dependencia absoluta, produce muchos y desastrosos resultados. Sólo citaré dos: primero, que acostumbrándose el adolescente á seguir sin examen el camino que se le traza, á hacer, sin discutirlo, lo que se le manda, á emplear sus aptitudes en el sentido que se le indica, á desarrollar sus facultades del modo que se le ordena, pierde por completo la iniciativa á la vez que la voluntad. No sabe ni pensar ni querer, ni lo necesita pensando y queriendo por él su familia. Cuando tenga que guiarse él mismo, que tomar una resolución y ejecutarla, será completamente incapaz de ello; al faltarle su punto de apoyo, será juguete del primer intrigante que se presente y permanecerá siempre en la imposibilidad de conducirse rectamente.

El segundo resultado de tal sistema de educación de familia, es el poner fatalmente al niño en

la pendiente de la hipocresía. Véase cómo: obligado á menudo á hacer lo que le disgusta, á renunciar á lo que le conviene, el niño consagra una parte de sus facultades imaginativas á buscar el medio de combatir el obstáculo y gasta lo mejor de su energía en vencerlo; su ingenio se esfuerza en despistar la vigilancia paternal ó maternal; se esfuerza su mente para apartar sus intenciones y sus actos de la atención de sus padres. Lo consigue casi siempre en más ó en menos, pues no se castra nunca por completo á la naturaleza; pero como no puede pensar y obrar á la luz del día, vése obligado á ocultarse y adquiere insensiblemente la costumbre repugnante de la mentira, del engaño; sintiéndose obligado á mentir y á ser hipócrita, no halla reproche alguno en su conciencia, ni protesta ninguna, y concluye por mirar como la cosa más natural el disimulo, puesto que le es necesario.

Un día la adolescencia cede el puesto á la juventud. Es la edad en que florecen los amores. Los padres no se acostumbran á que crezcan sus hijos, ó mejor dicho, el crecimiento físico y desarrollo moral se efectúan á sus ojos sin que lo noten, digámoslo así. Para ellos, la muchacha de dieciocho años juega aún á las muñecas y casi se sorprenden de no verla ya con sus falditas cortas; el mozo de veinte años sigue siendo el rapaz alborotador, aturdido y cándido que juega al marro y hay que vigilar sus imprudencias.

No obstante, el pájaro está impaciente por ensayar sus alas; tiene prisa de desplegarlas en esos espacios inmensos que se abren ante él y que as-

pira á recorrer con ávida curiosidad. Comienza á encontrar muy estrecha la jaula de la familia; se hiere con los alambres que lo detienen cautivo; maldice su prisión, y si no fuera por el respeto y el afecto que le inspiran sus carceleros, los maldeciría también.

Todo le parece á la juventud preferible á la tutela familiar, porque todo aparece á sus ojos con los hermosos colores de la libertad. Se siente mal en aquel cuadro estrecho cuyos contornos bien marcados parecen decir á su sed de lo desconocido, de novedad, de independenciam: «no irás más lejos.»

Casarse, crear una familia; el solo pensamiento le embriaga, menos por los gozes que de ello espera que por las trabas numerosas á que se sustrae. Y no es esta una de las consideraciones que pesan menos en la prontitud con que la gente joven se casa sin conocerse bien y con frecuencia sin amarse. Hay por lo demás que consultar á los padres, obtener su consentimiento, y si no hallamos escandalosamente abusiva semejante intrusión en acto tan importante para cuya realización únicamente la conveniencia de los interesados debe ser decisiva, es porque, habituados hace siglos á tal espectáculo, pasamos por esa iniquidad como por tantas otras del mismo género, sin advertirlo siquiera.

*
**

El individuo no sale de una prisión sino para entrar en otra; sólo sacude el yugo paternal para

ponerse el conyugal y empezar de nuevo otra odiosa servidumbre. No deja el círculo de familia sino para formar otro que le sujetará tanto como el primero, aunque en diverso sentido.

Hijo, esposo y padre; hija, esposa y madre, las etapas se suceden, los papeles cambian, pero el resultado es el mismo; una carga permanente de deberes, de responsabilidades, de sujeciones. No hago aquí el proceso de los padres, ni de los hijos, ni de los esposos. Los hay, lo sé, que no encuentran en la familia más que alegrías, consuelos y ternura; pero esa dicha no proviene de los vínculos de la sangre ni de la organización de la familia misma; es el producto de circunstancias y encuentros que han de atribuirse á los individuos mismos, y que existen, no merced á la familia, sino á pesar de ella. Por lo demás este es un caso excepcional; lo cierto es que la inmensa mayoría de los humanos sufre por esa institución; la verdad es que oprime al ser en todas las edades de su existencia, desde los primeros pasos de la infancia hasta la hora postrera sin dejarle un instante de reposo; que mata en él la fuerza de iniciativa, acaba con la espontaneidad y exige una especie de renuncia continua; la verdad es, en fin, que si, con toda espontaneidad se quiere mirar tras el velo poético con que moralistas y sentimentalistas cubren la familia, véanse allí seres livianos, egoístas, codiciosos, hipócritas, serviles y desgraciados.

3.º LA EDUCACIÓN

Crítica de nuestro sistema educativo; consigue formar por una parte tiranos y esclavos por otra.—Falsedades y errores de nuestro método pedagógico.—Deplorables resultados de tales procedimientos de enseñanza.

Se está generalmente inclinado á establecer entre la educación y la instrucción una distinción marcada. A la primera, se dice, corresponde el cuidado de formar los sentimientos, las maneras y las costumbres; á la segunda el de formar las ideas; la una tendrá por campo de experimentación el corazón, la otra el cerebro.

Esta distinción no existe, en efecto; no sólo porque en el mismo individuo la conciencia no se abstrae del intelecto, sino además y sobre todo, porque sí, como dice Moleschot: «Nada hay en nuestro entendimiento que no haya entrado en él por la puerta de los sentidos» (1), nada hay tampoco en nuestro corazón que no haya entrado por la puerta de nuestro entendimiento. Los sentimientos no son, en efecto, más que la conciencia reflejada y el reflejo habitual de las ideas que pueblan nuestra inteligencia.

Por esto he creído preferible no conformarme con esta distinción y he comprendido en el sólo término *educación*, lo mismo lo que se refiere á la instrucción que lo tocante á la educación propiamente dicha (2).

(1) *Nihil est in intellectu quod non fuerit in sensu.*

(2) El lector encontrará en mi *Felicidad universal* un plan de educación y de instrucción, conteniendo mis opiniones sobre este punto en extremo importante. Repito que aquí no tengo en cuenta más que los vicios de la educación moderna y las consecuencias que de ella se desprenden.

Entendida así la educación, debe propiamente: por una parte combatir el desarrollo de tendencias perjudiciales al individuo y la especie, por otra parte favorecer el de las tendencias contrarias. Cualquier otro sistema no podría desde el punto de vista social encontrar la más pequeña justificación.

Por tanto, estudiar la naturaleza humana, espiar las aptitudes del niño, examinar el partido que puede sacarse de ellas, atenuar ingeniosamente el esfuerzo y la frecuencia de los malos impulsos á que pueda inclinarse, arrancar de su cabecita las ideas falsas para introducir en ella sanos conceptos; extirpar de su joven corazón los malos sentimientos y arrojar en él con profusión la semilla de los buenos, fortificar con método amplio y sencillo la rectitud de su juicio y su conciencia, tal debe ser á mi juicio el objetivo entero y único de la educación.

¿Mas quién se atrevería á suponer que nuestro método educativo se inspira en esta manera de ver, y, sobre todo, que está conforme con ella? (1)

¿Tiénese en cuenta lo bastante la debilidad ó el vigor físico del niño? ¿Su naturaleza, su temperamento, su carácter? ¿Se procura provocar la libre manifestación de esas tendencias particulares? ¿Se buscan los medios de descubrir primero, de favorecer en seguida esas aptitudes? ¿Se vela por que no

(1) «¿No consiste toda la educación en llenar de prejuicios á los niños? Los prejuicios que se imponen á nuestros hijos en las escuelas y otros sitios contradicen su modo de sentir. De ahí su malestar.» Mauricio Barrés. *L'ennemi des lois*, págs. 5 y 6.

dé su cerebro asilo á los prejuicios que lo asedian? ¿Se cuida de que no se deslicen en su conciencia los malos sentimientos de egoísmo, de dominio, de codicia, de envidia, de odio?

Este cultivo cuidadoso de la juventud, que dotaría á la humanidad de flores perfumadas, de sabrosos frutos, parece ignorado por nuestros horticultores oficiales, ó que, por lo menos, les preocupa muy poco. Lo importante hoy no es habituar á la infancia á la franqueza, hacerle amar la verdad, desarrollar las tendencias á lo digno, acostumbrarla á mirarse como una unidad igual á todas las que forman el gran todo humano, impulsarla para ensanchar el círculo de sus simpatías, favorecer la irradiación del espíritu de solidaridad, comunicarle los fecundos impulsos hacia la bondad universal, hacia el amor espontáneo, avivar en ella la iniciativa y la originalidad, estimular sus gustos artísticos ó ejercitar su curiosidad intelectual.

¡No, no! ¿Para qué tales impulsos? ¿Estaría bien ver á los jóvenes distraerse perdiendo de vista los cuidados del porvenir, soñando con la armonía universal, la igualdad ó la estética! Los padres de familia no oyen por ese lado; no quieren que sus hijos sean soñadores, utopistas. Exigen que ante todo se les haga hombres *prácticos, serios* y aptos para seguir la carrera que se les indique. Lo que ante todo y sobre todo importa es llegar. El éxito da dignidad, virtud, inteligencia, talento, y sirve para todo.

Si la buena voluntad del que educa favorece los secretos deseos del joven, no podrá resistir mu-

cho tiempo ante la terquedad del padre, pues ambos dependen de él, porque paga.

Elevar á la juventud, iniciarla en las cosas de la vida, enseñarle las primeras nociones de la ciencia, es un oficio. El que vende instrucción es un simple comerciante y su situación exige que no tenga en su tienda más que los géneros que agraden al cliente. Este va á comprar los medios de lograr su objeto, de hacer su camino; si no se los dan se quejará. *¡Lograr su objeto!*, es decir, intrigar para obtener los mejores empleos, prestarse á todo aquello de que se espera sacar partido para medrar. *¡Hacer su camino!*, es decir, ganar dinero, salir de la obscuridad y sentarse en gradas elevadas del anfiteatro social.

He aquí el fin. ¿Lo alcanzará aquel cuyo espíritu elevado, desdeñando las adulaciones de los unos y las maldades de los otros, esté habituado á cernerse en las esferas serenas de la intelectualidad pura? ¿Lo alcanzará el que con la conciencia firme y recta, no sepa descender á viles tratos de mercader, ni á compromisos en que se pierde la dignidad? ¿Lo alcanzará aquel cuyo pecho, abierto anchamente á la piedad, á la generosidad, no sepa contener sus desprecios, ni sus indignaciones, ni sus protestas?

Para obtener la respuesta, basta con echar una mirada á los que han *medrado*, á los *advenedizos*. Son los frutos directos de la educación contemporánea. Para saber qué principios se les ha inculcado, qué costumbres se les ha transmitido, qué sentimientos se les ha inspirado, qué opiniones se les ha hecho compartir, no hay más que ver cómo

han vivido, lo que han dicho, lo que han hecho, los medios que han empleado, qué camino han seguido.

¡Ahí están los ejemplos que se presentan á los jóvenes! Esos son los modelos que se les excita á imitar: seres sin conciencia ni moralidad, dispuestos á servir todas las causas, no teniendo más mira que la riqueza ó el poder; prontos á inmolar sin vacilación el mundo entero á su orgullo ó su bienestar; inclinándose sólo ante el éxito; llenos de insolencia para aquellos á quienes dominan con su dinero ó su posición; pródigos de servir deferencia para aquellos de quienes tienen algo que temer ó esperar; corazones secos, cráneos exiguos; abogados, empleados, oficiales, directores, están destinados á disputarse la hegemonía de la riqueza y el poder. Propónese la educación armarlos para la lucha y los hace feroces y déspotas, les quita todo sentimiento de piedad estéril ó peligrosa, les enseña á subir sobre las espaldas de los que ruedan para dominar mejor, excita su ambición hasta el paroxismo, adula su vanidad y crea conciencias cínicas y cobardes.

*
* *

Esas costumbres deplorables, esos resultados sucios es lo que alcanza la brillante educación que con largueza se da á los privilegiados de la cuna.

Esos niños mecidos en cunas cubiertas de encajes; esos jóvenes, futuros negociantes, industriales, magistrados, banqueros, médicos, unen á su vanidad repugnante la idea de que la sangre

que corre por sus venas es más noble, más preciosa y más pura que la que circula bajo la piel del hombre del pueblo.

No hay, pues, que asombrarse de que esos frutos de un cultivo falso intelectual y moral traigan los vicios de que adolecen. Sería extraño que hombres de esta suerte educados fueran compasivos, generosos, animados por el impulso de la solidaridad, enamorados de la igualdad social ó capaces de servir una causa con desinterés y convicción.

Han sido hechos para mandar; lo saben, se lo dicen, y lo creen; los amos no pueden ser iguales á los servidores, ni los gobernantes á los gobernados. La cabeza que no se inclina es la de un rebelde, la de un mal ciudadano, de un malhechor, de un criminal.

La multitud de los que el nacimiento ha destrozado, ha nacido para doblar la rodilla; los obreros han venido al mundo para producir siempre y no poseer nunca; (1) ellos, los ricos están predestinados á percibir la totalidad de las rentas, de los beneficios, de los productos y á transmitir á sus ociosos descendientes los derechos que ellos mismos gozan durante su vida; y como tal estado

(1) «Entre el burgués por un lado, el campesino y el obrero por otro, hay un abismo. El burgués no siente que haya nada común entre el proletario y él. Es cosa convenida considerar, mirar al proletario como una máquina alquilada, de que uno se sirve pagándola puntualmente mientras se necesita. Del mismo modo, á los ojos de gran número de propietarios, es un enemigo cuya superioridad sólo se acepta porque es el más fuerte. Hay hombres justapuestos; no hay un sentimiento común como no sea el odio, en el régimen á que está sujeto el obrero.» Esto dice un burgués muy burgués: el economista *Miguel Chevalier*.

de cosas es favorabilísimo á sus intereses, á sus placeres, á su orgullo natural, es natural también que se habitúen sin trabajo á creerlo así, tratando como provocador de desorden á quien piense y hable en sentido contrario.

*
* *

Pero si es preciso que la educación los acorace contra las «calaveradas ó corazonadas» que puedan comprometer su prestigio ó su riqueza, no es menos indispensable que les facilite la tarea, preparándoles un rebaño de dóciles esclavos.

Por eso se inculca á los pobres el amor al trabajo, la resignación en la miseria, el respeto á la propiedad, y al pueblo la admiración á los poderosos, el culto á los grandes hombres, la obediencia á la ley, la sumisión á los representantes de la autoridad. Se embuten los cerebros de prejuicios, se rellenan las conciencias de deberes.

«La propiedad es el fruto del trabajo, de la inteligencia, de la economía. Es necesario un gobierno para asegurar á los ciudadanos el ejercicio de sus libertades, hacer que reine la justicia, establecer el equilibrio entre los derechos de todos, impedir conflictos, prevenir y castigar los crímenes, proteger á los débiles contra los fuertes, á los pequeños contra los grandes, á los pobres contra los ricos. La patria es el patrimonio común: morir por ella es un deber sagrado, una gloria y una dicha. El capital es como un Dios que tiene derecho á culto. Robar es acto deshonesto, algo así como un sacrilegio. ¡Los ricos son los bienhechores de

la humanidad! Si no tuvieran la generosidad de hacer trabajar á los pobres diables, ¿cómo vivirían éstos? Por lo demás, preciso es que haya pobres y ricos; siempre los ha habido y los habrá siempre; etcétera.»

Tal es el rosario que se les hace recitar á los niños de las clases trabajadoras, que acaban por enjaretarlo maquinalmente, hasta el punto que llegan á dar fe á semejantes absurdos.

Los que vivan en las ciudades dichosas del porvenir, creerán difícilmente que hayan podido prevalecer tan tristes aberraciones en gentes que vivían en el siglo del vapor y la electricidad. Y sólo cesará su asombro si hallan en los librotos viejos de sus bibliotecas y en las obras antiguas de sus museos la prueba de que la literatura, la poesía, el teatro, la prensa, la pintura, la escritura, en una palabra, el pensamiento humano bajo todas sus formas, estaba en aquella época impregnado de los mismos prejuicios, embebido en los mismos errores.

Tendrán entonces la clave del misterio y comprenderán que, sitiada la infancia para la sabia coalición de fuerzas tales, capitulara la conciencia de las multitudes; se explicarán que educación tan funesta, sostenida por la complicidad de todos los elementos intelectuales, imaginativos y estéticos, haya extraviado los espíritus hasta un punto que á primera vista parece inverosímil; concebirán, en fin, que, dada la división de la sociedad en dos clases con intereses antagónicos, los amos y los esclavos, la educación no puede dar por resultado más que preparar de un lado tiranos sin corazón y

sin escrúpulos, de otro servidores resignados y sumisos.

*
**

No vale más nuestro sistema pedagógico, y está por añadidura juzgado por los mismos que se dedican á la enseñanza. Cuando place á la naturaleza dar el espectáculo de una indecible variedad en la conformación cerebral de los seres humanos, el método pedagógico sueña con un carácter desesperante de uniformidad. El programa de estudios, ordenado por el conjunto, no debe tener en cuenta las aptitudes, las tendencias, el temperamento de cada cual; es una talla de la que ningún discípulo debe pasar. Por lo tanto, las facultades más grandes quedan con frecuencia baldías, las más hermosas aptitudes privadas de su normal desarrollo, cuando unas y otras no son aniquiladas por completo.

La originalidad, esa flor tan bella y delicada, se aja insensiblemente hasta quedar del todo marchita. No contribuyen poco nuestros procedimientos respecto á exámenes y cursos á resultado tan deplorable. Están hechos de tal manera los programas, en conformidad, por lo demás, con el mismo método pedagógico, que en casi la totalidad de los ramos de nuestros conocimientos científicos y literarios, el sentimiento, la imaginación y el razonamiento se sacrifican á esta facultad casi mecánica; la memoria.

Así los mejores discípulos, los más fuertes, los que sobresalen en las clases, brillan en la distri-

bución de premios y triunfan en los exámenes y concursos, son invariablemente los mejor dotados de la facultad citada. Es ésta ciertamente un don precioso y hallo bien que se quiera ejercitar y acrecentarla; mas es de temer que, al consagrarle demasiados cuidados, se desdenen facultades tan indispensables, por lo menos, y cuyo desarrollo es necesario á la salud de la mente.

Esto es, en efecto, lo que sucede, y nadie se asombrará si afirmo que la mayoría de nuestros bachilleres y laureados no son más que notables papagayos que han aprendido á recitar bien, siguiendo el método universitario, cierto número de clásicos, ó autómatas ingeniosos montados por un hábil mecánico, al efecto de trazar sobre un cuadro negro tal figura geométrica ó tal fórmula matemática, de traducir tal pasaje de Tácito ó tal trozo de «Athalie» ó del «Arte poético.»

Sacad á esos autómatas de los *tours de force* que les han enseñado, á esos papagayos de las cantatas que les han repetido, y quedan incapaces de hacer nada por sí mismos. Para que esos jóvenes, que, sin embargo, han concluído sus estudios, contesten bien á una pregunta ó resuelvan un problema, es necesario que la pregunta ó el problema sean expuestos en los mismos términos que les son familiares merced á la nemotecnia de nuestros colegios é institutos.

Fuera de los caminos que han recorrido mil veces no saben dar un paso, y si se separan de ellos les es imposible volver á encontrar la vía. Basta, pues, con que una cuestión se les presente bajo una forma nueva, para verlos completamente des-

memoriados. La memoria se les muestra bajo un aspecto determinado, y, su juicio, menos ejercitado, no es apto para hacérsela reconocer bajo otra vestidura, porque no están acostumbrados á comparar, á discurrir, á razonar.

Para nuestros escolares la historia no es más que un registro brutal de hechos y datos sin más cohesión que el orden cronológico; pero nadie piensa en mostrar á los niños el grandioso y necesario encadenamiento de esos hechos ni de deducir la filosofía de ellos, refundiendo en una idea general la filiación de los siglos.

La geografía se limita á marcar, en un lienzo pintado, mares, continentes, ríos, montañas, ciudades, ¿pero quién piensa en hacer viajar á la imaginación de los jóvenes por las inmensidades del Océano, en llevar su curiosidad inquieta á través de los accidentes que presenta la corteza terrestre? ¿Quién piensa, sobre todo, en hablarle de la fatal correlación existente entre la configuración topográfica de una región, su clima, sus productos, y las costumbres, las facultades y las tendencias de la población que la habita?

La química, salvo rarísimas excepciones, no es más que una nomenclatura bárbara incapaz de guiar al adolescente al fondo de las afinidades, de las combinaciones, de los análisis y de los sistemas que harían tan atractivo el estudio de esta ciencia fundamental.

La física sólo es una seca sucesión de leyes y de fórmulas incapaces de sugerir á los niños la idea de sus aplicaciones maravillosas.

La historia natural, ese estudio de la flora, que

apasiona, llega hasta una especie de catálogo frío y sin comentarios.

Nada, hasta el estudio de las letras presentando á la imaginación de los jóvenes los rasgos de Homero ó de Eurípides, de Virgilio ó de Cicerón, de Bossuet ó de Boileau, que no sea una fría decepción para los tiernos amantes de la poesía, de la elocuencia ó de la literatura. En las clases universitarias, como en los colegios libres, nada, absolutamente nada se hace para prestar á los primeros elementos del arte y de la ciencia ese sabor excitante que les falta; nada para dar libre vuelo al deseo de saber que roe á menudo las inteligencias nacientes; nada para favorecer las indiscreciones naturales que son casi siempre señal de las imaginaciones en trabajo; nada, en fin, que provoque ó desarrolle los gustos del estudio.

Bajo la mirada del profesor rígido y austero, las colonias interminables de discípulos siguen sin afán, sin placer, el largo camino que conduce al término del viaje. Cualquiera escapada por los senderos vecinos, tan floridos, tan pintorescos, es una pérdida de tiempo que compromete el éxito, al retardarlo; y los niños se arrastran penosamente por aquel camino, sudorosos, despeados, esforzándose, sin embargo, en ocultar el padecimiento de todo su tierno ser, y avanzan únicamente por no quedarse en el camino, por miedo al recargo de lección, encierros y malas notas.

Incapaces de inspirar al escolar el amor al estudio haciéndoselo agradable, el desdichado maestro se ve en la necesidad de ser riguroso contra ese disgusto que lleva fatalmente á la pereza; así el

legislador, comenzando por hacer impracticable el bien, se arma de cárceles y presidios, en la esperanza imposible de impedir el mal.

En fin, so pretexto de emulación, siémbrense, como á intento, rivalidades, competencias; habítanse los corazones al espectáculo de la desigualdad; cada uno sueña con el primer puesto, con obtener premio; pincha á los unos la vanidad, tortura la envidia á los otros: son los primeros «el orgullo y la dicha» de padres y maestros, y son los segundos, su «vergüenza y desesperación». El colegio aparece, así, como la copia de un palenque social con su humillante competencia. Se agitan y chocan las pasiones en esa pequeña sociedad en que los favorecidos véense queridos é incensados, mientras los otros tropiezan con el desdén y la malevolencia.

Tal es la cosecha, en verde; ¿qué podrá producir, en gavillas?

4.º LA OPINIÓN PÚBLICA

Omnipotencia «del qué dirán».—Tiranía y crueldad de la opinión pública.—Papel vergonzoso de la prensa al servicio de políticos y agiotistas financieros.

Seré breve en lo que toca á la opinión pública y su influencia deletérea.

Mientras las tres primeras fuerzas obran sobre toda la infancia, la última causa sus estragos especialmente sobre el ser llegado á su completo desarrollo.

¿Quién podrá hallar nunca lenguaje bastante enérgico para tratar como se merece á esa execra-

ble y casi omnipotente influencia? ¿Quién podrá contar en términos bastante expresivos las bajezas, las villanías, las cobardías que engendra el miedo «*al qué dirán*»? ¿Quién describirá convenientemente la intensidad de la sujeción que la opinión pública hace pesar sobre los sentimientos y los actos de los individuos?

El señor *todo el mundo* resume todas las ridiculeces, todas las hipocresías, todos los prejuicios, y ese resumen, lejos de atenuar las fealdades, las exagera, merced á que las responsabilidades se diseminan.

Lo que un particular no se atrevería á decir, lo que se avergonzaría de hacer, la multitud inconsciente, segura de la impunidad, pues que la admiración ó el desprecio vienen de ella, no teme hacerlo ó decirlo.

El contagio del ejemplo es tan poderoso y tan pequeña la fuerza de resistencia del individuo, que la omnipotencia de la gritería aparece dominando toda protesta.

Tan poderosa es, en efecto, esa opinión, que en veinticuatro horas puede elevar á un hombre á la cumbre de la grandeza, ó precipitarlo en el abismo de la desgracia; hacer las reputaciones más envidiables, ó sumir en el más irremediable descrédito.

Tan llena de indulgencia está para los miserables que la saben adular y de ferocidad para los valientes que la desafían, que sería imposible asegurar si produce más cobardes su crueldad, ó su benevolencia más cortesanos.

¿Y de dónde sajará el valor para resistir el

miedo al ridículo, el temor al descrédito, aquél cuya conciencia busca por todas partes un punto de apoyo sin poderlo encontrar? En la ruina moral que deshonra nuestra época, y cuyas causas me he esforzado en señalar, la conciencia no es más que un resto arrancado por la tormenta y que arrastra el torrente irresistible de la opinión.

¿No ha aprendido el niño á *ahullar con los lobos*? ¿No está por tanto, dispuesto á no tener opinión, á aplaudir las iniquidades cuando es la masa la culpable y de ello se gloria?

*
* *

Sólo un poder habría que pudiera resistir y hasta vencer: la prensa. Desengañar á las masas, sanear su juicio, elevar su pensamiento, arrancarlas los entusiasmos funestos, preservarlas de arrebatos irreflexivos, ponerlas en guardia contra los juicios prematuros, hacerle ver los torcidos propósitos, los planes nada honrados, los designios perversos... ¡Oh qué noble empleo, qué misión tan fecunda podría darse la prensa! Para eso preciso sería que fuera independiente, lo que en estos tiempos de capitalismo y gobierno, es imposible.

El que maneja la pluma puede comparar su profesión á la del sacerdote y su papel á un apóstolado, pero no hay que esperar que tome nunca en serio sus propias palabras. Su periódico es una fábrica en la que se construyen ó deshacen los ministerios, en la que se atacan ó se sostienen las situaciones, las operaciones financieras. La Política y la Bolsa; eso es la prensa entera.

Y si á veces ocurre que un pensador, devorado por el afán de proselitismo, entra en la redacción de un gran diario con la esperanza de llevar á él sus aspiraciones, sus proyectos, sus simpatías y sus odios y lanzarlos así á los cuatro puntos cardinales, pronto toca las decepciones y los desdenes. ¿Es que la prensa se ha hecho para sostener ideas generosas y su línea de conducta de acuerdo con ésta? Pues si ha pensado que el periodista debe ser un luchador convencido, se ha equivocado por completo. Este es un hombre que sabe escribir bien ó mal y que prefiere escribir, como medio de vida, un artículo, á redactar una carta comercial ó administrativa; ni más ni menos.

Un periódico es un reclamo político ó una empresa de publicidad financiera; es, por tanto, preciso sostener en él la política que más produce y las especulaciones que pagan mejor. Intrigas, noticias falsas, complots, calumnias, campañas de difamación ó de elogio, tales son los medios que se emplean. El honor, la probidad, la justicia, la verdad, todo esto no llena la caja ni se descuenta en casa del banquero.

En resumen: la prensa es el instrumento maravilloso de explotación entre los dedos engarabitados de los ladrones, de envilecimiento entre las manos de los que mandan, de los jefes de partido, de los grupos políticos que se disputan el poder. El periódico no reforma la opinión, la hace. Es más que el cómplice de las torpezas, los crímenes y las bajezas de aquél; es su instigador, el autor principal.

III

Consecuencia de la iniquidad moral.

Aniquilamiento completo del individuo y de la colectividad.
—Opresión dolorosa.—Guerra inicua á las pasiones.—
Causas de esa guerra.—Sufrimiento universal.

Vemos que, como nuestra organización económica y política, nuestras instituciones morales, por trabajo incesante de opresión lenta y dolorosa, llegan al completo aniquilamiento del individuo y la colectividad. Desde la más tierna infancia sometida á las influencias combinadas de la legislación, de la idea religiosa, de la familia y de la opinión pública, la personalidad humana se despoja poco á poco de sus más notables atributos; se opera gradualmente una *mutilación* espantosa.

Tropezando sin cesar con reglamentaciones de toda clase, la naturaleza lastimada cae en un desfallecimiento progresivo, y las pasiones contrariadas pierden ese fuego, único que engendra las cosas sublimes, esa espontaneidad que únicamente comunican el ardor y la constancia. Los prejuicios más estúpidos dan formidable asalto al pensamiento, y, mal defendido, el pensamiento sucumbe. «Cuando los hombres, dice Hobbes, han asentido una vez á opiniones falsas y las han registrado en su mente, es tan imposible hablarles de un modo inteligible, como escribir de modo que se lea en un papel lleno ya de revueltas líneas.» Parece que

nuestros moralistas con patente se hayan impuesto la tarea de no dejar un solo instante al individuo hacer lo que le plazca, ceder á las solicitudes de sus apetitos naturales, á los llamamientos de sus necesidades. Que se examine cada cual y eche en torno suyo la mirada; verá que por la contrariedad que sufre la elección de carrera y el profundo desprecio que reina hacia el discernimiento de las aptitudes y predisposiciones, nadie, ó muy pocos, se encuentran en el puesto que naturalmente debían ocupar.

La moral entera—la ciencia del bien y del mal, de lo bueno y lo malo, de lo útil y perjudicial, de la felicidad y la desgracia—se condensa en una serie terriblemente larga de cargas, de obligaciones, de mandatos y prohibiciones que constantemente contrarían las pasiones, hasta que á la larga queden suprimidas en más ó en menos.

«Destruid en un hombre la pasión que le anima; en el mismo instante le priváis de todas sus luces; parece que la cabellera de Sansón es en este caso emblema de las pasiones. ¿Es cortada esa cabellera? Sansón no es más que un hombre común. La ausencia total de las pasiones, si pudiera existir, produciría en nosotros el embrutecimiento perfecto; cuanto menos apasionado se esté, más se aproxima uno á ese término. Las pasiones son, en efecto, el fuego celeste que vivifica el mundo moral; á las pasiones es á quienes deben las ciencias y las artes sus descubrimientos y el alma su elevación.» (1)

(1) Elvétius. *De l'Esprit*. Discurso III, cap. 8

Soy completamente de la opinión de Helvecio. Las pasiones hacen la vida, la verdadera; movida, alegre, sana, fecunda. Sin ellas la humanidad se arrastra miserablemente en la baja medianía, incapaz de alzar el vuelo. Las épocas más hermosas han sido las más apasionadas: el amor el odio, el espíritu de independencia y de justicia, el sentimiento de lo bello y lo verdadero, han hecho por sí solos las grandiosas epopeyas.

Ojéese la historia; elíjase en ella un hecho grande, sea el que fuere, generoso, heroico; tómese al azar el nombre de uno de esos hombres que se han señalado por un servicio prestado á la humanidad, que han ilustrado una época, encarnado una ciencia, personificado un arte, y puede darse por cierto, no sólo que á ese hombre lo animó la pasión del arte, de la ciencia, de la humanidad, sino que además el soplo ardiente de aquellas le inspiró sus actos y sus obras.

Es, sin embargo, á ese sol de todas las luces, á ese foco de todos los fuegos, al que la moral social contemporánea denuncia como supremo mal y se dedica á ahogarlo bajo un diluvio de palabras enfáticas y vacías: virtud, deber, honor, conciencia; especie de moneda falsa que nuestro atavismo religioso y las *exageraciones* espirituales de nuestra educación nos hacen admitir sin comprobar su peso y su valor.

Sé que no persigue abiertamente ese objeto; no tiene esa franqueza; se limita á preconizar una prudente comprensión de los apetitos y las aspiraciones; mas esto no le impide llegar en la práctica á servidumbre tal de instintos y pasiones, que, re-

ducidas las últimas á la peor de las esclavitudes, no tienen fuerza para tomar libre curso.

*
**

«El hombre es lo que es; sus pasiones son tan eternas como legítimas; se trata sólo de saber emplearlas en su propio bienestar ó en el bienestar general.» (1)

No desconocen esta verdad los legisladores y moralistas. Pero ¿cuál sería su papel y qué quedaría de los sistemas de opresión económica y política, si se creyera que el hombre puede *legítimamente* comer cuando tiene hambre, beber cuando tiene sed, trabajar cuando le place, descansar cuando guste, amar cuando le conviene, en una palabra, seguir la inclinación de sus necesidades y sus pasiones, y que todo progreso consiste en establecer un medio social adaptado á este fin, de tal modo que los movimientos de cada cual se armonicen con los de sus semejantes en lugar de combatirlos?

¿No es más cómodo, y sobre todo más ventajoso, moralistas inmorales, mantener en pie los errores del pasado, y decir que, siendo el hombre perezoso naturalmente, el cebo de la propiedad es un estímulo necesario sin el cual permanecería en la miseria más absoluta? ¿No vale más afirmar que la perversidad natural del individuo necesita gendarmes, tribunales y presidios, sin lo cual se multiplicarían las atrocidades y los crímenes?

(1) Estas líneas son de Fourier.

No dejáis de advertir que los que trabajan son los que permanecen en la miseria; sabéis perfectamente que todos vuestros sistemas coercitivos y de represión no impiden una mala acción y provocan muchísimas; pero vuestra moral no se preocupa por eso; se encuentra á gusto en el seno de esa organización que confiere á unos cuantos todos los derechos y sujeta á los demás bajo el *Deber*, porque os contáis en el número de los primeros, y comprendéis que vuestros privilegios deben su existencia solamente al respeto, á la sumisión, á la resignación inconsciente de la multitud.

Y mientras que la moral no tiene razón de ser si no se propone hacer feliz á la humanidad, vosotros la habéis hecho el instrumento por excelencia del dolor universal, de la inmolación sin medida ni freno. Abrid los ojos y contemplad vuestra obra, vosotros los que hacéis oficio el moralizar á vuestros semejantes.

El ser á quien la naturaleza dota de voluntad, de energía, de independencia, de simpatía, de confiado abandono, de impulsos, de aspiraciones, de instintos, de pasiones, vosotros os dedicáis á despojarlo uno á uno de todos sus atributos é ingertáis en él otro ser puramente artificial, pusilánime, bajo, incapaz de pensar alto, de querer virilmente, no viendo en sus semejantes más que enemigos, alterando la verdad sin escrúpulo, insolente con los de *abajo*, servil con los de *arriba*, desconfiando de sus aspiraciones, de sus impulsos, sin entusiasmos, sin ardor, sin convicción, un ser en que todas las pasiones, sirviéndome de las palabras de

Rochefoucauld, «se pierden en el vil interés como los ríos en el Océano».

En ese perpetuo *¿quién vive?* respecto á sus sensaciones, sus ideas, sus sentimientos, sus deseos, ¿quién puede disfrutar la paz del corazón? ¿Quién puede gozar esa dulce y tranquila serenidad que sólo da la calma de la conciencia y que no puede conocer *el estado de alma* inquieto, agitado, ansioso de nuestra época? Los moralistas tratan á la pasión como á un perro amarrado á la cadena, y el perro muerde, enfurecido por la cadena que le imponen.

Las pasiones son como esos ríos que arrastran sus ondas abundantes y rápidas; es peligroso querer cegar el cauce que se han abierto. Bajo el esfuerzo de las aguas acumuladas, producense grietas; se opera un trabajo lento de disgregación, y cuando con mugidos de tempestad se lleva el río el dique impotente, sus líquidas montañas, que hubieran regado y fertilizado las tierras vecinas, inundan la llanura, lo arrebatan todo á su paso, arrastran casas, cosechas, ganados y personas y siembran la muerte y la desolación allí donde, libres en su curso natural, hubieran hecho brotar la abundancia y la vida.

Moralistas; los crímenes, las monstruosidades, son el desquite brutal de las pasiones que queréis encauzar y hacéis fatal su terrible desbordamiento.

¡Reflexionad!

CAPITULO VII

CAUSA DEL DOLOR UNIVERSAL

CAUSA ÚNICA Y PRIMERA.—EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

I

Hay una causa única

Ojeada para recapitular.—Lo que he llamado la iniquidad económica, política, moral.—Relación de causa á afecto entre las instituciones y el dolor universal.—Falta de lógica de los que atribuyen el sufrimiento social á las instituciones y no quieren que se toquen á éstas más que para hacer modificaciones insignificantes —Error de los moralistas, de los políticos y de los economistas. —De dónde viene ese error.—Es necesario una transformación social; las instituciones no son más que causas derivadas de un principio, única causa primera.—Acuerdo del mundo socialista en este punto y en la necesidad de acabar con la organización actual.

Llegado á este punto culminante de mi demostración, estimo que no será superfluo echar una mirada al camino recorrido. Esta mirada guiará nuestros pasos hacia el manantial envenenado que vierte en la humanidad el sufrimiento y cuya investigación es el objeto de este volumen.

Las fuerzas todas del individuo he dicho que tienden á la felicidad, y tal proposición es axiomá-

tica y reconocida tan formalmente por todos, que no he vacilado en tomarla por punto de partida. He añadido que el problema consiste en establecer un medio social que asegure á cada individuo toda la cantidad de felicidad adecuada en cada época al desarrollo progresivo de la humanidad. Estimo además que es un modo de plantear los términos de la cuestión á resolver, que los haga aceptables para todos.

He estudiado, pues, nuestra época, y he tenido el disgusto de comprobar que nuestras civilizaciones dan el espectáculo del dolor universal; que en parte alguna se hallan la paz, el bien y la alegría.

Las causas todas á que tal estado de cosas se atribuye, pueden relacionarse con una de las tres siguientes: la naturaleza, el individuo, la organización social; y yo he obrado por eliminación y hecho justicia ante todo, en el proceso que se instruye, á la naturaleza y al individuo.

No es la naturaleza la que en nuestra época puede ser tachada de avaricia; el mal no proviene de una pretendida insuficiencia. Esta no existe, y si existiera, nada sería más fácil que conjurarla, gracias á los magníficos progresos realizados en las ciencias aplicadas á la agricultura y á la industria.

No, no es eso que se da en llamar incurable perversidad del ser lo que condena á éste á irremisible desgracia, pues que esa depravación, esencialmente variable, *progresible* ó reductible según la época y el lugar, no es más que la resultante de condiciones é influencias externas, y, por tanto, no puede racionalmente tomarse como causa inicial.

Quedan las instituciones sociales. Recurriendo á una clasificación que tiene, lo reconozco, el inconveniente de ser artificial—porque se produce en el seno de dichas instituciones tal enredo de acciones y reacciones que es imposible separar las unas de las otras—pero que tiene la ventaja de ser usual y clásica, he estudiado sucesivamente los fenómenos sociales de orden económico, político y moral



La apropiación individual del suelo, del subsuelo, de los instrumentos de trabajo y de los productos, pone en manos de algunos privilegiados, detentadores de todas las riquezas, capitales y valores de todas clases, acumulados por los esfuerzos sucesivos de generaciones pasadas y el trabajo de los productores modernos; engendra una clase de asalariados en dependencia absoluta de la clase que da el salario; crea una división del trabajo y un sistema de concurrencia, llenos de consecuencias asesinas; da origen á un comercio ladrón y envenenador; llega á una concentración capitalista formidable cuyo resultado es condensar la riqueza en manos cada vez menos numerosas y entregar á la multitud una miseria espantosa; esto es á lo que he llamado la iniquidad económica.

El régimen gubernamental: monarquía ó república, derecho de la fuerza, derecho divino, derecho humano, produce fatalmente la división de la sociedad en dos categorías opuestas, los amos y los esclavos; la delegación es incompatible con la so-

beranía del ciudadano; la ley de las mayorías es absurda; la legislación llega forzosamente á la servidumbre de todos á quienes se dirige; el régimen del mayor número lleva al dominio de una pequeña minoría y constituye la vuelta al cesarismo; el espectáculo de un país padeciendo elecciones, descorazona; el gobierno representativo es sinónimo de absolutismo, de irresponsabilidad, de incompetencia, de esterilidad, de corrupción; el poder, cualesquiera que sean sus formas y sus calificativos, se apoya fatalmente en la fuerza para reprimir la insurrección individual y colectiva y en un aparato abrumador de tribunales, policía, gendarmería, cárceles, ejércitos permanentes; el Estado dispone sin contradicción de la libertad, y á veces, con pretexto de patriotismo, de la vida de los ciudadanos; he aquí lo que he llamado iniquidad política.

La ética contemporánea, incoherente, incapaz de ilustrar los espíritus y de guiar las conciencias, buscando un camino, sin poderlo encontrar, en medio de las afirmaciones contradictorias de morales diversas, obligada á recurrir á la legislación para formular la norma de los actos, amalgamándose con la idea religiosa, la institución de la familia, la educación y la opinión pública para encerrar al individuo como en un círculo estrecho, contrariando las expansiones humanas en vez de favorecerlas y ahogando las pasiones y los apetitos bajo el peso de trabas y obligaciones, aterrando el corazón con prejuicios, tiranizando los cerebros, domando la carne y convirtiendo la existencia en una serie no interrumpida de deberes; esto es lo que he calificado de iniquidad moral.

Es muy general convenir en reconocer la relación de la causa con el efecto que existe entre esta triple forma de la iniquidad social, económica, política y moral, y el sufrimiento humano. La opinión de que ésta es efecto de aquélla, ha adquirido por esta razón derecho de ciudadanía en el espíritu de muchas personas, y entre todos los que estudian atentamente la cuestión social, ninguno piensa en negar esta relación.

Sin embargo, esta última aparece con diferentes aspectos. Cuando parece que existe acuerdo sobre este primer punto: «la organización social—imperfecta, según unos, esencialmente mala según otros—es el origen de los males que afligen á la humanidad», surge la más grande discordancia de opiniones acerca de todas las cuestiones que se originan naturalmente de la proposición establecida.

El segundo volumen de mi *Filosofía libertaria* tiene por objeto estudiar minuciosamente estas diferentes opiniones. Me limitaré, pues, á enumerarlas aquí y á indicar mi convicción personal con cuyo apoyo haré mis demostraciones.

*
* *

Desde luego aparece la muchedumbre de seres superficiales, presuntuosos charlatanes cuyo espíritu perezoso y rutinario no se impone jamás el esfuerzo de profundizar un problema que ofrece alguna aridez.

Entiendo por tales—y son muchos—á los que, reconociendo que nuestras instituciones son defectuosas y necesitan una transformación notable,

pretenden despojarlas de todo lo nocivo con simples modificaciones de detalle, pero se abstienen de poner la mano sacrílega sobre esas mismas instituciones cuya necesidad social afirman, sin poderla demostrar.

He aquí, por ejemplo, al moralista que recorre el mundo declamando con indignación contra la indiferencia religiosa, contra la educación, contra la relajación de costumbres y el dominio de las pasiones, maldiciendo de las afirmaciones de la ciencia materialista y deplorando el decaimiento de las conciencias. Grita: «sed sinceros, desinteresados, buenos y compasivos» á seres que por la conspiración de todas esas circunstancias tienen que ser falsos, ambiciosos, perversos y egoístas. Va predicando una moral imposible de practicar y aun de justificar. Pero atreveos á hacer la más leve objeción sobre la legitimidad de esta moral, sobre el fundamento de estas instituciones: la religión, la familia, el gobierno, la propiedad, la patria que según él son sagradas y que trata sencillamente de purificarlas sin preguntarse si son susceptibles de ello, y este hombre que exhorta á sus hermanos á la tolerancia y al amor, os declarará guerra implacable en la cual la calumnia competirá con la perversidad.

He aquí ahora al legislador: éste se digna reconocer que su obra no es perfecta, pero la considera perfectible y que, tal cual es, merece todos los respetos y tiene derecho á todas las sumisiones. Coloca la ley por encima del derecho de insurrección y el sufragio universal al abrigo de las discusiones y de las rivalidades de partido. «El gobier-

no—dice—es tan indispensable, que se necesita ser criminal ó loco para combatir este principio.»

Si pedís á este político legislador que establezca por otro medio que el derecho de la fuerza, el carácter de obligación y sanción de la ley; si le exigís que os diga lo que esa gran palabra «gobierno» tiene de común con la razón, la justicia, la ciencia y el progreso; si le preguntáis acerca de la utilidad efectiva de ese resorte social que se llama *gobierno*, os volverá la espalda con desprecio y arrojará sobre el atrevido la trahilla de sus polizontes, sin duda para demostrar la utilidad de éstos, al menos para él.

He aquí, en fin, al economista, al discípulo de J. B. Say, de los Bastiat y Leroy-Beaulieu. Desde hace tiempo proclama que todo va perfectamente bajo el bienhechor régimen del liberalismo económico. Pero la experiencia ha revelado los defectos de esa armadura. Es preciso reconocer que el Pactolo cuyo hipócrita *dejad hacer, dejad pasar*, de la escuela, debía enriquecer á las clases trabajadoras, no derrama sobre ellas más que aguas cenagosas; y hoy este buen apóstol lleva su condescendencia hasta confesar que *falta algo que hacer* para atenuar los rigores del sistema.

Con todo, tranquilícense los señores capitalistas, propietarios y patronos: el derecho de conservar y acrecentar su haber no les será arrebatado. Este derecho es un principio natural, imprescriptible, indispensable: es el corolario del principio de libertad, fuera del cual sólo es posible el sufrimiento y la pobreza. Todo debe reducirse á casi nada: una ligera reducción de las horas de trabajo, cuyos

efectos se compensarán por una explotación perfeccionada; un insignificante aumento de salario, compensado por un alza equivalente en los precios de los productos; un impuesto sobre el capital ó las utilidades, que los capitalistas se limitarán á dar como anticipo y del que sabrán reembolsarse; cajas de socorros y ahorros que alimentarán las retenciones de los obreros y los descuentos voluntarios de los trabajadores.

Estas gentes no quieren ir más lejos, y aun aparentan asustarse de su propia audacia. En cuanto á discutir con ellos sobre el principio mismo de la propiedad individual, del salario, no hay ni que pensar seriamente en ello.

* * *

Se comprende sin trabajo lo ilógico del razonamiento, que es éste: «de las instituciones sociales proviene el dolor universal; el objeto es conjurar éste; sin embargo, no es necesario tocar á aquéllas: basta con saber sacar de ellas el partido menos malo posible.»

Esto no es más que imbecilidad en unos, mala fe en otros, cobardía en los últimos y las tres cosas en la mayor parte. Imbecilidad, porque es necio pensar en suprimir el efecto conservando la causa; mala fe, porque reconocido el absurdo no es lícito erigirse en su defensor; cobardía, porque la hay en retroceder ante las consecuencias finales de una prueba tan formal.

Indudablemente no á todos es dado desprenderse fácilmente de los mil prejuicios que desfiguran

el verdadero carácter de nuestras instituciones sociales; pero una vez conocido que á estas debe atribuirse el infortunio que sufrimos, es una puerilidad pensar siquiera ó pretender convertir en beneficioso lo que en sí es nocivo cuando menos. Que se mejore lo bueno, puede ser; pero lo malo no puede convertirse en bueno: hay que suprimirlo.

De igual modo confieso que se necesita una gran sinceridad por parte de los favorecidos—relativamente y en la apariencia—por nuestra organización social, para reconocer que ésta es dañosa y que los esfuerzos de los reformadores deben encaminarse á una completa transformación, ¿pero no es un acto de mala fe erigirse en defensor de una causa á sabiendas de que es mala?

Reconozco, en fin, que se necesita cierto valor para declarar guerra á instituciones apoyadas en la autoridad de los siglos, en el prestigio de los servicios, reales ó ficticios, prestados á los progresos anteriores; en el respeto de la multitud, en la adhesión de todos los favorecidos y en el imponente aparato de una fuerza colosal. ¿Pero acaso consiste el valor en luchar con el débil? ¿No es, por el contrario, medida de la bravura la diferencia entre las fuerzas en oposición?

Apocamiento, degradación y pobreza de espíritu: tal es el caso de esas almas sensibles que encuentran acentos patéticos para deplorar las desgracias sociales, que á veces condenan la injusticia y la desigualdad, pero cuyo papel se reduce á una tímida protesta, á la esperanza de un mejoramiento problemático, ó á una lamentación resignada, porque no tienen el valor de denunciar y combatir

la causa de esas desgracias sociales, de esa injusticia, de esa desigualdad.

* * *

Afortunadamente disminuye de día en día el número de estos seres superficiales, inconsecuentes y cobardes. El estudio, la reflexión, la discusión y también el espectáculo de la misma sociedad, sugieren la idea cada vez más precisa que el mal es más profundo de lo que parece á primera vista y que reconoce causas más generales.

Todos los que se jactan de socialistas, no dudan en reconocer que no hay medio de reparar el edificio social: que practicar un agujero por aquí, hacer escalera de servicio por allí, facilitar el aire y la luz por otro lado, no evita que la humanidad se encuentre mal alojada; que es necesario levantar el edificio sobre bases absolutamente diferentes y construirle con sujeción á un plan enteramente nuevo.

Y es que los socialistas (1) conocen bien que nuestras instituciones llevan en sí mismas el germen de todas las aflicciones humanas, de las que son causa inmediata, y que sería locura querer extirpar las raíces.

(1) En nuestros días todo el mundo es, ó al menos se llama socialista. Si antes, hasta hace poco, este epíteto se consideraba como injurioso, hoy alardea de merecerlo el conservador recalcitrante.

Bien entendido, que tomo este calificativo en el sentido de «partidario de la *socialización* de los medios de producción». Los otros, no obstante sus fanfarronadas interesadas, no son en el fondo más que conservadores vergonzantes, burgueses degenerados en socialistas.

No hacen competencia á los predicadores de la probidad, la virtud, el honor, en perder el tiempo queriendo moralizar las masas defendiendo el organismo social que engendra el robo, la prostitución, el mal, el crimen, porque no ignoran que siendo el individuo la imagen microscópica de las instituciones en cuyo seno vive, seguirá siendo lo mismo mientras aquellas le dominan, sin que puedan modificarle sensiblemente los argumentos más elocuentes.

Los adversarios de la sociedad del dinero no incurren en la puerilidad de soñar con una imposible armonía entre capitalistas y proletarios, entre obreros y patronos; el dualismo de los respectivos intereses esteriliza toda tentativa. Conocen que los primeros son fatalmente explotadores; los segundos fatalmente explotados.

En fin, penetrados de la verdad de que el hombre no es sino lo que le hace ser la personal función que ejerce en la gerarquía social, achacan á esta última, y no á los individuos, las injusticias que se cometen y las atrocidades que se perpetran.

De estas diversas consideraciones infieren los socialistas que el contrato social contiene cláusulas soberanamente inicuas, que su carácter draconiano le tacha de nulidad, que de él sólo puede salir miseria y opresión, y que, por consecuencia, hay que rasgar este pacto.

*
* *

No puede ocultarse que esta convicción gana

cada día terreno, y el número de convencidos de la necesidad de una transformación tan fundamental sería ya suficiente para poner en práctica esta indispensable refundición social, si la unión reinase entre ellos. Desgraciadamente, esta inteligencia tan deseable no existe; y añado *que no puede existir*. He aquí por qué:

Cuando los hombres se proponen un objeto y las divergencias entre ellos sólo se refieren á los puntos de vista y á los medios, el acuerdo es á veces obra laboriosa y difícil, pero siempre posible, y se logra frecuentemente con la ayuda de ciertas circunstancias imprevistas ó buscadas. Mas cuando esta divergencia proviene de lo diverso del punto de partida y del objeto, no puede producirse la unión, porque no tiene base en qué sostenerse.

Imaginad unos cuantos hombres dispuestos á efectuar un mismo viaje, es decir, saliendo del mismo punto y proponiéndose llegar al mismo sitio: podrán surgir discusiones acerca de la hora de salida, del itinerario, del medio de transporte, pero es de esperar que acaben por ponerse de acuerdo en estas diversas cuestiones y hacer el viaje juntos.

Al paso que si suponéis viajeros que no tienen el mismo punto de partida ni de llegada, sino que viajan en sentido inverso, es de toda evidencia que no llegarán á caminar por una misma vía.

Así, en el gran movimiento socialista que caracteriza nuestro fin de siglo, las divergencias sobre el punto de vista son numerosas, unas de poca importancia, pero otras fundamentales.

Las últimas han dado origen á partidos bien

distintos, en absoluta oposición, sin la menor afinidad real y estable, á pesar de las *exterioridades* que durante algunos años les han hecho parecerse mucho y aun hoy mismo les hacen confundirse, á despecho de las solemnes aunque estériles excomuniones recientes. (1)

Los dos partidos corresponden á dos corrientes simétricamente opuestas: la corriente liberal ó anarquista, y la autoritaria entre las cuales es perfectamente irrealizable toda conciliación, incompatibilidad cuyo origen señalaré en seguida.

Cuanto á las divergencias de detalle, han llevado al seno del partido autoritario querellas—querellas de personalidades que, disputándose el honor de dirigir el partido haciendo pesar sobre él como á modo de una dictadura, han formado muchas iglesias aparte en las cuales cada uno de esos Pontífices oficia á su gusto—pero disputas que no impiden inteligencias momentáneas á veces, guerras en que se hace á menudo armisticios, y que pueden terminar—si los *leaders* deponen su orgullo—por un favorable tratado de paz.

Por el contrario entre los autoritarios y los liberales, la conciliación es imposible. Las hostilidades irán en aumento y sólo terminarán con la anulación definitiva de una de las partes beligerantes.

Aquí, no sólo hay divergencias en el punto de vista, en la tendencia y en el ideal, sino oposición

(1) Es sabido que la mayor parte de los últimos congresos y manifiestos colectivistas han repudiado toda tendencia anárquica. Precaución superflua, porque hace ya muchos años que los anarquistas han estigmatizado el sistema y los procedimientos colectivistas.

y ésta lleva necesariamente el antagonismo en los procedimientos y en la táctica.

Por espacio de mucho tiempo, los dos partidos han estado reducidos á un puñado de hombres, á una acción insignificante, á un proselitismo que llamaré preparatorio, porque sólo tenía por objeto reclutar combatientes, incorporarlos á las filas, movilizarlos, y este dualismo ha estado sólo latente. Pero desde el día en que los batallones formados contra la vieja sociedad *burguesa*, completos y preparados, han empeñado la lucha terrible, implacable, sangrienta, el conflicto ha estallado entre los socialistas autoritarios y dóciles y los socialistas libertadores é *indisciplinables*.

No podía suceder otra cosa. Estos elementos no estaban formados para marchar de acuerdo.

¿Por qué? Voy á procurar demostrarlo sencillamente y con claridad.

II

LOS SOCIALISTAS NO SE ENTIENDEN ENTRE SÍ SOBRE LA VERDADERA, LA ÚNICA, LA PRIMERA CAUSA DE TODOS LOS MALES SOCIALES.

¿Cuál es esta causa única?

División en el seno del socialismo.—Dos corrientes absolutamente opuestas: la corriente autoritaria y la liberal.—Origen verdadero de esta división fatal.—Desacuerdo sobre la causa única del dolor universal.—El socialismo autoritario pretende que es la propiedad individual.—El socialismo liberal afirma que es el principio de autoridad.—Los autoritarios se equivocan; cómo y por qué.—Los liberales tienen razón.—Demostración subiendo de los efectos á las causas y descendiendo de las causas á los efectos.—Prueba concluyente y decisiva.

De esto proviene la lucha. Unos y otros reconocen espontáneamente que esta causa es *la organización social*; pero éste es un término en extremo vago; hay cien maneras—á veces contradictorias—de comprenderlo, y cuando se sale de la generalidad del término, surge el desacuerdo.

Cuando el naturalista, para estudiar mejor el organismo de un animal, examina cada parte aisladamente—como si pudiera estar separada del todo—el fenómeno sólo puede producirse con ayuda de una abstracción que sólo existe en el pensamiento del operador, pero que carece de realidad sensible. Por procedimiento semejante he podido analizar sucesivamente nuestras diversas instituciones sociales; pero el hecho es que las unas y

las otras forman parte de un todo homogéneo, del cual es imposible separar sus elementos de otro modo que por el entendimiento.

Si las instituciones económicas pesan principal y directamente sobre las necesidades materiales del individuo; si las políticas alcanzan especialmente á las necesidades intelectuales; si las morales afectan más particularmente á sus necesidades espirituales, el indisoluble lazo que une todas estas necesidades en el ser social, se encuentra en sus diversas instituciones. Así es que, en el fondo, y á pesar de esos adjetivos de distinción: económica, política y moral, la iniquidad es *una*, como el individuo es *uno*.

El mecanismo social es extremadamente complejo. Puede compararse á un colosal taller con las máquinas más diversas y los más variados productos. Aquí se trabaja el hierro, allí la madera, en otra parte los tejidos. Formidables ruedas unidas por millares de correas, tubos, ejes, cilindros, engranajes; una multitud de mecanismos comunican el movimiento á estos últimos. Cada artificio aparece distinto, separado, y, sin embargo, todo encadena. La fuerza motriz es una y distribuye la vida á todos esos trabajadores mecánicos. Que estalle el motor y se producirá el silencio y la inmovilidad.

Distraído por la variedad del espectáculo que á su vista se ofrece, perdido en la nube de polvo y de humo que le rodea, el visitante olvida fácilmente, en aquella inquieta complejidad, que todos aquellos aparatos obedecen á la misma fuerza. Pero que salga de allí, que escale la montaña

próxima, y allí, dominando todo el conjunto, quedará impresionado por aquella unidad admirable dentro de una variedad cuyas maravillas le habrán deslumbrado.

De igual modo, para examinar bien el inmenso laboratorio donde se prepara el sufrimiento humano, es preciso que el pensador se eleve, se aleje del ruido, se aisle y se recoja en sí mismo después de haber visto y examinado.

Miradas desde lo alto y en conjunto, las cosas se simplifican admirablemente. Entonces el filósofo adquiere la certidumbre de que la organización de una sociedad no es más que el necesario desenvolvimiento de un principio, la realización, en el dominio de los hechos sociales, de una *idea madre*; que sobre esta única base descansan las diversas instituciones y de ella dependen en todo y por todo; que este principio generador es á las instituciones sociales lo que la fueeza motriz á los diversos telares de un taller, lo que el principio vital á los órganos del animal; en una palabra, que él y sólo él las anima, las desenvuelve, las pone en movimiento, en actividad, que es su razón de ser, y sin él se pulverizarían.

*
* *

Observador y dotado de una lógica penetrante, el partido socialista ha comprendido esta verdad y ha podido confirmar que las instituciones de toda clase, económicas, políticas, morales, no son en realidad, con relación al sufrimiento universal, más que *causas derivadas*; que es preciso buscar

la *causa primera* de esta organización; que subsistiendo esta causa, toda la estructura social conservará el sello de los mismos vicios; que el único medio de remediar el mal es denunciar su origen y atacarlo resueltamente.

El elemento socialista autoritario ve este origen en el principio de «la propiedad individual»; el elemento liberal lo descubre en el «principio de autoridad».

Mi convicción es que esta opinión es fundada. Voy á indicar desde luego dónde radica el error, y en seguida justificaré mi apreciación.

Esta es una cuestión de primer orden, porque de su solución depende todo el problema. Repetiré los términos de éste: «La humanidad sufre y está agobiada por el dolor. ¿Cuál es el origen de esta corriente de infortunio? La *propiedad individual*, porque hace «ricos á unos y pobres á otros», dicen los socialistas autoritarios. Y los liberales responden: «Es la *autoridad*, porque engendra todas las servidumbres, se opone á la libre satisfacción de todas las necesidades, físicas, intelectuales y morales, satisfacción que constituye para cada individuo la felicidad, toda la felicidad.»

Tales son las dos respuestas; veamos cuál es la exacta; examinemos quién se equivoca, quién tiene razón.

*
* *

A pesar de las obscuridades con que parece se trata de envolver esta cuestión, es fácil esclarecerla. La causa real, primera, única de la adversi-

dad, se reconoce por el carácter de *universalidad* que debe necesariamente revestir. Toda causa que no lleve este rasgo distintivo debe ser rechazada; sólo deberá ser aceptada como tal, la que ofrezca este signo de reconocimiento.

Mas ¿cómo distinguir este carácter de *universalidad*? Sometiendo la supuesta causa á las dos pruebas siguientes:

1.^a Examinar si todos los sufrimientos humanos se relacionan con esta causa y multiplicar las experiencias en lo físico, en lo intelectual y en lo moral, para llegar á la certeza, *elevándose del efecto á la causa*.

2.^a Comprobar el resultado de esta primera prueba por la inversa, es decir, *bajando de la causa al efecto*. Nada más sencillo ni más concluyente.

Admitido este criterio—me parece imposible refutarlo—hagamos el experimento con la propiedad individual.

La experiencia demuestra que la forma actual de la propiedad—lo que he llamado iniquidad económica—origina las desigualdades más notables, competencias innumerables, el espantoso pauperismo. He enumerado y descrito estas llagas sociales, por si al lector se le ocurre censurarme por haber ocultado algo de esas torturas. Ya he tenido ocasión de decir que, conocida la cadena que forman las diversas instituciones sociales, se encuentra fácilmente en cada una de ellas el signo característico de todas las demás. Así, no tengo dificultad en reconocer que nuestro sistema de «*todo pertenece á unos cuantos*», gravita directa é indi-

rectamente con enorme pesadumbre sobre los destinos individuales. ¿Pero se puede sostener que el sufrimiento lo determina la aplicación de esta única fórmula?

Si el individuo no tiene que satisfacer más que necesidades económicas, si para ser y sentirse feliz le basta tener buena mesa y buen vestido, si el placer se limita á los goces materiales, se puede contestar sin temor afirmativamente.

Todo es sin disputa felicidad; una parte de felicidad, no lo niego; pero no toda la felicidad.

¿Es que el hombre es sólo estómago? ¿No es un conjunto de sentidos que gozan ó sufren? ¿Es dichoso sólo por comer cuando tiene hambre, beber si tiene sed, descansar cuando está fatigado, dormir cuando tiene sueño, y... amar cuando llega el caso? El ser social del siglo XIX recorre, paralelamente á estas necesidades de nutrición, de vestido, de habitación, de reproducción, toda la escala de las necesidades cerebrales y afectivas: piensa, sabe, quiere, tiene aspiraciones, simpatías y afectos.

Si la supresión del trabajo excesivo, de la excesiva privación y de la inseguridad del mañana bastan para el goce de la vida, como parece que lo creen los enemigos de la propiedad individual, ¿cómo se explica que no sean enteramente felices los que, viviendo en la opulencia y al abrigo de los golpes de la suerte, pueden satisfacer todas las necesidades de la nutrición, de los sentidos, de la comodidad y del lujo?

Sin embargo, estos seres privilegiados conocen también el dolor. Ignoran las angustias del ham-

bro, del frío, de la fatiga, es verdad; pero son presa de las garras de la envidia, de las decepciones, de la ambición, de las inquietudes de la conciencia, de las mordeduras de la vanidad, de la tiranía del «qué se dirá», de las obligaciones de la familia, de las exigencias del mundo; se agitan en el desaliento, en el disgusto, en la indignación. Véase, pues, que, acerca del primer punto, la propiedad individual no puede ser considerada como causa primera y única.

* * *

Es verdad que los dialécticos anticapitalistas no se detienen por tan poco. Contestan que esos de quienes acabo de hablar no sufren *directamente* por la organización económica, sino, antes al contrario, obtienen de ella beneficio; pero que padecen indirectamente, porque esa organización origina y necesita las instituciones políticas y morales de que se quejan y que arrojan tantas sombras en su luminosa existencia.

Ahora bien; si se admite esta hipótesis,—empleo la palabra *hipótesis* porque esta afirmación no ha sido demostrada ni siquiera históricamente—basta examinar si sólo la transformación de la organización económica es suficiente para hacer desaparecer los sufrimientos de que se trata. Si así es, la propiedad individual será realmente la causa primera y única de todos los males, puesto que, si se suprime, se conjura el sufrimiento universal. En caso contrario, la causa será otra.

Este es precisamente el segundo caso de mi demostración.

Luego los socialistas que denuncian la propiedad individual como la única causa del dolor social, son partidarios de la autoridad, y no piensan de ningún modo romper todas las trabas. Considerando necesaria la reglamentación, se proponen, una vez conquistado el poder, ponerlo al servicio de su sistema y restablecer bajo el eufemismo de «administración de las cosas» un sistema de *statu quo*— el cuarto Estado, el Estado socialista, el Estado obrero—cuya misión es la gerencia de la riqueza social, y para ella elaborar leyes, adoptar disposiciones de orden general, y, por consecuencia, hacerlas respetar.

Quiérase ó no se quiera, esta concepción particular de una sociedad socialista es la continuación de nuestro sistema gubernamental; porque para hallarse en condiciones de asegurar la ejecución de una decisión cualquiera, y, *á fortiori*, de un conjunto de decisiones simultáneas y decisivas, comprendiendo la totalidad de las manifestaciones de la vida individual y colectiva, es indispensable el empleo de la fuerza. El sostenimiento fatal de esta formidable máquina represiva exige policía, tribunales y cárceles: esta es la perpetuidad obligada de esa gerarquía que empieza por el poder supremo y termina en el funcionario más humilde: es, en una palabra, la supresión dolorosa de todas las necesidades intelectuales y físicas, para que los individuos no caigan en la tentación de infringir la regla. ¿Serán felices los que comparecen ante los tribunales y están detenidos más ó menos tiempo en las modernas Bastillas, ó condenados por los tribunales autoritarios á los trabajos más duros?

¿Serían menos violentas las rivalidades que hoy, con su cortejo de odios, rencores, envidias, calumnias, servilismo, adulación, cuando, cerrado el campo comercial, industrial y económico, se combatiese por los primeros puestos de la gerarquía administrativa?

¿Sería más fácil que en nuestros días la satisfacción de todas las necesidades, es decir, gozar la dicha, al individuo cuyos apetitos estuvieran quizá incesantemente previstos, reglamentados y medidos?

¿Se concibe fácilmente una sociedad sin la propiedad individual, y con todas las consecuencias de ésta, las instituciones políticas y morales de nuestra época?

La transformación de la organización propietaria, no llevaría consigo la supresión de las iniquidades políticas y morales. Los que son víctimas del principio «todos obedecen á algunos», continuarían siendo torturados. Así, pues, los socialistas autoritarios se equivocan una vez más.

En una obra admirablemente documentada, Emilio de Laveley—una de sus autoridades—estudiando *La propiedad y sus formas primitivas*, demuestra que la apropiación privada es de fecha relativamente reciente, y que en todo caso ha sido, en todos los países, precedida de una apropiación más ó menos en común.

Si fuese exacto que el mal social proviene de que *todo sea de algunos*, habría que concluir que los pueblos primitivos debieron conocer la vida dichosa; pero la historia, la tradición y la ciencia prueban que no fué así.

El error de los socialistas autoritarios descansa en este hecho que abruma al mayor número y oprime las necesidades más universales y más urgentes; la iniquidad económica: no ven más que por este aspecto la cuestión estudiando la relación de aquella con las otras dos, comprobando su evidente ingerencia en los dominios de la política y la moral, y la toman como punto de partida de todos los sufrimientos.

A ello ha contribuído la decisiva influencia de la escuela socialista alemana y de los escritos de Karl Marx, considerados como el Evangelio del partido, aunque no los hayan leído el cincuenta por mil, ni de éstos los hayan comprendido cinco.

Concluyo diciendo que los socialistas autoritarios se engañan: considerando la propiedad individual como la única causa del dolor universal, han tomado la parte por el todo.

Examinemos ahora la respuesta de los liberales que acusan á la autoridad de todos los males, y procedamos de igual manera que respecto de la propiedad privada.

*
**

Abro aquí un largo paréntesis, porque creo necesario decir, como Voltaire: «definamos», para saber de qué hablamos.

Considerada la autoridad como principio de la organización social, no corresponde solamente á la idea de gobierno. Es evidente que debe ser considerada aquí en su acepción más lata y como consecuencia en sus resultados más diversos.

El sistema gubernamental no es más que una modalidad particular de la autoridad, como la propiedad privada es otra, como también la moral obligatoria. Propiedad, gobierno, moral; tales son, desde el punto de vista social, las tres grandes manifestaciones del principio de autoridad. Este se ejercita más principalmente sobre las necesidades materiales del individuo bajo la forma de «propiedad individual», más especialmente sobre las necesidades intelectuales bajo la forma «Estado» y más directamente sobre sus necesidades espirituales bajo la forma «moral».

Son los dedos de hierro de una misma mano: tan pronto es uno como otro el que penetra en las martirizadas carnes de la pobre humanidad, atacando por su turno el estómago, la cabeza y el corazón. La propiedad tiraniza el vientre, el gobierno oprime la cabeza, la moral agrama la conciencia.

La autoridad es la servidumbre, la opresión para el cuerpo social; no la servidumbre parcial como la que puede resultar de la iniquidad económica solamente, sino total, absoluta, permanente; la que se apodera del individuo entero en la cuna, le sigue por todas partes sin dejarle un momento de respiro, sustituyendo á su voluntad una voluntad extraña, haciendo que no se pertenezca y arrebatándole toda esperanza de emancipación. Es la manía, y—preciso es reconocerlo—la necesidad, una vez admitido el principio, de reglamentarlo todo, de señalar en todo lo permitido y lo ilícito, de proteger lo que está autorizado, de condenar lo que está prohibido y exigir lo que está prescrito.

La propiedad no es de hecho más que la autoridad sobre las cosas, es decir, el poder disponer—*jus utendi et abutendi*;—el gobierno y la ética obligatoria no son otra cosa en realidad que la autoridad sobre las personas, es decir, el poder de disponer soberanamente, de usar y de abusar.

¿No dispone soberanamente del individuo el Estado que lo hace simultánea ó sucesivamente ciudadano, contribuyente y soldado? ¿No dispone arbitrariamente de la conciencia esa moral que dicta á cada uno lo que debe hacer ó evitar, incitando á los ambiciosos con sus promesas, y asustando á los débiles con sus amenazas?

Entiéndase bien; la autoridad, concebida así, es un principio absolutamente independiente—desde nuestro punto de vista—de las personalidades que la representan.

Que éstas sean religiosas ó ateas, republicanas ó monárquicas, oportunistas, radicales ó socialistas, la autoridad puede cambiar de manos constantemente, pero permanece idéntica á sí misma. Es lo que es; sus consecuencias son las que son, *siempre y lo mismo*.

Que nuestros monumentos ó nuestros actos públicos lleven al frente, *Imperio francés ó República francesa*, nada importa como resultado. El gran error de nuestra democracia consiste en creer que basta cambiar los hombres para transformar las instituciones ó suprimir sus violencias.

Un ejemplo escogido entre mil. ¿Qué no se dijo contra Mr. Constans cuando el sacrificio de Fourmies? Comprendo y participo de la cólera é indignación que se levantaron contra el abominable

atentado en una parte de la nación. Pero mientras que la exageración de los más se dirigía contra el ministro del Interior y pedía su destitución, la mía se dirigía contra el principio social de autoridad que necesita un orden basado en la fuerza, un ministro del Interior encargado de mantener este orden y un ejército *ad hoc*.

Colocad á quien queráis en el ministerio del Interior. El que eligierais sería *necesariamente* como Constans; hubiera dado las instrucciones que reclamara la situación, hubiese movilizad las tropas y el orden se hubiera restablecido á toda costa. *Cualquier ministro del Interior que no hubiera procedido así habría faltado á su deber.*

No se olvidó decir que estos procedimientos recordaban los del imperio y nos volvían á los peores tiempos de aquel régimen. Era verdad; pero debía reconocerse que los procedimientos de la autoridad son *fatalmente* los mismos, que todos los sistemas se parecen *forzosamente*, y que, *necesariamente*, por el principio de autoridad habrá: de una parte, quien mande, y de otra, quien deba someterse. (1)

* * *

Se puede volver ahora la vista hacia cualquier punto del infierno social, examinar el caso de cual-

(1) Ruego al lector que observe que no pretendo de ningún modo erigirme en abogado de Mr. Constans, y mucho menos justificar su conducta, porque nadie le obligaba á ser ministro del Interior, y esto es lo que constituye su culpabilidad personal. Demuestro sencillamente que en aquel doloroso suceso, todo fué rigurosamente lógico, que aquel fusilamiento fué la reproducción de los que le habían precedido, y la consecuencia que debe deducirse es que el solo medio de

quier víctima, y en todas partes y en todo se verá el sello de la autoridad: Propiedad, Estado ó Moral.

¿De dónde procede tanto sufrimiento? De una necesidad privada de satisfacción. ¿De dónde viene esta privación? De una ley, de un reglamento, de una amenaza, de una presión material ó moral. ¿De dónde nace esta presión material ó moral? De la autoridad. Esto es tan sencillo como dos y dos son cuatro; pero—dice Grove—«el concepto más sencillo de una cosa es á veces lo último que se impone á la razón.»

Un ser tiene hambre; los frutos cuelgan de los árboles; montañas de comestibles llenan los almacenes de la ciudad. Sin embargo, él no come. ¿Por qué? Porque su conciencia le dice que esos frutos y esos comestibles no le pertenecen y haría mal en apropiárselos: presión moral; ó bien, porque el temor al agente de policía, al juez, á la cárcel se sobrepone á la necesidad de alimentarse: coacción material.

Un ciudadano conoce toda la dureza de la ley que durante tres años le encierra en el cuartel; sin embargo, presta su servicio militar. ¿Por qué? Porque se le ha enseñado que todo hombre útil debe aprender el oficio de soldado para contribuir á la seguridad ó al engrandecimiento de lo que se llama patria; presión moral; ó bien porque los con-

evitar casos semejantes en el porvenir, es renunciar á la fuerza armada, á los ministros del Interior, al orden por el fusil, á la autoridad, con cualquier nombre que se la designe. Habrá casos iguales mientras haya un ministro del Interior, un orden social garantizado por la fuerza, y mientras que nuestras instituciones descansen en el principio de autoridad. Esta es la verdad.

sejos de guerra aplican un código de feroz severidad á todo culpable de insubordinación ó de desertión: coacción material.

Presa del loco deseo de entregarse el uno á la otra, dos jóvenes se niegan tal ventura. ¿Por qué? Porque á pesar de los elocuentes llamamientos de la naturaleza ardiente, piensan que sería contrario al *honor* el prescindir del matrimonio: coacción moral; ó bien porque, negado el consentimiento paterno, no se quiere unirlos: coacción material.

¿Por qué hay prostitución? Porque pobres criadas se ven forzadas por el interés ó la necesidad á comerciar con su cuerpo. ¿Por qué hay celos? Porque metemos en las cosas del amor la idea de duración, de obligación, de propiedad, de contrato, de exclusivismo. ¿Por qué hay hipocresía? Porque se nos impulsa á disimular nuestros actos y sentimientos que están en contradicción con la regla establecida.

¿Por qué hay codicia? Porque para procurarse el objeto más indispensable, como el más superfluo, se necesita dinero; porque la riqueza otorga todos los méritos y todos los quita la pobreza.

¿Por qué hay guerra? Porque se educa á los pueblos en el odio mutuo, porque obedecen á los que los guían y obligan á degollarse mutuamente. ¿Por qué hay prisiones? Porque hay leyes, porque son constantemente violadas y porque toda violación de las leyes necesita reprehensión. ¿Por qué existe el crimen? Porque la pasión en extremo comprimida se satisface á toda costa, lo mismo por el homicidio que por el asesinato. Es el desquite de la naturaleza ultrajada.

¿Por qué la humillación de todo un pueblo ante un tirano coronado ó un aventurero de la política ó del ejército? Porque de tal modo se ha infundido en nuestras venas el respeto estúpido á la fuerza, que la sufrimos cuando se muestra en la persona de un gendarme ó de un comisario de policía y la aclamamos cuando se manifiesta bajo la forma de un monarca, de un ministro ó de un general.

*
* *

Podría multiplicar infinitamente las preguntas, evocar los muertos todos, interrogar á todos los vivos, preguntarles por qué han padecido, y todos contestarían con un *por qué*, que se relaciona con un escrúpulo, con un deber, una obligación, una necesidad, una baja.

Desafío á cualquiera á descubrir un solo dolor que no proceda de una ley ó de un prejuicio, que no se relacione con un tirano cualquiera, que no responda á una restricción, en una palabra, que no pueda en resumidas cuentas condensarse de este modo: «No hago lo que me place, estoy obligado á hacer lo que me conviene.» La sociedad semeja á un inmenso presidio. Los que en él viven tienen los miembros rotos por las cadenas, entumecidos por las ligaduras. Están como aprensados en uno de esos instrumentos de tortura que se usaban en otros tiempos. Encerrado el cuerpo en él, acercándose alternativamente las piezas del aparato, apretando ya la cabeza, ya los pies. El tormento sufrido, sea el que fuere, viene del instrumento de tortura.

Así cuando veo pueblos enteros cesar en sus incesantes gemidos sólo para pedir leyes nuevas, parecenme condenados al tormento que suplican al verdugo se muestre dulce y compasivo, ó conjúranle á que apriete algo menos el estómago, aunque se desquite en las piernas y el cráneo. ¡Insensatos, pedís leyes como si éstas escasearan! ¡Ignoráis que de cien años acá vuestros amos han confeccionado más de *doscientas mil leyes*, decretos y ordenanzas, dos mil anualmente, más de cinco por día? (1) Co-tejadlas todas, tomadlas una á una y no encontraréis ninguna que no hiera á alguno de vosotros.

El sino de la ley, cualquiera que sea, es llevar el dolor consigo; y si en todas partes se sufre, es porque la legislación lo ha invadido todo, todo lo ha reglamentado, lo ha codificado todo. Ha dado á cada cosa un aspecto metódico y obligatorio que quita cualquier otro atractivo que puedan tener, y

(1) Desde el decreto famoso del 4-II Agosto 1789 proclamando á Luis XVI *restaurador de la libertad francesa*, (!) hasta el decreto de 22 pradial año II (21 Mayo 1793 constituyendo el tribunal revolucionario, se dieron 1.219 órdenes del gobierno, ó sea un término medio anual de 300. Del 13 de Mayo de 1793 al fin de la primera república, el total de leyes y decretos fué de 8.615 término medio anual 718). El primer imperio dió 10.572 leyes, senatus-consultos y decretos (término medio anual 1.057).

Las leyes y ordenanzas publicadas en el reinado de Luis XVIII fueron en número de 18.648 (2.072 por año).

Bajo Carlos X las leyes y ordenanzas alcanzaron la suma de 15.810 (el término medio anual llegó á 2.635). Bajo Luis Felipe se publicaron 37.192 órdenes oficiales (término medio anual 2.066). Bajo la segunda república, aparecieron en el *Moniteur* 12.386 decretos, ó sea 2.477 por año.

El segundo imperio dió 45.589, término medio, 2.533. En fin, desde el 4 de Septiembre de 1870 hasta el 31 de Diciembre de 1892, la tercera república ha dado 58.854 leyes ó decretos, lo que hace llegar á 2.675 el término medio anual.

aumenta el desagrado cuando por añadidura son penables. ¿Ignoráis que, como dijo Rousseau, «*siempre* esos nombres especiosos de justicia y de subordinación sirvieron de instrumento á la violencia y de arma á la impunidad?»

¿Pedís más buena fe, más equidad en el contrato social? Pues hace más de un siglo que escribió Condorcet: «¿Cuál es el hábito vicioso, el uso contrario á la buena fe, el crimen, en una palabra, cuyo origen, la causa primera, no pueda mostrarse en la legislación, en las leyes, en las preocupaciones?»

¡Leyes nuevas! Pero ¡desgraciados! ¿no pensáis que estas nuevas leyes engendrarán nuevas infracciones y éstas nuevos encarcelamientos? Esquíros lo ha dicho. (1) «No se conquistará la libertad mientras las cárceles estén en pie.» Habrá que destruirlas y arrojar la llave al abismo, si se quiere que no sean el receptáculo de los dolores del pueblo. No digáis que es *tanto peor* para los que no respetan la ley y provocan la severidad de los tribunales. La cárcel es una amenaza para todos. Nadie puede asegurar que él no se conducirá de modo que la merezca. Compadezco al que pueda mirar una cárcel y decir: «no estaré nunca encerrado dentro de sus muros», porque, quien así hable, no puede tener dignidad, ni pasión, ni entusiasmo, ni convicción.

En el orden económico, como en el político y moral, no hay aflicción que no provenga directamente de una servidumbre, que no sea, por conse-

(1) *Los Mártires de la libertad*, pág. 237

cuencia, el hecho del principio de autoridad. Esto en cuanto al primer punto. El análisis es concluyente si se va de los efectos á la causa. Fáltanos intentar la prueba en sentido inverso, es decir, procediendo de la causa á los efectos.

*
* *

Esta prueba no es en realidad más que la comprobación de la prueba precedente. Cuando, algunas páginas antes, hemos comprobado que la propiedad individual no es la causa única de todas las adversidades, hemos reconocido que la desaparición de esta iniquidad no llevaría aparejada la de las otras.

En lo que concierne á la autoridad, si se admite que todos los padecimientos de la vida individual y social se relacionan con aquélla, una vez destruída, todo será arrebatado por el soplo de la libertad. Que desaparezca el principio de autoridad, y en seguida desaparecen todas las leyes, convenciones, reglamentos y prejuicios que martirizan dentro de la sociedad moderna la personalidad humana. Las pasiones dejan de ser contrariadas y encuentran abierto ante ellas el horizonte infinito de sanas satisfacciones; los apetitos tienen libre curso; las facultades, cultivadas racionalmente, se desenvuelven normalmente; las necesidades encuentran en el gran Todo material, intelectual y efectivo la satisfacción deseada; las atracciones y las repulsiones se clasifican, circulan fácilmente, asociándose aquí y disgregándose allá.

Los grupos se forman, se clasifican, se federan

sin más lazo que el interés general, estrecha é indisolublemente unido con los intereses particulares; la humanidad ocupa su sitio en la naturaleza, combinando armoniosamente hombres y cosas, siguiendo únicamente los principios de fuerza y movimiento sin más trabas que las peculiares de cada ser, de cada estado, de cada edad.

Un individuo tiene hambre y come, porque tiene conciencia de que el derecho á alimentarse no se le puede negar: nada de presión moral; porque no existiendo el arbitrario principio de lo *tuyo* y lo *mío*, no tiene que temer á los jueces: nada de presión material.

Dos jóvenes se aman y ceden sin escrúpulo á los deseos que les impulsan á los goces del amor. ¿Por qué? Porque no temen los reproches de una conciencia timorata hasta la bestialidad, ni el descrédito público, ni las consecuencias de un momento de voluptuosidad; porque saben que el placer es bueno en sí mismo y que llega á convertirse en virtud cuando al procurárselo se lo proporciona á otro ser: nada de presión moral; y porque, no estando sometidos á ninguna autoridad ni á ninguna ley, no puede ser más natural el disponer de sí mismos como les place: nada de presión material.

Es imposible imaginar que uno solo de los infortunios señalados en este libro pueda subsistir una vez suprimido el principio de autoridad. En una sociedad privada de las leyes que atribuyen á los unos la riqueza y dejan en la miseria á los otros, despojada de la fuerza que sanciona el acaparamiento de los primeros y la miseria de los se-

gundos, ¿se puede concebir que haya quien carezca de lo necesario para que los demás vivan en la opulencia? No lo creo.

¿Puede imaginarse que existan amos para mandar y esclavos para obedecer en una sociedad sin el mecanismo tiránico de las monarquías, de las repúblicas parlamentarias, del Estado, y por consiguiente, de tribunales, cárceles y cuarteles? Nada de eso.

¿Puede, en fin, suponerse en una sociedad que tiene por norma el principio *hago lo que quiero* del inmortal Rabelais, la existencia de seres que derrochan sus energías en domar la naturaleza, en castigar sus pasiones, en resistir las inclinaciones de la carne, viviendo en las inquietudes de una conciencia aterrada, en las turbulencias del pensamiento, en el deseo de inquirir y saber? Evidentemente no.

*
* *

¿Y la prostitución? ¿Y el robo? ¿Y la violencia? ¿Y la guerra? ¿Y la sed de mando? ¿No es cierto que todos estos males de nuestra época mercantil y gerárquica desaparecerán más pronto ó más tarde cuando no encuentren terreno para aclimatarse?

¿Se prostituiría la mujer si no tuviera interés en venderse, y si no hubiera ley, ni familia, ni opinión pública, ni educación, ni moral que le censurasen el entregar su amor?

¿Para qué había de robar el que no tuviera más que tomar lo que necesitara? Y si por ventura alguien arrebatase una cosa de uso de otro, ¿qué

daño haría á este último, que podía reemplazar el objeto sustraído con mucho menos trabajo que le cuesta hoy acudir al comisario de policía, declarar ante el juez y probar en justicia?

¿Qué razón de ser tendría la guerra no existiendo esas aglomeraciones más ó menos extensas, llamadas patria, viviendo bajo el mismo gobierno y las mismas leyes, y habiendo desaparecido los gobiernos y los legisladores con la autoridad que los creó? Entonces no habría más que una sola patria: el Universo; y Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Estados Unidos, serían simples expresiones geográficas representativas de una parte del planeta, como París, Lyon, Marsella, Burdeaux: son hoy expresiones geográficas que sirven para designar puntos especiales en Francia.

¿Para qué la hipocresía, cuando la verdad no tuviera nada que perder ni nada que ganar el engaño?

¿Para qué la rapacidad, cuando los billetes de Banco, las acciones y obligaciones de crédito no serían más que vulgares pedazos de papel, y no teniendo razón de ser el comercio, no se necesitaría dinero para procurarse las cosas útiles ó agradables?

¿Qué significaría la sed de mando entre hombres libres de los que ninguno querría obedecer, y en una sociedad en que habrían quedado rotas para siempre todas las ruedas del mecanismo gerárquico? La ambición de mando no tendría tampoco razón de ser.

Todavía pudiera llenar páginas y páginas con interrogaciones de este género. Y todas las respuestas serían idénticas.

La propiedad individual en sí misma no es más que una ficción. Sólo llega á ser realidad, ¡realidad dolorosa! apoyándose en la legislación que establece las condiciones con las cuales es permitido acaparar una parte del haber común, aprovecharse de ella, y en la fuerza armada puesta al servicio de esta legislación favorable á los ricos.

Intrínsecamente, la moral sólo es un mito, y á pesar de los dogmas religiosos, de la familia, de la educación, sería bien débil su poder sobre las conciencias, si toda transgresión del deber no fuese castigada por el legislador y juzgada severamente por la opinión pública.

Nada hay de real, de tangible en las frases capital, gobierno, moral, más que el principio que las anima y fortifica; el principio de autoridad, que se traduce por obligaciones y trabas que fuerzan á los individuos y á los grupos á abstenerse de hacer lo que les conviene.

Las dos pruebas á que hemos sometido el principio de autoridad se corroboran mutua y plenamente. De la primera se desprende que todas las aflicciones humanas se refieren directamente á una cualquiera de las aplicaciones sociales del principio de autoridad. De la segunda resulta que, abandonado este principio, todas las trabas desaparecen, y con ellas el dolor universal.

Insistiré, resumiendo esta demostración.

A.—*De los efectos á la causa.* El hombre es un compuesto de necesidades extremadamente variadas. El dolor no es más que la represión de estas necesidades. Se concibe fácilmente que la causa inmediata de esta represión—alcanzando una parte cualquiera del individuo, estómago, cabeza ó corazón, órganos correspondientes á las necesidades materiales, intelectuales ó morales—es cualquiera de nuestras instituciones sociales. A pesar de la complicidad de sus órganos, es *uno*, y se infiere que, á despecho de la variedad correlativa de sus instituciones, el superorganismo social podía bien ser igualmente *uno*. Busco dónde se puede encontrar esta *unidad*, y la descubro en un principio, en un punto, en una base: la autoridad.

B.—*De la causa á los efectos.* Invertiré mis observaciones. Afirmo que el principio de *autoridad* lleva consigo organismos, «manifestaciones» que éstos, causas derivadas, se afirman por «suborganismos» que actúan directamente sobre el paciente: el *individuo*.

Inducción primero y deducción en seguida: los dos métodos conducen el mismo resultado concluyente, decisivo, irrefutable; *la autoridad, causa única y primera del dolor universal.*

¡El principio de autoridad! Tal es el virus que envenena todas las instituciones, todas las relaciones humanas, todas las relaciones sociales.

He aquí, para emplear el lenguaje del día, el microbio que engendra todas las enfermedades de que agoniza nuestra generación.

III

El principio de autoridad

Cuadro alegórico.—El dolor no se suprimirá mientras exista un solo artículo de la ley.—Objeción y último argumento: la felicidad y la autoridad son dos términos que se excluyen.—Es preciso optar por uno ó por otro.—Filosofía de la historia: la evolución se realiza en el sentido de la libertad contra la autoridad.—El hombre se ha emancipado del yugo de la naturaleza y de la ignorancia.—¿No sabrá emanciparse socialmente?—Las corrientes son favorables á la libertad.—Armonía entre la teoría y los hechos.—El principio de autoridad debe desaparecer totalmente de la sociedad.—Con él se desvanecerá el dolor universal.

Hemos encontrado por fin esta causa única y primera. Me complazco en pensar que el lector imparcial ha adquirido la convicción sobre este punto.

Esta verdad, que no tengo la pretensión de haber descubierto, que muchos la han conocido antes que yo, pero á cuya demostración he creído indispensable consagrar este volumen, porque proyecta una gran claridad sobre el estudio de la cuestión social, porque con su sola luz puede iluminarse el porvenir, quisiera que estuviese presente de continuo en forma sencilla ante el pensamiento de los hombres que luchan por un mundo de paz, de amor, de armonía y de felicidad.

He aquí un cuadro alegórico que espero llene este objeto.

El tronco del árbol representa el principio de *autoridad*, punto de partida de todas las instituciones. Da origen á tres principales troncos que

representan las tres grandes iniquidades: económica, política y moral. De estas ramificaciones importantes brotan las ramas secundarias.

La «Propiedad individual». El salario, la división del trabajo, el comercio, la sofisticación, la concurrencia, la centralización capitalista, el agiotaje, ramas cuyas hojas y frutos se llaman explotación, quiebra, miseria, prostitución, vagancia, mendicidad, robo, suicidio, despoblación.

Del tronco «Gobierno»: el parlamentarismo, la legislación, el funcionarismo, la magistratura, la policía, la gendarmería, las cárceles, el militarismo; y como hojas y frutos: la opresión, la mentira, la corrupción, la injusticia, el odio, la guerra y la insurrección.

Del tronco «Moral»: la religión, la familia, la educación, la enseñanza, la opinión pública, la prensa, teniendo por flores y frutos los prejuicios, la hipocresía, los celos, los crímenes.

Toda esta frondosidad inextricable—tan grande es el cruzamiento de los troncos y el enlace de las ramas—y en la que he arrojado alguna luz para hacerla visible, es el dolor universal.

Nada se conseguiría con podar por un lado, cortar por otro; el árbol fatal ganaría en robustez: sería inútil hacer caer el hacha sobre algunas partes del árbol: la savia emponzoñada se repartiría más vigorosa en las ramas restantes.

La segur del podador debe alcanzar al tronco mismo para derribar al gigante; debe penetrar hasta las profundidades del suelo para arrojar las raíces al fuego, á fin de que desaparezca para siempre ese coloso vegetal á cuya sombra hace

tantos siglos se han extinguido las generaciones y perocido nuestra raza.

*
* *

Elegid un hombre al azar, ciento, mil: ricos y pobres, patronos y obreros, propietarios y comerciantes. No encontraréis uno sólo que no tenga que quejarse de una ley, de un reglamento, de una costumbre, de un abuso: no habrá uno que no se considere víctima de alguien ó de alguna cosa; no habrá uno que no diga que la legislación debe reformarse en tal ó cual punto.—Dicho está que esta parte de la legislación de que cada cual se queja, es precisamente la que más lesiona sus intereses personales.—Cada uno reclama únicamente en el sentido que á él le interesa, *prima sibi charitas*, y procura desembarazarse de lo que le estorba.

La filosofía, que sabe que la organización social no es más que una síntesis de las condiciones políticas, económicas y morales, deduce de este hecho la conclusión siguiente: que no debiendo solamente ser resuelto el problema social por unos cuantos, ni aun por el mayor número, sino por todos, no debe cuidarse únicamente de lo que lastima á un individuo, á una corporación, á una colectividad; que si en el Código no existe más que un sólo artículo que se oponga á la felicidad de uno, es necesario suprimir la legislación entera: esto hecho, desembarazado cada cual de lo que le oprime, vivirá á su gusto, es decir, conocerá la felicidad.

¡La felicidad! ¿No es éste el objeto incesante de todos los movimientos humanos?

Pensar, comer, dormir, moverse, luchar, odiar, amar, las mil manifestaciones de la vida, tienen por punto de partida huir de un padecimiento ó buscar un placer, emanan de un apetito diario; y la felicidad, á través de las múltiples formas que reviste, no es por otra parte más que la satisfacción de una necesidad que afecta á nuestro *yo*.

Para los ojos, el placer consiste en la contemplación de un espectáculo atrayente; para el oído, escuchar una suave armonía; para el olfato, respirar un sutil y delicado perfume; para el paladar, beber un licor refrigerante; para el estómago, absorber alimentos sanos y bien preparados; para los miembros fatigados, un reposo reparador; para la inteligencia, adquirir un conocimiento y examinar una idea por todos sus aspectos; para el cerebro, coordinar las ideas clasificadas y formar un pensamiento, una opinión, una doctrina; para la imaginación, soñar evocando la sensación de la realidad; para el corazón desnudo de afectos, seguir las inclinaciones naturales instintivas.

Y la materia organizada que constituye el hombre, dotada de calor, de electricidad, de movimiento, no experimenta sensaciones de bienestar sino cuando cada molécula se mueve á su gusto en el sentido que le es propio, cuando cada parcela del ser ejerce libremente la función para que ha sido formada. *En eso está la alegría de vivir, no en otra cosa.* Todo lo demás no es más que maceración de la carne ó del espíritu, y, por consecuencia, sufrimiento físico ó dolor moral.

Tan verdad es esto, que si á una criatura que tiene hambre, sed ó sueño le prohibo comer, beber ó dormir; si condeno á la inmovilidad á un hombre deseoso de moverse, se considera á éste con razón como mi víctima y soy con justicia tachado de verdugo. Víctima, porque se le impide hacer lo que le place; víctima, porque la voluntad de otro sustituye á la suya; víctima, es decir, infeliz, porque es esclavo.

Felicidad y libertad son en cierto modo sinónimos, pues para ser dichoso es indispensable y suficiente ser libre.

Es del todo evidente que, siendo el individuo anterior á la sociedad—pues ésta es el número y aquél la unidad—la felicidad social ó colectiva estará matemáticamente determinada por la felicidad individual; y para que la alegría brille en el seno de una colectividad humana, es preciso que brote en cada personalidad.

No se han constituido y aglomerado los humanos en sociedad, sino impulsados por la necesidad de combatir las plagas naturales, de unirse para producir más y más pronto, de practicar esa tendencia invencible á la sociabilidad que es el punto de partida de toda agregación; en una palabra, para sacar partido de la tal asociación.

Así, pues, normal, racional, es un organismo en cuyo seno, lejos de empequeñecerse y sacrificarse el ser humano, se desarrolla y agranda su parte de felicidad. Ilógico, por el contrario, incoherente, criminal, es la organización que en todo momento atenta á la dicha de sus miembros y disminuye su parte de felicidad.

De suerte que, si nuestro espíritu puede concebir una libertad ilimitada (si algo absoluto existe), se podrá igualmente concebir una felicidad sin límites.

*
* *

«¡Vivir á su gusto! se exclamará; no concebir órdenes de nadie, no inciinarse ante ningún tirano, no sufrir ningún yugo, no conocer ninguna de las trabas que el despotismo opone al desarrollo natural, abandonarse á la dulce ó rápida pendiente de sus pssiones, seguir tras la vcz del deseo, aventurarse sin escrúpulo ni temor por senderos floridos del capricho de la fontasía, hacer lo que gusta, lo que conviene, lo que da placer, y, por tanto, sentirse más fuerte con el mismo vigor de todas sus pasiones, más digno por el mismo esplendor de todas sus facultades desplegadas, mejor por el mismo refinamiento de sus sentimientos afectivos, más responsable por la espontaneidad de los actos realizados!... Sí, cierto; eso sería la felicidad en la significación más elevada de esa expresión tan sublime. ¡Pero no puede ser!»

No lo niego: nuestra actual organización, que entera descansa en la supremacía de unos y la sumisión de otros, no puede admitir solución semejante.

Es del todo exacto que en una sociedad compuesta de capitalistas y proletarios, de holgazanes opulentos y de productores pobres, de gobernantes y gobernados, esa integral independencia no es realizable.

Pero tal objeción—irrefutable mientras se esté acantonado en una sociedad autoritaria—es la prueba más clara y sencilla de que autoridad y felicidad son términos que representan dos órdenes de ideas y hechos que no pueden conciliarse, que toda amalgama entre ellos es imposible por la incompatibilidad de sus caracteres respectivos, que hay que decidirse por uno ó por otro, pero que no se puede optar por uno sino renunciando definitivamente al otro. Estar con la autoridad y el dolor universal contra la libertad y la felicidad de todos, ó bien con la libertad y la felicidad universal contra la autoridad y el dolor de todos; tal es la definitiva.

¡A elegir!

*
**

De tiempo inmemorial la humanidad ha hecho su elección, la evolución mediante. Inconscientemente al principio, de modo más razonado después, se ha pronunciado contra el principio de autoridad, es decir, contra la esclavitud, contra la desgracia, y en favor de la libertad, que es la vida feliz.

Se comprende que las primeras muestras de la raza humana que aparecieron en el globo, debieron estar sometidas á toda clase de servidumbres. Salido apenas de la animalidad, débil y grosero esbozo del hombre de las civilizaciones avanzadas, el sér primitivo se halló en dependencia absoluta de la naturaleza. Expuestos á la intemperie, al furor y á los caprichos de los elementos, incapaces de orientarse á través de infranqueables espesuras

en las regiones vírgenes; detenidos á cada paso por las aguas ó los montes; luchando á veces cuerpo á cuerpo con las fieras; sin otro alimento que el que conseguían procurarse en la caza ó la pesca, á menudo peligrosas y fatigosas siempre; víctimas de enfermedades y plagas, nuestros primeros ascendientes debieron conocer todos los horrores de una existencia pasada en defenderse contra fuerzas ciegas, irresistibles, misteriosas. Terror perpetuo, punzadas del hambre, quemaduras de la sed, mordiscos del frío, ignorancia completa; tal fué el lote de la humanidad en su infancia.

En lo que se ha llamado el estado *natural*, la libertad primitiva fué en realidad una esclavitud espantosa. Esclavitud material respecto á la naturaleza, esclavitud intelectual respecto á la ciencia, el sér entero estuvo en esclavitud completa. Pero poco á poco, con lentitud que en nuestro siglo de rapidez no puede formarse clara idea, las ligaduras se aflojaron. Con tenacidad increíble el hombre midió sus fuerzas con la naturaleza y se la multiplicaron los primeros ensayos. Animado por algunos éxitos y provisto de algunos útiles rudimentarios, el género humano se dedicó á utilizar los productos naturales y buscó el modo de asegurar la producción regular. Dejó de ser la vida una peregrinación perpetua y dolorosa á través de los espacios inexplorados. Formáronse agrupaciones, se fundó un lenguaje, cambiáronse ideas y se establecieron relaciones. Se desprendió el cerebro poco á poco de su espesor original y penetraron en él algunos fulgores que contenían en potencia las claridades futuras.

Sin plan preconcebido, sin método premeditado, por sólo la fuerza de las cosas, por el juego únicamente de órganos cada vez más ejercitados, se desarrollaron las facultades.

*
* *

Pero mientras el hombre se sustraía insensiblemente á la tiranía de la naturaleza, el despotismo del hombre sobre el hombre hacía su aparición. Esto no fué sólo la guerra del individuo contra las fuerzas coligadas del Universo; fué además la lucha de los individuos entre sí, de las colectividades entre ellas. Pueblos enteros fueron condenados á la esclavitud; castas y clases dividieron á la humanidad, las unas despojando, oprimiendo las otras. La servidumbre *social* vino á juntarse á las servidumbres anteriores y sería difícil decir si las ventajas que la humanidad obtiene del globo y los progresos que realiza en el dominio científico, compensan los inconvenientes de este nuevo estado de cosas.

No tengo para qué relatar extensamente los esfuerzos hechos, las conquistas alcanzadas, los desarrollos admirables del espíritu humano. Otros han dado cuenta, mejor que yo podría hacerlo, y con la competencia que me falta, de las peripecias asombrosas de esa lucha secular del hombre contra todo lo que antiguamente le abrumaba. Hoy, ya lo hemos visto en el curso de esta obra, las condiciones respectivas de la humanidad y del planeta se hallan invertidas; ya no es éste el que domina, sino la otra. El suelo está cultivado, el subsuelo entrega sus riquezas, las fuerzas natura-

les son utilizadas, vencidos los males, atenuados los extragos de la epidemia, conjuradas en parte las plagas, domesticados los elementos, dominada la materia y el hombre no es ya juguete del Universo. Ha puesto sobre éste su pie vencedor y se ha asegurado para siempre el primero y mejor puesto; la esclavitud *material* ó la ignorancia social sólo es ya un triste recuerdo y los dolores que engendró la ignorancia de nuestros ascendientes son desde hoy parte de la historia del pasado.

Queda la sujeción *social*. Tras la doble victoria que acabo de recordar, se dirá: ¿No ha de poder el hombre librarse del hombre después de haber roto las cadenas que la naturaleza había forjado para él? ¿No podrá desembarazarse de las trabas artificiales que la fuerza le impone y su ignorancia consiente? Sí; pero ¡cuánta lucha, sin embargo, cuánto heroísmo, qué de sangre vertida, qué de existencias sacrificadas por esta sola palabra: «Libertad»!

Tendencia instintiva primero, aspiración vaga después, impulso claro, preciso y formidable en nuestros días, el amor á la libertad ha hecho desde muchos años atrás latir millares de corazones y armarse millares de brazos. Tan grande es la fuerza de expansión y resistencia del espíritu de libertad, que se ha crecido con las opresiones, y su sed de independenciam ha aumentado en igual proporción que el amor al dominio entre los amos.

La historia, no esa comedia en que monarcas, ministros y grandes capitanes son los únicos actores, sino ese drama de interés profundo que relata la vida de los pueblos, sus aspiraciones, sus levan-

tamientos, la historia, repito, no es más que la lucha secular del principio de libertad contra el principio de autoridad.

En la naturaleza de la última está procurar, no sólo guardar las posiciones adquiridas, sino conquistar otras nuevas; esta tendencia está igualmente en la naturaleza de la libertad; y como el dominio de la una no puede extenderse sino á costa de la otra, la esencia misma de los dos principios diametralmente opuestos es reñir perpetuo combate.

Por tanto, toda la vida humana, desde la antigüedad hasta nuestros días, se contiene en los dos términos siguientes: eliminación progresiva del principio de autoridad; afirmación gradual y correspondiente del principio de libertad. Cada conquista de ésta es una derrota de aquélla.

*
* *

El grito inmenso de ¡Libertad! ¡Libertad! sonará á través de las edades. Todas las protestas, todas las reivindicaciones, las revoluciones todas, responden á ese santo y seña. Leed la profesión de fe de todos los candidatos, recorred el programa de todos los partidos políticos; no hallaréis un manifiesto que no pida más libertad, ni un político que no se declare partidario del principio libertador.

Es que todo el mundo siente y sabe que sin libertad no hay felicidad; que, como dice L'Hopital: «¡Perder la libertad! ¿Tras ella, qué queda que perder? ¡La libertad es la vida, la esclavitud es la

muerte!»; que, según la hermosa frase de Proudhon: «La perfección económica está en la independencia absoluta de los trabajadores, lo mismo que la perfección política está en la independencia absoluta del ciudadano.» Para que fuese completa, Proudhon debiera haber añadido que la perfección moral está en la independencia absoluta de las conciencias desligadas de todo prejuicio, de todo dogma.

¿No ha dicho Emilio Girardín: «En el porvenir, el progreso será estrechar más y más el círculo de las leyes positivas, y, por el contrario, ensanchar más y más el de las leyes naturales. Toda ley natural es un principio que se realiza por la precisión de sus consecuencias. Toda ley positiva es un expediente que se delata con sus complicaciones?»

«No se eleva á las almas sin libertarlas», dice Guizot en un arranque de franqueza.

En lenguaje de dulce poesía, Marc Guyau predijo el triunfo próximo de la libertad: «En el porvenir el hombre tomará cada vez más horror á los refugios contruídos de antemano y á las jaulas muy cerradas. Si alguno de nosotros siente la necesidad de un nido donde poner su esperanza, él mismo lo construirá pajita á pajita, al aire libre, dejándolo cuando se cause de él para volver á hacerlo á cada primavera, cada renovación de su pensamiento.»

Guillermo de Greef se expresa así: «El principio hoy no es ya discutible: la sociedad no tiene más que órganos y funciones; *no debe tener amsos.*»

«La tendencia práctica del materialismo, dice el autor eminente de *L'homme selon la science*, es tan sencilla, tan clara como su teoría; y todo su programa para el porvenir del hombre y de la humanidad, puede expresarse en unas cuantas palabras conteniendo cuanto se debe teórica y prácticamente reivindicar para el porvenir. Hélas aquí: *Libertad*, instrucción y bienestar para todos.»

Extraño es hallar las líneas siguientes con la firma de un escritor que fué diputado, es decir, *fabricante de leyes*, y que lo sería aún si los electores de Neuilly lo hubieran querido; pero los políticos, como la política, están llenos de contradicciones: «*Ninguna dependencia*, escribe M. Barrés, una vida cómoda, armonía completa con los elementos, con los otros hombres y con nuestro propio ideal; tal es el deseo que me agita, y satisfacerlo es toda mi convicción.»

Véase, en fin, cómo se expresa uno de los sabios más estimados, M. Letourneau, en *L'Evolution politique*: «Desde el punto de vista sociológico, lo que particularmente interesa en las repúblicas de hormigas y abejas, la perfecta conservación del orden social, es una *anarquía completa*. Nada de gobierno; nadie obedece á nadie, y, sin embargo, todo el mundo cumple sus deberes cívicos con celo infatigable; el egoísmo parece que no se conoce y está reemplazado por amplio amor social.»

* * *

Basta de citas. Lo que hay que retener de estos extractos, es que de la opinión de multitud de

pensadores, igual que de la comprobación de los hechos, resulta que la evolución se produce en el sentido de la libertad.

Hay aquí una verdad, trivial hasta cierto punto; tan evidente es por sí misma; la de que nadie puede suponer que la humanidad puede marchar hacia la esclavitud. No he insistido sobre este punto más que para mostrar el acuerdo existente entre la teoría y los hechos, y probar que, si un estudio imparcial y minucioso del organismo social nos lleva á reconocer que el principio de autoridad es la única causa del sufrimiento que nos tortura, la humanidad ha comprendido, hace ya mucho tiempo, inconscientemente y á veces sin que siquiera lo parezca, que el sufrimiento viene de allí; pues que hace muchos miles de años busca el modo de libertarse, y no deja de combatir las diversas trabas que la sujetan.

En el terreno natural y cósmico nunca será completa la eliminación de la servidumbre; desde este punto de vista, pues, la libertad humana no existirá jamás en el estado absoluto. Se trata simplemente de reducir á su minimum la servidumbre é impulsar la emancipación á su maximum. Pero el dominio del hombre sobre el hombre, la explotación del hombre por el hombre, en una palabra, la esclavitud social, de orden enteramente artificial y transitorio, puede y debe ser completamente abolida. Nada de felicidad en perspectiva sin ese previo «Delenda Carthago.» Lo que no sea la libertad social conquistada por la abolición de la autoridad social, es la miseria, la opresión, la contrariedad, el dolor, sin remedio posible. Desde

este punto de vista, *la eliminación completa del principio de autoridad por una parte; la afirmación integral de la libertad por otra, ¡he aquí el ideal!*

Este es al mismo tiempo el término fatal de la evolución á que asistimos, término al que vamos con rapidez vertiginosa. El espíritu de independencia no es hoy más que una aspiración nebulosa hacia un derecho platónico; ya no se ignora que el ejercicio de la libertad es incompatible con el de la autoridad. Mientras los sedientos de poder, los inconscientes y los miedosos, á quienes enloquecen los síntomas de la próxima descomposición social, piensan en dar al Estado la llave de todo, la de los intereses económicos como la de los asuntos políticos, fórmase, con un vigor que presagia los futuros sucesos, una humanidad cada vez más numerosa, entendida, resuelta y consciente, decidida á dejar al Estado las menos llaves posibles y hasta á suprimirlo para que no tenga ninguna.

Los que las vicisitudes presentes suman en la admiración al pasado, no cesan de repetir que la propiedad privada, el gobierno, la religión, la familia, la patria han prestado á la humanidad los servicios más grandes; á creerlos, esos principios y esas instituciones dieron origen á todos los progresos realizados.

Importa poco que tal opinión sea exacta ó errónea. ¿Deberían, so pretexto de que los zapatitos resguardaron los diminutos pies del niño, aprisionar los del hombre con el mismo calzado?

La observación, establece que evoluciona todo. Propiedad, gobierno, patria, familia y las institu-

ciones que pasaron, tuvieron su día en la historia. Adaptadas al desarrollo de entonces existieron y debieron existir necesariamente. ¿Pero es esto una razón para que estén conformes con los adelantos de hoy? El traje que viste un niño, no puede llevarle un adulto.

Ese niño fué la humanidad: tendía instintivamente á la libertad. Hoy es adulto. ¿Deberá llevar aún, y siempre, mantillas y pañales, de que le fueron útiles en otro tiempo? Sus carnes son duras, sus miembros robustos, fuertes sus músculos; quiere andar sola, ir adonde le plazca, moverse según su fantasía. No quiere amo ya: no más tirano. (1)

Quiere hacer su voluntad, nada más que su voluntad, su voluntad completa. Desbordado de pasión el pecho, llena la cabeza de entusiasmo razonado, perdida la mirada en la contemplación de esplendores que entrevé, se dirige irresistible hacia la tierra prometida donde cada cual podrá vivir en la paz de su corazón y su conciencia, amante y amado, sin opresión y sin odio, sin envidias, sin trabas, con la radiación bienhechora de las pasiones satisfechas, con el afinamiento vigoroso de fa-

(1) En cuanto á esos que invocan la justicia y declaran que propiedad individual y gobierno son dos cosas justas, basta para reducirlos al silencio suplicarles que tengan la bondad de explicarse *claramente* respecto á ese carácter de justicia que benévola y atribuyen á dichas instituciones.

Puede por el contrario establecerse, que lo favorable á la felicidad universal, siendo *justo sólo*, es materia social; y que esos principios de propiedad privada y de gobierno, aunque en el pasado hayan estado mil veces conformes con las reglas de justicia, dejan de estarlo al presente, por ser hoy fatalmente perjudiciales á la felicidad universal.

cultades duplicadas, en la expansión fecunda de originalidades y caprichos, con las suaves caricias de los sueños y las aspiraciones hacia lo sublime y el ideal, apaciguados los sentidos por las fiestas de la carne rehabilitada, ensanchado el cerebro por la ciencia fortificante, arrullado el oído por la vibración armónica de las cosas, el corazón henchido de amor al prójimo.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Capítulo V: Causas del dolor universal.— Causas segundas y diversas: Instituciones sociales (continuación).—La iniquidad política.	5
Capítulo VI: Causas del dolor universal.— Causas secundarias y diversas: Las instituciones sociales (continuación).—La iniquidad social.	107
Capítulo VII: Causa del dolor universal.— Causa única y primera.—El principio de autoridad.	179

Casa Editorial Sempere

Pintor Sorolla, 30 y 32.—Valencia

CATÁLOGO GENERAL

OBRAS DE AUTORES ILUSTRES

	<u>Pesetas</u>
HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por J. Michelet, ilustrada con más de 1.000 grabados, encuadernada con gran lujo. Traducción y prólogo de Vicente Blasco Ibáñez; (tres tomos).	30
LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkine; (un tomo).	1
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkine; (un tomo)..	1
LA MANCERÍA, (La Maison Tellier), por Guy de Maupassant; (un tomo).	1

EL HORLA, por Guy de Maupassant; (un tomo).	1
SEBASTIÁN ROCH, (La educación jesuítica), por Octavio Mirbeau; (un tomo).	1
LA MUERTE DE LOS DIOS, (La novela de Juliano el Apóstata); por Dimitry de Merejkowski. Traducción y prólogo de Luis Morote; (dos tomos).	2
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por Elíseo Reclus; (un tomo).	1
LAS FLORES ROJAS, por Rodrigo Soriano; (un tomo)..	1
LA CORTESANA DE ALEJANDRÍA (TAIS), por Anatolio France; (un tomo).	1
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, (dos tomos).	2
ARROZ Y TARTANA, por Vicente Blasco Ibáñez; (3. ^a edición), (dos tomos)..	3
FLOR DE MAYO, por Vicente Blasco Ibáñez; (un tomo)..	1'50
LA BARRACA, por Vicente Blasco Ibáñez; (un tomo)..	2
ENTRE NARANJOS, por Vicente Blasco Ibáñez; (4. ^a edición), (un tomo).	3

CUENTOS VALENCIANOS, por Vicente Blasco Ibáñez; (2. ^a edición), (un tomo).	2
LA CONDENADA, por Vicente Blasco Ibáñez; (un tomo).	2
PARÍS, por Vicente Blasco Ibáñez; (2. ^a edi- ción en prensa).	
EN EL PAÍS DEL ARTE, por Vicente Blasco Ibáñez; (un tomo).	1'50

Digitalizado por
Humanidad
periódico libertario
<http://www.humanidad.webcindario.com/>

